DOLORES VALLCOP

LAS MADRES AJENAS



GCA

LAS MADRES AJENAS

LAS MADRES AJENAS

DOLORES VALLCOP

Título original: Las madres ajenas
Copyright © 2025 Dolores Vallcop
Todos los derechos reservados
ISBN-13: 978-84-09-80159-6
DL: A 679-2025

A Javier, Martín y María. La luz de mis ojos

"Ardería en el infierno para asegurarme que mis hijos están a salvo"

Michael Corleone. *El padrino.* Francis Ford Coppola

"El mejor amigo de un muchacho es su madre"

Norman Bates*. Psicosis.* Alfred Hitchcock

Baiona, Pontevedra. Octubre de 1989

Hace rato que no las oye. Cuando despertó, le pareció que debían estar en el piso superior. Las escuchaba corretear de un lado a otro. Cientos de pequeñas pisadas sobre su cabeza. ¿Qué hora sería? Seguramente el momento del baño. Es difícil contar el tiempo cuando estás a oscuras, cuando hace mucho que no sientes la luz y la brisa en el rostro. Sí, quizá sea la hora del baño. Él, que lleva tanto tiempo sumido en la oscuridad, ha terminado por asociar ese revoloteo sobre su cabeza, ese aumento de actividad en el piso superior, con el sonido del agua golpeando contra la bañera. Nunca imaginó cuánta paz le traería ese caótico momento. Hay gritos y llantos, pero también carcajadas, parloteo y júbilo. El sonido de la alegría. No las culpa. Sabe que solo intentan sobrevivir. Sabe que, si por ellas fuera, él no estaría en ese agujero. Escucharlas le ayuda a conectar con el mundo. Oírlas, le recuerda que también él es un niño o que, al menos, lo fue alguna vez. Le hace soñar con que algún día alguien vendrá a sacarlo de ese frío y lúgubre lugar.

Se acostumbró a la tenebrosidad de esa habitación sin ventanas. Se acostumbró a ese minúsculo catre de metal oxidado. Pero a lo que definitivamente sabe que nunca será capaz de acostumbrarse, es a la soledad, a esa inmensa sensación de abandono que le asfixia. A veces le gustaría poder volver a sufrir los gritos o, incluso, los golpes, solo para poder volver a sentirse como un ser humano y no como un animal al que han abandonado a su suerte. Solo para dejar de ser invisible.

Hace mucho tiempo que dejó de llorar. Pronto, se dio cuenta de que las lágrimas no le servirían de nada. La maciza puerta solo se abre una vez al día. Agua y comida. Y silencio. Después, durante un rato, los pasos arriba. Y el sonido del agua repiqueteando.

Pero ahora hace rato que no las oye. Y eso, incluso para alguien que ya no es capaz de contabilizar el tiempo, resulta macabramente extraño.

1

Alicante, miércoles 18 de octubre de 2023

El sonido del busca la despierta de un sobresalto. Las cuatro y media de la madrugada. No lleva ni dos horas descansando. Desde la improvisada cama en la que se echó hace un rato con la esperanza de poder despejarse, y aún con los ojos entornados, lo alcanza. "Cirugía", lee en la pantalla. Se apresura a responder mientras va incorporándose y empieza a calzarse los zuecos.

—¿Si? —contesta, con un tono adormilado.

—Aura, soy Inés.

Inés, la cirujana de guardia. Por su tono de voz, Aura imagina que tampoco ella ha podido descansar mucho.

—¿Qué pasa?

—Siento la hora, pero me han llamado de urgencias para valorar a un niño con dolor abdominal. Tras explorarlo y ver el resultado de la analítica y de la ecografía, se confirma el diagnóstico de apendicitis. Sé que es muy tarde y que no hemos parado en todo el día, pero me temo que no puede esperar a mañana. Me da miedo que se perfore.

—Claro, no te preocupes —responde, conteniendo un bostezo.

Aura alcanza la libreta y el bolígrafo que descansan sobre la mesita que hay al lado del sofá, donde estaba descansando, y se prepara para anotar los datos del paciente. De ese modo, puede ir revisando su historia clínica en el ordenador mientras lo preparan y suben a quirófano.

—Cuéntame, Inés —la anima.

—Vale, te doy los datos. El paciente se llama Marcos Valiente Romero. Es un niño de 10 años. No es alérgico a nada y no tiene

ningún antecedente de interés. Está en ayunas desde ayer por la tarde. Pesa 35 Kg. Está en urgencias, en el box cinco.

—Perfecto —responde Aura—. Voy a avisar a enfermería para que vayan preparando el quirófano y envío al celador a urgencias para que traiga al niño. Así voy hablando con los padres. Te aviso cuando estemos listos.

Cuelga el teléfono cuando aún no ha podido escuchar la respuesta. A esas horas, Aura Martín no está muy simpática que se diga. Lo intenta, pero es difícil cuando lleva más de veinte horas trabajando y aún le quedan unas cuantas más por delante. No, a esas horas Aura se parece más a un *Gremlin* mojado al que han dado de comer después de medianoche. A veces le entran dudas acerca de por qué escogió esa profesión y no otra menos sacrificada, menos esclava. Sobre todo se hace esa pregunta cuando son casi las cinco de la madrugada, su busca lleva sonando prácticamente cada media hora durante toda la noche, y cree que literalmente va a morir de sueño. Quiere pensar que quizá la situación mejore con el tiempo, cuando se acostumbre, aunque, para ser honesta, no tiene muy claro que esto vaya a suceder.

Entra en el baño de la sala habilitada para el descanso con la intención de lavarse la cara y, al mirarse en el espejo, observa las marcadas ojeras debajo de sus almendrados ojos castaños. Consulta el reloj; solo han pasado cinco minutos desde que la cirujana la avisó. Tiene tiempo para lavarse los dientes. Después, se recoge el largo y cuidado cabello en un improvisado moño y, colocándose la bata blanca sobre el pijama verde, sale de la habitación y camina por el pasillo en dirección al bloque quirúrgico.

Pasear de madrugada por los pasillos de un hospital puede ser, para algunos, como estar dentro de una película de terror. La tenue luz que los ilumina y el silencio roto, de vez en cuando, por el pitido de alguna máquina o el sonido de algún timbre, dotan a los centros sanitarios, a esas horas intempestivas, de un cierto aire lúgubre y misterioso. Aura recuerda que, en los primeros años, de residente, cuando la llamaban por la noche y tenía que hacer ese trayecto, pasaba mucho miedo. Con el tiempo, el sueño empezó a pesar

mucho más que el temor, y ahora, solo unos pocos años después, podría recorrer esa distancia incluso a oscuras y sin inmutarse lo más mínimo.

Cruza el largo pasillo dejando atrás el área destinada a la Reanimación y, al llegar frente a la enorme puerta de cristal translucido que da acceso a la zona quirúrgica, teclea el código de acceso y entra.

Ya en el vestuario, frente a su taquilla, se despoja de la bata, coge una cápsula de café, que espera poder tomar después, se coloca el gorro quirúrgico y accede al lugar donde se recibe a los pacientes antes de entrar a quirófano. Allí, sentadas detrás del control de enfermería, la esperan Inma, Lorena y Marta: las dos enfermeras y la auxiliar del turno de urgencias.

—Hola, chicas —saluda.

Solo hace un rato que se despidió de ellas. Fue después de la última intervención urgente que tuvieron, una cesárea que terminó sobre las dos de la madrugada.

—Hola, Aura —responde Marta, ahogando un bostezo—. Ya sabíamos que la tranquilidad iba a durar poco. ¡Vaya guardias más malas tienes!

—¿Habéis podido descansar algo? ¡Yo estoy muerta! Y encima mañana tengo que pasar la consulta de preanestesia antes de irme —dice Aura, poniendo cara de pena—. ¿Ya ha llegado el niño?

—Sí —responde Inma, señalando al fondo—. Está ahí con la madre, por si quieres hablar con ella. Nosotras acabábamos de tumbarnos cuando nos has llamado. Como teníamos que recoger lo de la cesárea y eso…

Aura se acerca a la única cama que a esas horas ocupa esa parte del área quirúrgica.

—Hola, campeón —dice mirando con dulzura a su pequeño paciente—. ¿Cómo te encuentras?

El mal humor de Aura ya ha desaparecido por completo y ahora muestra su mejor sonrisa. Por muy cansada que esté, no puede evitar sentir ternura por ese pequeño que la mira temeroso desde su cama. La madre, que sonríe nerviosa mientras coge la mano de su hijo, no parece menos asustada.

—Soy la anestesióloga de guardia, la doctora Aura Martín —dice dirigiéndose a la progenitora—. Me ha dicho la cirujana que el niño no tiene alergias ni ninguna enfermedad y que está en ayunas, ¿es correcto?

—Sí —responde con voz temblorosa—, no tiene ninguna enfermedad y no ha comido nada desde las seis de la tarde, ni siquiera agua.

Aura asiente, se aleja un momento y regresa unos instantes después con un papel y un bolígrafo.

—Voy a tener que hacer una anestesia general a su hijo —dice dirigiéndose de nuevo a la madre—. Necesito que firme este documento, es el consentimiento informado de la anestesia.

Cuando la mujer lo firma, Marta la acompaña a la sala donde esperan los familiares, asegurándole que su hijo está en buenas manos. También le explica que la avisarán cuando termine la cirugía y entonces podrá acompañar de nuevo al pequeño.

Aura se dirige ahora al niño. Ha llegado la hora de calmarlo y prepararlo para la entrada al quirófano. Es cierto que, al ser una anestesióloga todavía muy joven, todavía no puede presumir de tener una dilatada experiencia en anestesia pediátrica, pero desde que era residente, se ha preocupado siempre de formarse muy bien en este ámbito de su especialidad y tiene que reconocer que, además de gustarle mucho, es algo que se le da francamente bien.

—Marcos, yo soy Aura —dice mientras le da un globo que acaba de hacer con un guante, en un intento por ganarse su confianza—. Soy la anestesista. Tranquilo, te prometo que no vas a enterarte de nada. Voy a ponerte una cosita por ese plástico que te han puesto en el brazo —señala la vía—, y te vas a quedar dormido. Cuando te despiertes, ya estarás operado y podrás volver con tu mamá, ¿de acuerdo?

El niño abre sus enormes ojos verdes en un intento por despertar. También él parece muy cansado. Además, los calmantes que le han puesto en urgencias para el dolor deben estar haciendo su efecto.

—¿Me va a doler? —pregunta, somnoliento.

—No, te aseguro que no te va a doler. Ahora vamos a pasarte a quirófano y va a ser muy guay porque es igual que estar dentro de una nave espacial.

El niño se incorpora en la cama, perezoso. Ya tiene su atención.

—¿Una nave espacial?

—Sí. Además, hay un montón de luces muy chulas y muchos cables que te vamos a poner con unas pegatinas para verte en una tele super grande. Va a ser muy divertido, y luego podrás contárselo a tus amigos del cole.

Aura ya ha conseguido el primer objetivo: ganarse la confianza del pequeño. Lo que viene a continuación podría hacerlo casi con los ojos cerrados. Cuando el paciente está en quirófano, y siempre con la ayuda de la enfermería, este es monitorizado con el fin de poder controlar su tensión arterial, su frecuencia cardíaca y sus niveles de oxígeno en sangre, entre otros parámetros, durante todo el procedimiento. Después, se procede a la realización de una anestesia general (o la que corresponda), y, cuando la cirugía concluye, se despierta al paciente, que será trasladado a la unidad de recuperación postanestésica (URPA), donde permanecerá el periodo de tiempo necesario hasta que Aura pueda comprobar que está bien y considere oportuno darle el alta a la planta.

Como casi siempre, todo transcurre sin incidencias; el niño ha despertado bien de la anestesia, la cirugía ha podido realizarse con éxito, el rato que ha permanecido en la URPA ha estado muy estable y sin dolor, y ya descansa en su habitación con su familia.

Sin incidencias.

Cuando era residente, Aura tuvo un adjunto que una vez le dijo: "mira lo que te voy a decir: la anestesia es un noventa por ciento de aburrimiento pero un diez por ciento de terror". Y en cierto modo tenía razón. Cuando todo va bien, la anestesiología es una especialidad que puede resultar hasta aburrida. Es como volar en piloto automático. Pero cuando algo va mal… ahí es cuando hay que correr y tomar decisiones en segundos. Hay que tener templanza para poder reaccionar adecuadamente bajo presión. Al final del día, sobre todo para una persona tan crítica consigo misma como ella, resulta inevitable cuestionarse si las decisiones tomadas han sido las

más acertadas o si las cosas podrían haberse hecho de manera diferente. En definitiva, si podían haberse hecho mejor. El sino de los anestesiólogos.

Aura se despide de sus compañeras y se encamina de nuevo hacia la habitación. Aún no ha salido del bloque quirúrgico cuando se da cuenta de que ya son casi las siete de la mañana. Cambia de dirección y se dirige a la cafetería preparándose para tomar el primer café del día. Ni se acuerda de que lleva una cápsula en el bolsillo derecho de su pijama.

2

Dicen que en Alicante, octubre es uno de los mejores meses del año para salir a correr. Ya han quedado atrás los meses de calor sofocante. Sin embargo, aún no hace demasiado frío y uno puede disfrutar de este deporte en unas condiciones climatológicas casi perfectas.

Eso piensa Daniel. Como cada mañana desde hace varios años, se despierta a las seis, prepara un café, se calza sus zapatillas Nike, se coloca sus AirPods y sale a dar una vuelta. Sin pensarlo. Sin pereza. Escuchando su *playlist* favorita, sale de su domicilio en el barrio de Benalúa, y, dejando atrás la Av. Catedrático Soler, continúa por Eusebio Sempere y Canalejas para llegar a la Explanada.

Hoy, cuando llega al puerto, se detiene. Ya lleva un rato notando un dolor punzante en el tobillo derecho, así que a la altura del Casino Mediterráneo decide continuar caminando. Cruza el semáforo y, dejando a su derecha el hotel Meliá, continúa por el paseo de Gómiz. Piensa que quizá sería buena idea dar un buen paseo por la playa de El Postiguet y, después, terminar desayunando en algún bar cerca del Ayuntamiento.

Daniel camina cojeando levemente. Alicante puede presumir de tener otoños con unas temperaturas más que agradables. Sin embargo, el viento, que sopla con mucha frecuencia, aunque no violento en exceso, puede resultar sumamente molesto. Esta mañana es especialmente ventosa. Huele a mar y a tierra seca y el aire, que arrancó suave cuando salía de casa, se ha hecho más intenso y sopla con fuerza, arrastrando arena, hojas secas y papeles. El ímpetu del viento ha transformado la mañana, que se intuía agradable, en totalmente desapacible. Quizá por eso Daniel no se cruza con ningún otro corredor ni viandante. El dolor del tobillo comienza a hacerse más y más intenso, así que, ya en la playa del

Cocó, se detiene. Se apoya, para estirar, en la barandilla que separa el paseo de la playa y, entonces, desde arriba, cree ver algo apoyado en el muro que hay tras ella.

Al principio piensa que debe ser algo que algún pescador ha dejado allí olvidado y continúa con sus estiramientos. Pero está amaneciendo y cada vez hay más luz, así que, antes de marcharse, se inclina de nuevo sobre la barandilla y observa con atención.

Entonces lo ve con claridad.

No tarda ni cinco segundos en girarse para vomitar.

3

Lo primero que siente el inspector Javier Alvar al despertar es un dolor de cabeza insoportable. Abre los ojos lentamente, pero la dorada luz que se cuela a través de la gran ventana y que lleva un rato acariciando las mejillas, le obliga a cerrarlos. Siente la boca seca, pero la sola idea de ingerir algún líquido le provoca náuseas. Poco a poco va tomando conciencia de su entorno: está en su casa, en el sofá. Debe de haber dormido en él. Se siente incómodo, así que piensa que aún debe llevar puesto el traje que estrenó el día anterior. Demasiado alcohol, recuerda. Como casi siempre, la noche se le dio bien. Después del trabajo, fue con unos compañeros a tomar unas cervezas, una cosa llevó a la otra, y como la noche es joven, terminó con su compañero y amigo, el subinspector Pablo Arques, cerrando el local y con unas copas de más.

Se incorpora despacio y se lleva las manos a las sienes. Cree que la frente le va a estallar, pero como no puede llegar tarde al trabajo otra vez, se toma un *Enantyum* y se encamina hacia la ducha. El agua fría cayendo sobre la cabeza le sienta bien, y el analgésico pronto empieza a hacer su efecto. Sale del baño y, aún vestido solo con la toalla, se dirige a la cocina para prepararse un café. Solo ha dado un par de sorbos cuando escucha su móvil sonar en el baño. Corre por el largo pasillo que separa la zona del amplio salón de la de los dormitorios y alcanza el móvil justo antes de que deje de sonar. En la pantalla, un nombre que conoce de sobra: David Urriaga, su jefe. *Joder*, piensa. Ya va tarde.

—Alvar, ¿dónde coño estás? ¿Sabes qué hora es? Me importa una mierda que ayer te fueras de copas y te acostaras borracho, ¿me oyes? Si sigues así te voy a expedientar.

—Estoy de camino —miente.

—¡Sí, claro! ¡De camino! ¡Esa ya me la conozco! De todos modos no vengas a comisaría. Necesito que vayas urgente al Paseo de Gómiz, hacia el final. ¡Date prisa! Arques va a pasar por tu casa en cinco minutos.

—¿Dónde ha dicho? —pregunta, en tono cansado— ¿Al Postiguet?

—No, te he dicho al final. Eso ya es la playa del Cocó. ¡Y espabílate de una vez! Han encontrado una chica muerta.

Cinco minutos más tarde, Javier se ha puesto unos vaqueros y una camisa, y espera, sosteniendo el segundo café del día, en el portal de su casa. El dolor prácticamente ha desaparecido aunque aún se siente incapaz de probar bocado. A lo lejos ve acercarse el coche de Pablo, un Toyota Auris rojo que compró con su primer sueldo de subinspector y que aún continúa pagando.

A veces le sorprende lo rápido que se acostumbró a trabajar con él; lo fácil que se lo puso desde el principio, lo solícito y amable que se mostró. Arques no sólo le mostró los entresijos de la comisaría y del Departamento de Investigación Criminal o lo acompañó a realizar todas las tareas administrativas propias de los primeros días en cualquier empleo. También lo introdujo en una ciudad que, durante muchos meses, le resultó extraña. Poco a poco, de la mano de su compañero, Javier fue conociendo los locales de moda así como la amplia oferta de ocio que la ciudad podía ofrecerle. Y eso le hizo mucho más llevadero su nuevo destino. Él, que se imaginó siempre trabajando en la capital, de repente, se encontró pidiendo el traslado a una ciudad costera con la esperanza, tal vez, de poder llevar una vida más tranquila. De eso hace ya casi seis años y, aunque viaja a Madrid a menudo —pues con frecuencia suelen pedirle su colaboración en la elaboración de perfiles criminales en casos complejos—, él ya está hecho al trabajo en Alicante, y poco queda ya de aquel policía lleno de ambiciones. Por aquel entonces, cuando acababa de llegar a la comisaría como inspector de Homicidios, Javier aún era un policía con poca experiencia y lleno de ideales que, en poco tiempo, empezaron a desvanecerse a medida que fue acumulando decepciones sobre todo relacionadas con la vinculación política de la mayoría de sus jefes. Hoy, con treinta y cuatro años y ocho en el cuerpo, Javier Alvar ya sabe qué significa la frase "*son órdenes de arriba*". También cuenta con la experiencia que solo puede darle a un policía el hecho de haberse pateado las calles, y, a pesar de su juventud, lleva a sus espaldas el peso de la investigación de varios casos resueltos con destreza, que le han hecho ir

ganándose el respeto de sus superiores... pero también ir perdiendo la esperanza en el ser humano.

Se hizo policía para luchar contra la injusticia y hacer cumplir las leyes, pero pronto descubrió que, muchas veces, el mal es difícil de combatir empleando métodos ortodoxos y que, en ocasiones, es muy delgada la linea que separa la cordura de la locura. Es cierto que su posición ha ido mejorando considerablemente con el paso de los años, pero todavía quedan muchas cosas que sabe que jamás podrá cambiar, por mucho que se lo proponga.

No siempre quiso ser policía, o mejor dicho, nunca se le permitió desear convertirse en otra cosa que no fuese abogado. Ninguno de sus compañeros en el cuerpo saben que, antes de convertirse en el inspector Alvar, cursó dos años de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, siguiendo los deseos de su padre, quien se llevó probablemente el mayor disgusto de su vida cuando su retoño abandonó sus estudios y, según él, se dedicó a la vida contemplativa durante dos años.

El silbido de Pablo hace a Javier reaccionar.

—Buenos días, inspector. ¿Qué? ¿Cómo va esa resaca? ¡Anda! ¡Sube! ¡Que tienes al jefe calentito! ¡No sabes la bronca que me ha caído! ¡Y eso que yo solo he llegado cinco minutos tarde!

Como de costumbre, Pablo Arques tiene un aspecto impecable: ni ojeras, ni mala cara. Como si no se hubiese marchado anoche con las mismas copas de más que él. *Es lo que tiene tener solo veintiocho años*, piensa con añoranza.

—Ya sabes que ese hombre vive encabronado. Morirá pronto —dice, a modo de saludo.

Javier no puede reprimir una sonrisa. Sabe que Urriaga tiene la mecha corta y se cabrea con mucha facilidad, pero, en realidad, no es nadie. En el fondo, el comisario es consciente de que el inspector le ha sacado las castañas del fuego muchas veces y, por ello, lo tiene en muy buena estima. Eso no quita, por supuesto, que se enfurezca cada vez que Javier llega tarde.

—¡Cuéntame! ¿Qué tenemos?

—En realidad, no sé mucho más que tú —confiesa Pablo—. El cadáver lo ha descubierto un chico que iba caminando por el paseo

esta mañana, a primera hora. Al parecer, el pobre chaval se ha pegado un susto de muerte. Por lo que me ha adelantado Urriaga, se trata de una chica joven y cree que se va a montar un escándalo de cojones. Dice que es una puta carnicería y que será difícil manejar a la prensa. De todos modos, ya sabes que de eso se encargará él; por más que se queje, todo el mundo sabe que le encanta chupar cámara.

—¿Te ha dicho algo más? —pregunta, sin apartar la vista de la ventanilla.

—Poco más. Que cuando se lleven el cadáver y se calme un poco la cosa, volvamos a comisaría. Supongo que para tener la primera reunión de equipo.

—Bueno, primero vamos a ver qué nos encontramos y luego ya veremos. Sabes que a Urriaga le gusta exagerar las cosas. Seguramente se trate de algún ajuste de cuentas. ¿Ha llegado el forense?

—La forense —corrige Pablo—. Hoy está de guardia Sara. Creo que acababa de llegar cuando he salido de comisaría.

Joder, piensa Alvar, ahora sí que vamos tarde.

4

La Playa del Cocó está situada al lado de la playa del Postiguet, uno de los principales atractivos turísticos de Alicante. Localizada a solo unos pasos del casco antiguo y de la Explanada, la playa se encuentra, además, a los pies del Castillo de Santa Bárbara, otro de los lugares más queridos por los alicantinos y más visitados por los turistas. Arques aminora la marcha y detiene su coche en una de las plazas que hay dispuestas en batería en la carretera más cercana a una de los puntos de acceso a la playa.

Hoy, ese pequeño paraíso en medio del casco urbano, se ha convertido en un lugar acordonado y repleto de gente que va y viene apresurada. Desde el paseo que da acceso a la playa, Javier divisa la que ya se ha convertido en la escena del crimen.

Aunque sabe que este momento es inherente a su trabajo, piensa que nunca acabará por acostumbrarse. Esto es algo que, por supuesto, guarda para sí mismo. Para él, la escena del crimen no representa únicamente el lugar desde el que partirá la investigación. Tampoco es el escenario en el que pueden recogerse las primeras pruebas que ayudan a esclarecer el caso. No, para el inspector, es el punto exacto donde la vida de alguien se ha detenido para siempre. Una persona con padres, hijos, amantes, amigos... un ser humano al que otro ha decidido arrebatarle la vida. Una chica joven con toda la vida por delante. Estos pensamientos regresan siempre, irremediablemente, a la mente del inspector Alvar a medida que va a encontrarse cara a cara con la víctima de un crimen.

Recuerda con especial horror, un caso de sus primeros meses como inspector: el de una mujer que apareció muerta en un banco del parque Yamaguchi, en Pamplona. Javier acababa de graduarse como inspector y pidió una rotación en esta ciudad. La víctima había recibido puñaladas por todo el cuerpo, incluidos los ojos. El informe

forense reveló, después, que la mujer, además, había sido violada reiteradas veces por varios hombres. Estuvo un año detrás de esos hijos de puta hasta que logró cerrar el caso. Pudo hacerlo porque esos cabrones tardaron menos de un año en volver a intentar agredir a otra chica, pero, en esta ocasión, ella logró escapar y los identificó. Ellos, por supuesto, lo negaron todo. Alvar no tuvo piedad durante los interrogatorios y los apretó todo lo que pudo hasta que confesaron.

Sabe que se excedió, que no empleó métodos precisamente ortodoxos, pero no se arrepiente en absoluto. Además, contó con el apoyo de sus superiores. Recuerda que ese caso marcó un punto de inflexión en su carrera. Por aquel entonces acababa de empezar en Homicidios y albergaba algunas dudas sobre su futuro profesional, pero aquel caso, lejos de animarlo a desistir, acabó reafirmando su deseo de continuar en ese departamento. Luego, por supuesto, llegaron otros muchos... demasiados, reconoce Alvar, para los pocos años que lleva como inspector.

Sumido en esos pensamientos, camina hacia la zona acordonada mientras observa el intenso trajín de los agentes, que intentan disuadir a los curiosos, y del personal de la policía científica, que recaba apresuradamente todas las pruebas posibles. El sol con el que despertó hace un rato, ha ido cubriéndose poco a poco con varias nubes oscuras que prometen lluvia, y el viento, que sopla con fuerza, levanta hojas y pequeñas nubes de arena que, de vez en cuando, amenazan con meterse en los ojos. El día, que amaneció soleado, se ha vuelto gris, apagado y triste.

Uno de los agentes se apresura a recibirles.

—Buenos días, inspectores. Han encontrado a la chica allí —dice, señalando en dirección a la playa—. La llamada la ha realizado un chico que iba dando un paseo. Ha sido a eso de las siete de la mañana.

—¿A las siete de la mañana paseando? ¿Le habéis interrogado? —pregunta Alvar.

—Sí —responde el agente—. Ya le he tomado declaración y lo he dejado con un compañero. Por si ustedes querían hablar con él...

Alvar se gira y observa, a lo lejos y sentado en un banco del paseo, a un chico de unos veinte años con cara de haber tenido la peor mañana de su vida. Intercambia una mirada con Arques, quien parece estar pensando lo mismo que él. Se vuelve y le dice al agente:

—Dile al chaval que puede marcharse a casa, pero que no se vaya muy lejos por si tenemos que volver a hablar con él.

Alvar se acerca a la barandilla que separa la zona del paseo de la zona de playa propiamente dicha. Se apoya como supone que hizo el chico que dio el aviso, y entonces la ve.

David Urriaga no ha exagerado en absoluto: la escena es dantesca. Alvar no recuerda haber visto nunca nada igual. No le sorprende que el chaval que la encontró acabara vomitando. Incluso a él le cuesta reprimir las náuseas. Pablo, que hasta ahora se ha mantenido en silencio, permanece a su lado, lívido.

—¡Hostia! —exclama—. ¡Menuda mierda! Pero, ¿qué tipo de enfermo ha podido hacer algo así? ¿Has visto alguna vez algo parecido?

Alvar no responde. No porque no quiera, sino porque no sabe muy bien qué contestarle. Por la expresión de su compañero, se da cuenta de que la imagen que está viendo ahora mismo será algo que le costará mucho tiempo olvidar, si es que lo consigue alguna vez.

La víctima es una mujer joven. El inspector calcula que no mayor de veinticinco o treinta años. Está parcialmente tendida sobre la arena. El tórax, los brazos y la cabeza, ladeada hacia el lado derecho y adornada con una cinta blanca, están apoyados en el muro que separa la playa del paseo. Viste únicamente un ceñido y escotado vestido de tirantes, también de color blanco, aunque cubierto por abundante sangre que parece proceder de alguna herida en el abdomen. Los brazos, igualmente manchados de sangre, abrazan una especie de víscera o entraña que ha dejado una hilera de sangre entre sus piernas. Los ojos, abiertos, destilan terror. Alvar no puede evitar compararla con una muñeca a la que alguien ha dejado

cuidadosamente colocada contra el muro. Absolutamente todo en esta escena le sugiere una violencia extrema.

Una mujer está inclinada sobre la víctima. Al sentir la presencia de los inspectores, se incorpora.

—Les esperaba antes —dice, a modo de saludo.

Sara Colmenar, la forense encargada de este caso. Javier la conoce desde que se incorporó a la comisaría de Alicante. Es probablemente una de las personas más profesionales que conoce: inteligente y audaz, aplicada, dedicada a su trabajo y con un gran sentido de la responsabilidad. Tras cursar sus estudios de Medicina en Salamanca y preparar durante dos años el examen de oposición, consiguió ingresar en el Cuerpo Nacional de Médicos Forenses. Cuando terminó su formación en el Centro de Estudios de la Administración de Justicia y se convirtió, con solo veintiocho años, en funcionaria de carrera, comenzó a trabajar en el Juzgado de Alicante. Sara Colmenar: intachable.

—Buenos días, doctora. ¿Qué opinas? —pregunta Alvar en voz baja—. ¿Cuál es tu primera impresión?

—Sabes que necesito hacer la autopsia —responde, concentrada —. Lo único que te puedo adelantar, de momento, es que, por las livideces bien formadas que presenta el cuerpo, lleva muerta muy poco tiempo, menos de doce horas. Me inclinaría por hipovolemia como causa más probable de muerte, aunque, evidentemente, no te lo puedo confirmar.

—¿Hipovolemia? —pregunta el subinspector Arques.

Sara vuelve a inclinarse sobre la víctima. Permanece unos instantes callada, como si estuviera meditando la respuesta. Después, les señala el abdomen de la mujer.

—Quiero decir que, probablemente, la causa de la muerte haya sido la gran hemorragia que le habrá provocado la herida que se intuye en el abdomen. De todos modos tengo que examinarla con detenimiento y no podré hacerlo hasta que no retiremos la ropa.

—Entonces, ¿murió desangrada?

—Exacto. Probablemente durante la extracción del útero.

Sara se gira de nuevo hacia la víctima y, señalándola, concluye:

—Es eso que sostiene entre los brazos.

Baiona, Pontevedra. Octubre de 1989

Tiene hambre. Mucha. Sentado, con la espalda apoyada en la pared frente a la puerta, su mente comienza a divagar. Recuerda el día en que fue "castigado". Nunca lo olvidará porque fue el día de su noveno cumpleaños. Ingenuo, pensaba que el escarmiento duraría poco. Según pasaban las horas, comenzó a pensar que pasaría la noche allí. Después, un día. Luego, una semana. Y así, fue pasando el tiempo. Y dejó de llorar, de suplicar. Se acostumbró. Y agradeció que, al menos, le llevaran comida y agua.

A menudo, sueña con un buen baño caliente. Con poder quitarse ese pestilente olor. Y los insectos, las molestas moscas que le acompañan. A veces, cuando está tratando de coger el sueño, nota las cucarachas correteando por sus piernas, esas repugnantes patitas pegajosas. También se ha acostumbrado a ellas. La primera vez que las sintió creyó que iba a morir de asco. Luego, casi llegó a apreciarlas. Son lo más parecido a una compañía, puede jugar con ellas. Sí, ahora sueña con el agua caliente y con la comodidad de unas toallas secas y unas sabanas limpias. Bienes preciados que nadie se detiene a valorar hasta que se pierden. Lujos que, cada vez empieza a tener más claro, nunca volverá a disfrutar.

Empieza a sentir un leve dolor de cabeza. Tiene sed. Ya no se acuerda de la última vez que la puerta se abrió y la bandeja con la escasa comida, que ahora se le antoja un manjar, fue depositada en el suelo.

Se acerca a la puerta y aproxima el oído al frio metal. Nada. Silencio absoluto. Sabe que no va a servirle de nada, pero comienza a gritar. Grita como si la vida le fuera en ello. Pide auxilio, aunque no sabe a quién.

Y llora.

Llora como el niño que es.

5

Si intentáramos seguir al pie de la letra todas las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, moriríamos antes, pero de estrés, piensa irónicamente Aura. Cinco piezas de fruta al día, beber dos litros de agua, realizar treinta minutos de ejercicio aeróbico para prevenir las enfermedades cardiovasculares, dormir ocho horas al día, ejercicios de fuerza para prevención de osteoporosis… ¡Imposible!

Ella lo intenta, por supuesto, pero sentada sobre su bicicleta de *spinning*, no tiene muy claro que hoy vaya a ser capaz de acabar la clase. La guardia de ayer la dejó exhausta. Apenas pudo descansar un par de horas, así que ahora está agotada. Aún así, como tiene mucha fuerza de voluntad, no ha podido decirle que no a Susana, una de sus mejores amigas desde la facultad. Esta mañana, cuando Aura la llamó por teléfono para decirle que la guardia había sido muy mala y que había decidido no ir al gimnasio porque necesitaba descansar, Susana inició su particular cruzada para convencerla.

—¡Venga tía! ¡No seas vaga! ¡Te tomas un café y listo! ¡Ya dormirás esta noche!

Susana es así, un ser de luz. Feliz por naturaleza y optimista por defecto. A veces, Aura piensa que su amiga debe tener algún tipo de patología que le impide tomarse las cosas a mal.

—¿Esta noche? —pregunta Aura, sorprendida—. ¿No habías reservado en ese sitio tan pijo?

Hace semanas que Susana lleva insistiéndole en ir a cenar a un restaurante del centro. Aura ha intentado decirle mil veces que tiene que ahorrar, que necesita un coche nuevo y que tendría que ir pensando en comprarse una casa propia. Pero da igual, su amiga siempre logra convencerla.

—¡Ah! ¡Es verdad! Pues entonces ya dormirás pasado mañana —resuelve.

—¡Cómo se nota que tú has dormido en tu camita esta noche!

—¡Venga! —insiste Susana —. ¡Ya va siendo hora de que cambies de excusa! Desde que Carlos se fue apenas sales. Que si las guardias; que si los cursos; trabajo, trabajo y más trabajo. Esta noche será como en los viejos tiempos.

—Ya, como cuando éramos unas inconscientes —dice Aura, poniendo los ojos en blanco.

—¡No! Como cuando éramos divertidas. ¡Intenta descansar! ¡Luego te veo!

Por fin termina la clase y Aura, sudando a mares, baja de la bicicleta y comienza con los estiramientos. Le resulta increíble que Susana no esté ni sudando. *Habría que verla si se hubiese pasado la noche en vela como yo*, piensa.

Al contrario que Aura, Susana escogió otra vida: la de una tranquila bibliotecaria. Es cierto que tuvo que estudiar para licenciarse en Humanidades; y también es cierto que pasó varios años estudiando una oposición, de forma no remunerada, cuando Aura ya era residente y cobraba un suelo más que aceptable todos los meses. Pero ahora trabaja en la Biblioteca de la Playa, con sus horarios bien establecidos, sin noches y sin festivos. Alguna vez Aura se ha descubierto sintiendo envidia de su amiga. Sabe que eso no es del todo justo, no puede quejarse de la vida que lleva: tiene un trabajo que le gusta, una hermana que la quiere —y le ha dado dos sobrinos a los que adora— y buenos amigos. Es cierto que tuvo que afrontar la muerte de sus padres, pero ya era una adulta. En cierto modo y hasta ese momento, todo le había sido dado sin demasiado esfuerzo. Tuvo que estudiar mucho para llegar donde ha llegado, cierto, pero pudo hacerlo en la misma ciudad donde vivía. Sus padres no fueron demasiado estrictos con ella durante esos años, por lo que pudo disfrutar de cierta independencia. Se levantaba, iba a clase, volvía a casa (donde tenía ropa limpia y comida caliente), estudiaba y, después, tenía algo de tiempo libre para ella. Cuando estudiaba segundo de carrera, conoció a Carlos. Él estudiaba derecho y era la perfecta definición del novio que una madre querría

para su hija: educado, atento, estudioso y, además, muy guapo. Sobre el papel, el chico perfecto. Sin embargo, Aura no tardó ni dos años en darse cuenta de que también era increíblemente aburrido y previsible. Aún así, cuando ambos acabaron sus respectivas carreras, y con la promesa a sus familias de que en pocos años se casarían, se fueron a vivir juntos. La abuela materna de Aura vivía en un piso, construido en los años sesenta, en una zona de Alicante bastante bien comunicada con el centro. Cuando falleció, Aura decidió alquilarla a su familia para poder independizarse.

Susana tenía razón al decirle a Aura, con cariño, que un día dejó de ser divertida. Poco después de irse a vivir con Carlos, prácticamente desapareció de la vida social. Se dedicó a estudiar, trabajar y ahorrar. Cuando Aura tuvo que enfrentar el peso de la enfermedad de sus padres, terminó por confirmar lo que en su fuero interno hacía tiempo que ya sabía pero no quería reconocer: Carlos no era el hombre junto al cual ella quería envejecer. Así pues, podría decirse que su relación duró el tiempo que Aura fue residente y, cuando terminó y se convirtió en adjunta, todo empezó a cambiar. Ella empezó a cambiar. Comenzó a presionarlo para viajar y para salir de casa. Lo provocaba continuamente con la intención de hacerlo explotar. Así fue como dieron comienzo las discusiones, tan desconocidas para ambos. En menos de tres meses, la situación se volvió insostenible, y un día, Carlos se cansó de tanta pelea, vació el apartamento y se marchó.

Tras una larga siesta, Aura ya no se siente tan cansada. Se ha relajado durante un buen rato en la bañera exenta que hizo instalar en el cuarto de baño cuando lo reformó. Reconoce que fue un capricho poco práctico pues, desde que se mudó, puede contar con los dedos de la mano las veces que la ha utilizado. El apartamento en el que Aura lleva viviendo desde hace cinco años es muy pequeño pero a ella le encanta. El discreto salón al que se accede directamente desde la puerta de entrada da paso a una minúscula cocina que Aura utiliza mas bien poco. Un único baño y dos dormitorios, el principal y uno más pequeño, que utiliza como estudio, completan los sesenta y cinco metros cuadrados que, según las escrituras, tiene el apartamento. De niña, Aura siempre soñó

que, cuando fuera mayor, viviría en una casa grande de dos plantas con un enorme jardín y piscina. Sin embargo, con treinta años sigue viviendo en un apartamento diminuto que, además, no es suyo. A pesar de todo, no puede quejarse: muchos jóvenes de su edad ni siquiera pueden permitirse pagar un alquiler. Así que, poder disfrutar de un piso no compartido y, ademas, y gracias a la generosidad de su hermana, sin tener que pagar ni un euro, es para estar más que satisfecha.

Para la cena con Susana se ha vestido de forma muy sencilla: unos vaqueros rectos de color azul oscuro, que sabe que le favorecen, y una camisa blanca sobre la que se ha puesto una *blazer* negra, su chaqueta favorita. Como complementos, únicamente un cinturón de piel marrón y sus Adidas Gazelle color rosa empolvado. Aura no suele llevar joyas, pero hoy se ha puesto unos diminutos pendientes en forma de aro que heredó de su abuela y una fina cadena con su inicial. Su abundante y largo pelo castaño, perfectamente planchado y peinado con la raya al medio, y un maquillaje en tonos *nude,* le otorgan un aspecto sencillo y muy sofisticado. Sale del dormitorio, se dirige al salón para coger su móvil y el bolso y va hacia la puerta. Se mira al espejo antes de salir y piensa que debería coger algo de peso. Siempre ha sido una persona delgada y, con lo de sus padres, perdió bastante peso, pero después consiguió recuperarlo. Sin embargo, los últimos meses, con todo el estrés de su nueva vida como adjunta en el hospital y el hecho de volver a estar soltera después de tantos años, la han llevado a alcanzar una delgadez con la que nunca se había visto. Aura sabe que, si no quiere caer enferma, tendrá que ponerse seria con la alimentación e intentar recuperar el peso perdido. Hoy es un buen día para empezar, se dice, pensando en la cena que probará esa noche.

El sitio elegido por Susana no la decepciona. No le extraña que esté tan cotizado y que a su amiga le haya costado tanto tiempo conseguir la reserva. Está situado en la zona de moda de Alicante y es uno de esos sitios en los que cuando uno entra siempre piensa que no es ni lo suficientemente guapo ni va lo suficientemente bien

vestido para estar allí. Al menos así se siente Aura. No sabe si su amiga piensa lo mismo, pues la ve acercarse con decisión hacia el camarero que pronto las acompaña a su mesa.

—¿Has podido descansar? —pregunta Susana, entusiasmada y mirando en todas direcciones—. Tienes buen aspecto, ¿qué te parece el sitio? ¿A qué es una pasada?

Aura ya ha dejado la chaqueta y se acomoda en su silla mientras echa una rápida ojeada a la carta.

—Lo que es una pasada es lo que nos va a costar. ¿Has visto los precios?

Sabe que un día es un día y que lleva tiempo sin cenar fuera, pero aún así…¡casi veinte euros una ensalada! Sospecha que va a pasar lo que queda de mes comiendo macarrones con mortadela.

—¡Venga! ¡No me jodas! ¡Que ya eres adjunta! ¡Una noche es una noche!

Lo dicho, su amiga es una optimista patológica. La observa contemplar, con deleite, la copa que el camarero acaba de servirle. Sin embargo, Aura sabe que ni el mejor vino va a conseguir que se escape del interrogatorio de rigor al que Susana la tiene acostumbrada últimamente.

—¿Cómo va por el hospital? ¿Has conocido a alguien? —pregunta su amiga, con una sonrisa maliciosa.

—Ya estamos —responde, poniendo los ojos en blanco—. Sabes que tengo mucho trabajo. No creo que meterme en otra relación ahora sea lo más conveniente.

—Sí, lo de siempre, vamos —dice levantando las manos con cansancio—. Lo único que digo es que tienes que divertirte. Mira, soy consciente de que lo has pasado muy mal, que estos últimos tres años han sido muy jodidos. Primero el covid, luego lo de tus padres —Susana se detiene al observar los ojos brillantes de Aura—, y ahora lo de Carlos. Pero, ¡dime! ¿cuánto tiempo hace que no vas a ver a tu hermana? Antes ibas mucho a su casa y ahora vuestra relación se limita a hablar una vez por semana o incluso menos. ¡Y eso que vivís en la misma ciudad!

Aura sabe que su amiga no lo dice con mala intención, pero no puede evitar torcer el gesto. La verdad es que lo último que le

apetecía esa noche era pasarse toda la cena aguantando sermones. Parece que Susana adivina lo que su amiga está pensando, porque de inmediato intenta encauzar la conversación.

—Lo siento, no quería presionarte. Solo quiero que sepas que todo esto te lo digo porque me importas y te quiero. Eres mi mejor amiga y solo deseo que seas feliz.

—Está bien —responde Aura, con sinceridad—. La llamaré e intentaré pasarme esta semana por su casa, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿podemos cambiar de tema e intentar disfrutar de esta cena? Que con lo que va a costar…

Susana tiene razón, Aura consigue desconectar. Hace tiempo que no lo pasa tan bien. La cena transcurre volando, entre risas y confesiones y, cuando quieren darse cuenta, el postre ya está sobre la mesa. Como ha podido descansar, no tiene nada de sueño, así que no le cuesta aceptar la oferta de su amiga de ir a tomar algo. Aunque al día siguiente también tendrá que madrugar, ha conseguido que le den el viernes libre, así que podrá disfrutar de un día entero para recuperarse antes de su próxima guardia.

Salen del restaurante y caminan en dirección a la plaza de Gabriel Miró mientras siguen conversando animadamente. Después, continúan bajando por la Av. Doctor Gadea. Ahí, hacia el final, hay un pub irlandés al que suelen ir desde que ambas estudiaban en la universidad. Es un sitio pequeño y está bastante alejado de la zona de bares, pero ponen buena música y mejor cerveza. Además, no suele estar demasiado concurrido así que siempre ha sido un buen lugar para hablar tranquilamente. Aura no es capaz de contar las horas que ha pasado allí, llorando penas y celebrando alegrías, a lo largo de los últimos diez años.

Es miércoles noche y el local está muy tranquilo. Aún así, le sorprende que solo haya un par de hombres en la barra tomando una copa. Calcula que deben tener más o menos su edad. Susana elige una mesa al fondo y ella se acerca a la barra para pedir. Uno de los tíos se gira al verla. Lo primero en lo que se fija es en lo

increíblemente atractivo que es. Y ese pensamiento la sorprende. No es que destaque por nada en concreto, es el conjunto lo que resulta llamativo. Alto y de complexión atlética pero con el punto justo para mostrarse fuerte sin parecer vigoréxico. No le da tiempo a ver el color de sus ojos, pero los imagina castaños como su cabello, corto y peinado de modo informal. La barba de dos días le hace parecer duro, pero ella cree ver algo de dulzura en sus facciones. Viste un pantalón oscuro y una sencilla camisa que, remangada, deja entrever unos brazos marcados. Aura no se da cuenta de que lleva un rato mirándolo hasta que él clava los ojos en ella y le sonríe. Avergonzada, aparta la mirada, pide al camarero un par de *Guinness* y vuelve a la mesa. Susana debe haberse percatado de la escena porque la mira con una sonrisa.

—Te has quedado embobada —dice, señalando en dirección a la barra—. ¿No decías que ahora querías estar sola? Pues, ¡menos mal! Pero vamos, que te entiendo. ¡Menudo bombón! Y el amigo tampoco está mal, aunque un poco joven para mi gusto.

—¡Shhh! ¡Calla! ¡Que te van a oír! —responde Aura, alarmada—. Sí, reconozco que no está nada mal, pero ya te lo he dicho antes, ahora no quiero saber nada de hombres.

—Bueno, lo que tu digas. De todos modos ya se van. ¡Lástima!

Cuando Aura se gira, los ve de espaldas, cruzando la puerta. Se vuelve hacia su amiga y, sonriendo, da un largo trago a su cerveza.

6

Alicante, jueves 19 de octubre de 2023

Javier Alvar empieza a impacientarse. Son las nueve y cuarto de la mañana y ya lleva más de dos horas en comisaría esperando para poder empezar la primera reunión del día. Anoche volvió a acostarse tarde y, además, no pudo conciliar el sueño hasta mucho después, así que a las cinco de la madrugada, con solo un par de horas de sueño en el cuerpo y harto de dar vuelta en la cama, se ha levantado y ha salido a correr un rato. Ha llegado a casa con el tiempo justo para darse una ducha rápida y tomarse un café con el que ha terminado de despejarse. Después, ha salido en dirección al trabajo.

La Comisaría Provincial de la Policía Nacional de Alicante está ubicada en un edificio moderno de líneas rectas y aspecto robusto que mezcla, en su fachada, los tonos beige tierra y gris al tiempo que combina ventanas cuadradas con otras alargadas horizontalmente. Su estilo austero, con pocos ornamentos, otorga a la construcción un aspecto serio y funcional. En la primera planta, muy cerca del despacho del comisario, se localiza la sala de reuniones en la que Alvar lleva un buen rato esperando. Cuando llegó, fue directo a su despacho y, apenas media hora después, el subinspector Pablo Arques asomaba por su puerta, con semblante serio. Ambos saben que las primeras horas en la investigación de un crimen son cruciales, sin embargo, casi veinticuatro horas después de hallar el cadáver, aún no tienen ningún hilo sólido del que tirar. Esa impotencia por no haber podido arrancar la investigación, es la que, ahora mismo en la sala de reuniones, pesa sobre Javier. Sentado en la mesa, de cara a la puerta, observa el parsimonioso ir y venir de los agentes mientras estos, poco a poco, van entrando y

tomando asiento alrededor de la enorme mesa rectangular que preside el que, durante los próximos días, se convertirá en el centro de operaciones. Alvar sabe que en esta sala, provista únicamente de una máquina de café y una sandwichera, se reunirán al menos dos veces al día hasta que puedan cerrar el caso. Y también tiene claro que, para ello, necesita poder contar con toda la responsabilidad y buen hacer de sus compañeros.

—¡A ver! ¿Os vais sentando, por favor? —exclama, pidiendo atención al grupo.

Arques es el único que parece estar tomándose en serio la preocupación de Alvar, pues aguarda paciente y en silencio mientras da pequeños sorbos a su humeante café. Finalmente, y cansado del murmullo de los agentes, Alvar se pone en pie, cabreado.

—¡Esto parece un puto patio de colegio! ¡A ver si podemos prestar un poco de atención, joder!

Poco a poco, sus compañeros van guardando silencio. Alvar respira hondo y comienza.

—Como todos sabéis a estas alturas, ayer por la mañana encontraron el cadáver de una chica en la playa del Cocó. Un chico… —se detiene para comprobar sus notas— Daniel González, la encontró mientras caminaba por el paseo. Él fue quien dio el aviso. Los que llegaron primero ya le tomaron declaración. La víctima, una mujer caucásica de entre dieciocho y veinticinco años, mostraba abundantes signos de violencia. Por supuesto, aún no disponemos del informe de la autopsia, pero, según me ha adelantado la forense, todo apunta a que llevaba muerta menos de doce horas cuando la encontraron. La causa más probable de la muerte es el shock hipovolémico provocado por la intensa hemorragia que le produjo la evisceración. Para que nos entendamos: alguien le abrió el abdomen y le arrancó el útero para luego colocarlo entre sus brazos. La víctima vestía únicamente un vestido blanco, de tela ligera, sin ropa interior. Tanto la disposición del cuerpo como de los órganos sugiere una puesta en escena ritualizada, con una, más que probable, intención simbólica por parte del asesino. Es decir, no parece compatible con un homicidio común.

—¿Han identificado ya a la víctima, inspector? —pregunta con sorna uno de los agentes.

Guillermo Salgado. Willy, como lo conocen en casa desde los cinco años. Alvar no lo traga y ya han tenido varios encontronazos, que a punto han estado de llegar a las manos, a causa de la actitud chulesca del agente.

—Pues quizá deberíamos empezar por ahí — prosigue, mirando fijamente al inspector—. O, tal vez, revisando las cámaras de seguridad cercanas. O rastreando el teléfono móvil de la chica.

—¡Cierra la boca, Salgado! ¡Tengamos la fiesta en paz! —grita una voz desde la puerta.

David Urriaga, el comisario, entra en la sala de reuniones visiblemente molesto por el rifirrafe de sus subordinados, se sirve un café de la mesa y se coloca en una esquina de la sala.

—Aún no la hemos podido identificar, es cierto, pero te aseguro que estamos en ello. Aunque, por supuesto, se admiten sugerencias.

Es el subinspector Arques quien ha tomado la palabra. Alvar siempre ha admirado la capacidad de su compañero para interceder antes de que él estalle. Además, es el único que aguanta con paciencia sus salidas de tono cuando la investigación no avanza tan rápido como a él le gustaría y quien, en más de una ocasión, ha tenido que sacarlo de un bar y llevarlo a casa antes de que acabase metido en una pelea.

—Como ya os ha adelantado Alvar, aún estamos a la espera del informe de la autopsia. De momento, algunos de vosotros iréis a hablar con los pescadores que suelen situarse en el espigón que queda enfrente del lugar donde fue encontrado el cadáver. Ayer no vimos a ninguno, pero algunos curiosos que paseaban por la zona, nos dijeron que es habitual verlos por allí. También nos hemos fijado en que hay algunas caravanas aparcadas cerca del lugar de los hechos. Ayer tampoco tuvimos suerte y no encontramos a nadie dentro pero, volved a intentarlo, por favor. A ver si alguien ha visto u oído algo. Recordad que quien lo haya hecho tuvo que trasladar el cadáver en algún vehículo, y también tuvo que aparcarlo en algún lugar para, después, cargar con la chica hasta la playa. Son unos pocos metros, estamos de acuerdo, pero de todos modos el asesino

se arriesgó a que alguien lo viera. Quiero que habléis con todas las personas que hayan podido pasar por allí en las últimas cuarenta y ocho horas. Es imposible que nadie viera nadie. Es imposible que nadie viera ni oyera nada.

Los agentes toman notas en sus móviles y tabletas, o, en el caso de los más tradicionales, en libretas, mientras van repartiéndose, de forma ordenada, las tareas. Urriaga hace una señal a Alvar para que vuelva a tomar la palabra.

—Con respecto al teléfono —comienza de nuevo, mirando a cada uno de los presentes y deteniéndose en Salgado—, no se encontraba en la escena del crimen, así que, como todos sabéis, con una víctima sin identificar es bastante difícil avanzar. En cualquier caso solicitaremos un registro de todos los dispositivos conectados a torres cercanas cuando podamos acotar la hora aproximada de la muerte de la chica. Y para ello, como seguro que ya os imagináis, necesitamos el informe de la autopsia —dice con sarcasmo.

Alvar sabe que, mientras no identifiquen a la víctima, van muy por detrás del asesino. Piensa que es muy poco probable que nadie haya echado de menos a una mujer joven. Además, sabe que un cabrón que se toma tantas molestias para elaborar esa puesta en escena, para asesinar a alguien con esa brutalidad, suele dejar pistas. Un homicida así necesita que el mundo, al que seguro intenta aleccionar, comprenda su obra. Sabe, por tanto, que no tardarán en identificar a esa mujer.

Un agente abre la puerta de forma apresurada, interrumpiendo la reunión.

—Siento mucho el retraso —dice, visiblemente avergonzado—. He tenido un problema en casa y luego he pillado un buen atasco.

Manuel Fernández, uno de los mejores policías con los que Javier tiene la suerte de poder trabajar. Cuando se incorporó al cuerpo, hace apenas tres años, solía salir con él y con Arques. Recuerda que, al terminar el trabajo, acostumbraban a ir a un bar cerca de la comisaría a tomar unas cervezas y comentar las investigaciones que llevaran entre manos. Luego, Fernández conoció a Ana, y cuando se casaron, esas quedadas tras el trabajo se hicieron muchísimo más esporádicas, y aún más cuando tuvo a su

primer hijo, hace apenas un año. Fernandez es un muy buen policía, pero al igual que Alvar, tiene un problema con la puntualidad.

—No importa —dice Javier, intentando restarle importancia—. Luego te pongo al corriente de los últimos avances, aunque hay poco que contar. De momento, lo más importante es que aún no hemos podido identificar a la víctima, así que me gustaría que te centraras en buscar si ha habido alguna denuncia por desaparición. Llama a todo el mundo, alguien tiene que echarla de menos.

David Urriaga se pone en pie para concluir la reunión.

—Muy bien. ¡Todo el mundo a trabajar! —zanja—. Estaré en mi despacho —dice, dirigiéndose a Alvar —. Mantenme informado de las novedades. Estamos en contacto.

Cuando todos se marchan, Alvar se acerca a la máquina de café y se prepara otro. Siente que la cabeza le va a estallar; el dolor ha vuelto hace un rato y va incrementando su intensidad. Necesita cafeína. Vuelve a sentarse en la mesa y, apoyando los codos en ella, comienza a masajearse las sienes con las manos.

—¿Otra vez el dolor de cabeza? —dice Arques, asomando la cabeza por la puerta.

—Sí, es por falta de sueño. Esta noche no he podido pegar ojo

El subinspector se acerca a la mesa y se sienta en frente de Alvar.

—Yo tampoco —confiesa Arques—. Cada vez que cerraba los ojos veía a la chica. ¿Qué dicen los de la científica? ¿Algún hilo del que tirar?

Alvar niega con la cabeza.

—Nada interesante: no han encontrado huellas, ni fibras, ni otro material biológico en el entorno inmediato. De todos modos, aún estamos a la espera del análisis del material hallado bajo las uñas de la chica. De momento tendremos que conformarnos con la búsqueda de posibles testigos y esperar el informe de la autopsia.

El sonido del móvil lo interrumpe. Alvar se apresura a responder. Tras unos segundos, en los que Arques observa a su compañero hablar y asentir, este le dice al colgar:

—Era Sara. Ya ha terminado con la autopsia y le gustaría que nos acercásemos a verla. Al parecer quiere comentarnos una cosa.

El Instituto de Medicina Legal y Forense, donde se practican la mayoría de autopsias en Alicante, está localizado en la Vía de los Cipreses, a las afueras de Alicante. Es el lugar oficial donde se realizan las investigaciones pertinentes en caso de muerte violenta, y donde suele citarles Sara Colmenar.

Desde la Comisaría, conducen por la avd. de Aguilera hasta enlazar con la carretera de Madrid. Cuando llegan, aparcan dentro del recinto y entran por la puerta principal. Ya conocen el camino de sobra. Descienden unas escaleras y, tras cruzar un par de pasillos, llegan al despacho donde Sara suele recibirles. Se trata de una pequeña sala, sin ventanas y contigua a la sala de autopsias, donde la doctora acostumbra a escribir los informes. Encuentran a la forense tan ensimismada delante del ordenador que ni se percata de la presencia de los inspectores. Sobre la desordenada mesa —que contrasta con el carácter ordenado de su dueña— hay una bandeja con un café y un bocadillo mordisqueado. Alvar carraspea para llamar su atención.

—Tengo que reconocer que nunca he entendido cómo podéis comer en un sitio como este, después de ver las cosas que veis —dice Arques, a modo de saludo.

Sara se gira y sonríe al verlos.

—Quizá es una cuestión de hambre, inspector. Llevo aquí desde las ocho de la mañana y aún no había comido nada desde anoche. Alvar, te acabo de enviar una copia del informe. Pero, evidentemente, no os he hecho venir para eso, quiero que veáis una cosa.

—Pues tu dirás —la apremia el inspector.

—Veamos… —comienza a decir mientras revisa un trozo de papel que acaba de coger de su desordenada mesa—. Empecemos por la hora aproximada de la muerte. Probablemente falleció entre las siete de la tarde del martes y las dos de la madrugada del

miércoles. Con respecto a la causa de la muerte, me reafirmo en lo que os dije ayer: murió debido a un shock hipovolémico agudo secundario a la hemorragia masiva que provocó la evisceración abdominal. El examen toxicológico ha revelado niveles altos de alcohol y alprazolam en sangre. El alprazolam, cuyo nombre comercial es *Tranquimazin*, es un fármaco que se usa, mayoritariamente, para tratar la ansiedad. También hay gente que lo toma para dormir pero es altamente adictivo. El hallazgo de esta sustancia me cuadra con el hecho de que el cadáver no haya mostrado signos de violencia aparte, claro está, de la incisión abdominal que le provocó la muerte.

—¿Quieres decir que no se defendió? —pregunta Arques, sin poder ocultar la sorpresa.

—Pues eso parece — responde Sara, cruzándose de brazos—. Como os digo, por los altos niveles de esas dos sustancias, la víctima debía estar bastante sedada. No hay heridas defensivas ni marcas de sujeción o ligaduras. Tampoco hemos hallado nada bajo las uñas, solo arena. Lo que sí hemos encontrado es una gran cantidad de partículas de plástico en la epidermis.

—¿La envolvieron en un plástico? —vuelve a preguntar Arques.

—Seguramente. Quizá para trasladarla. Eso explicaría por qué no se han podido obtener huellas alrededor del cuerpo en el lugar donde fue encontrado.

Alvar observa a su compañero tomar notas.

—¿La violaron? — pregunta Alvar.

—No —responde tajante—. No hay lesiones traumáticas en el interior del canal vaginal ni desgarros perineales.

Alvar coge las fotografías tomadas en la autopsia que Sara tiene sobre la mesa y observa con detenimiento las lesiones que presenta el cuerpo.

—En tu opinión —dice el inspector, aún con la mirada fija en las imágenes—, ¿puede haberlo hecho alguien con conocimientos de Medicina?

La doctora Colmenar parece dudar.

—Es posible... creo que no deberíais descartarlo, al menos de momento. La chica presenta una incisión abdominal vertical, desde

epigastrio hasta pubis, de veintiocho centímetros de longitud. Es cierto que los bordes son limpios y simétricos, lo que sugiere que haya podido ser realizada con una herramienta de filo único y alta precisión, como un bisturí. Pero, después, la localización del útero y su extracción fueron realizados sin ningún cuidado. ¡Ah! Se lo practicaron cuando aún estaba viva. Es una salvajada.

—¿Has encontrado algo en el útero? ¿Algo que te haya llamado la atención? —pregunta Arques.

Alvar lo reprende con la mirada. *Joder*, piensa, *¡pues claro que le habrá llamado la atención algo! ¡A la chica le han arrancado el puto útero y se lo han colocado entre los brazos, como si lo estuviese acunando!*

Está claro que Sara debe haber hecho la misma observación que el inspector, pero es muy educada y no dice nada. Se despereza, vuelve a recoger su abundante melena pelirroja y rizada en un moño, apaga el ordenador y se levanta.

—No especialmente —dice mientras se levanta de la mesa y los guía hacia la puerta—. Tiene una cicatriz de cesárea y ha sido extraído en bloque, junto a los ovarios. El útero corresponde al de una mujer multípara, es decir, que ha tenido varias gestaciones. La última, hace menos de seis meses. El resto de órganos no presentan ninguna particularidad reseñable, excepto, claro está, lo del estómago, que es por lo que os he hecho venir.

—De acuerdo, una jodida atrocidad —señala Alvar. Veamos qué tienes que enseñarnos.

Sara abre la puerta del despacho y sale haciendo un gesto a los inspectores para que la acompañen. Ellos la siguen por el pasillo hasta el lugar en el que descansa el cuerpo de la víctima. La sala de autopsias siempre ha despertado cierta repulsión en el inspector Alvar. El olor de los fluidos que impregnan el suelo, junto con esa potente luz blanca que ilumina los cadáveres, le hacen sentir una intensa sensación de desasosiego. Por el rostro pálido de Arques, Alvar intuye que también a él le sucede algo parecido. Observa el cuerpo desnudo y sin vida de la joven mujer. Ahí, tumbada sobre la fría y metálica mesa de autopsias, parece prácticamente una niña.

Sara se acerca a una de las mesas auxiliares, extrae una especie de trapo de uno de los recipientes de cristal y se lo muestra a los inspectores. Aunque está envuelto en un plástico para evitar su contaminación, puede verse claramente que se trata de un trozo de tela blanca, del tamaño de un pañuelo, con un dibujo grabado.

—Esto estaba dentro del estómago —dice, animándoles a que lo cojan con sus manos.

—¿Qué es eso? —pregunta Arques, intrigado—. ¿Es un trozo de su ropa?

La doctora niega con la cabeza.

—No, ya lo he comprobado. La ropa que llevaba es de algodón y esto que os enseño parece seda, aunque tengo que enviarlo a laboratorio. Ya os dirán algo.

—¿Qué es eso que tiene dibujado? —se interesa Alvar mientras se aproxima para verlo mejor.

Sara se encoge de hombros.

—Pues la verdad es que no lo sé —dice—. Parece algún tipo de símbolo, pero aún no me ha dado tiempo a investigarlo. Lo que sí os puedo decir es que la víctima tiene grandes lesiones en la faringe y en la parte alta del esófago.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntan Alvar y Arques casi a la vez.

La forense respira hondo y sentencia:

—Eso significa, inspectores, que la obligaron a ingerirlo. Parece que vuestro asesino la forzó de forma reiterada, probablemente durante un buen rato, hasta que consiguió tragarlo. Un verdadero suplicio, porque os aseguro que debió sufrir mucho hasta que pudo deglutirlo.

Una hora más tarde, ya en la comisaría, Alvar y Arques, sentados en el despacho de Urriaga, informan al comisario de los avances en la investigación.

—¿Eso es todo lo que tenemos? —pregunta este, visiblemente alterado.

—Sí. De momento, solo el informe de la autopsia —responde Alvar mientras saca el informe que Sara Colmenar acaba de enviarle —. Se confirma la causa de la muerte por shock hipovolémico. En cuanto al útero, que fue arrancado prácticamente sin ningún cuidado, la forense cree que es propio de una mujer que ha parido varias veces. Tiene una cicatriz de cesárea reciente, según ella, realizada hace menos de seis meses. Teniendo en cuenta que parece que tuvo un bebé hace no mucho, es extraño que nadie la haya echado de menos aún. Por cierto —Alvar saca su móvil del bolsillo y muestra una fotografía al comisario —, tenía esto dentro del estómago. Ya hemos enviado una copia a todo el equipo y me han dicho que van a investigarlo de inmediato.

Suena el teléfono de Urriaga y este hace una señal a los inspectores para que guarden silencio. Cuando cuelga, dice sonriendo:

—Tenías toda la razón, Alvar. Ya la han echado de menos. Hace una hora han denunciado la desaparición de una chica, que coincide con la descripción, en la comisaría de Alicante Norte.

7

Aura se lava minuciosamente las manos y se coloca, con cuidado, los guantes estériles depositados en la mesa en la que tiene preparado todo el material para poner la epidural. Tumbada en una de las camas de paritorio, una mujer la mira con ojos esperanzados.

—¿Me va a doler? —pregunta la parturienta—. Es que yo siempre les he tenido pánico a las agujas.

Aura pone los ojos en blanco. Siempre ha pensado que debe de doler mil veces más parir sin epidural, pero se arma de paciencia y responde lo mismo de siempre.

—Tranquila, te pondré anestesia local antes y solo notarás un ligero pinchazo —le dice para calmarla.

Cuando la mujer ya está sentada y adecuadamente colocada al borde de la cama, Aura comienza la técnica. Clava la aguja en la espalda y, cuando localiza el espacio epidural, pasa el fino catéter a través del cual posteriormente administrará la medicación y retira la aguja. Luego lo fija a la piel con un esparadrapo, coloca a la mujer de nuevo tumbada en la cama y procede a conectar la bolsa de anestésico local que será administrado a través de una bomba de perfusión.

Aura observa a la mujer, a quien ya se le ha pasado el dolor, y no puede evitar sentir un poco de tristeza. Ahora, tras su reciente ruptura con Carlos, cada vez ve mas lejos la posibilidad de ser madre en un futuro cercano. Antes ni siquiera pensaba en ello, pero últimamente ese pensamiento le viene a la mente con cierta frecuencia. No es que se lo hubiese estado planteando, ni mucho menos, pero sabe que la infertilidad femenina es un problema cada vez más frecuente y, con treinta años ya cumplidos, tiene cierto

miedo de que, en el momento en que decida ser madre, no pueda conseguirlo.

Carlos. Aunque no hubiese sido un buen marido para ella, sí hubiese sido un buen padre. A veces, cuando piensa en su futuro, y sobre todo en estos momentos en los que atiende a una mujer embarazada, le surgen dudas acerca de si fue una buena idea romper con él. Es cierto que ya hacía mucho tiempo que su relación estaba estancada, y la crisis sanitaria, con el posterior fallecimiento de los padres de Aura, no le vino precisamente bien a la convivencia. Sin embargo, no puede evitar sentir algo de miedo al pensar si se pudo precipitar con la ruptura. Quizá eso era el amor, quizá ella pide demasiado. Tal vez el romance sea algo sobrevalorado y, a lo mejor, esa historia del compañero incondicional, de las almas gemelas, solo sean chorradas que nos venden desde niñas en las películas románticas.

No es que se considere una mujer excesivamente soñadora, pero tiene que reconocer que, durante mucho tiempo, albergó la esperanza de que alguna vez apareciera en su vida un hombre con quien pudiera sentir que el mundo entero podría derrumbarse sin importarle, siempre y cuando lo tuviera a su lado. Un hombre que la hiciera cometer locuras y olvidarse hasta de sus responsabilidades. Si eso es el amor, ella no se ha enamorado nunca.

La voz de una mujer la devuelve al momento actual.

—Doctora Martín, la paciente se encuentra mareada —dice Ana, una de las matronas.

—Ya, le habrá bajado la tensión. Tómasela, por favor.

—Ochenta y cinco, cincuenta y dos.

—¿Qué frecuencia cardiaca tiene?

—Sesenta y cinco latidos por minuto.

—Pues ponle diez miligramos de efedrina intravenosa, por favor —resuelve Aura.

Un rato después, cuando ha comprobado que la mujer se encuentra bien y ya no la necesitan en el paritorio, Aura vuelve al bloque quirúrgico y se dirige al vestuario para cambiarse. Ya ha terminado su jornada por hoy.

Un rato después, ya en casa, Aura ha comido algo rápido y habla por teléfono con Claudia, otra de sus mejores amigas.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —pregunta esta.

—Pues la verdad es que tengo trabajo porque voy bastante retrasada con el curso ese que te dije que estaba haciendo. Así que ahora me echaré un rato y, después, a ver si me da tiempo a adelantar algo. Pero estoy muerta. Voy a ponerme una peli y a tumbarme un ratito en el sofá. ¿Y tú?

La conoció en su segundo año de facultad, y enseguida se incorporó al dúo que hasta ese momento formaban Aura y Susana. Se hicieron inseparables y lo han sido hasta que, hace un año y medio, Claudia aceptó un trabajo como publicista en Londres y se marchó allí a vivir. La echa muchísimo de menos, y no es porque el contacto con ella haya disminuido; al contrario, ahora hablan incluso más que antes. Sin embargo, Aura añora las tardes de cafés interminables que las tres pasaban juntas, riéndose de chorradas y quejándose de sus respectivos trabajos.

—Yo también tengo un montón de curro —responde Claudia—. Una de las marcas para las que trabajamos quiere cambiar su imagen y mi jefe me tiene frita con los plazos. Nos está apretando mogollón. Llevo tres noches acostándome a las tres de la madrugada.

—Ya será menos. ¿No será de las fiestas que te pegas? —pregunta Aura en tono burlón.

En realidad, ella sabe que no es el caso. Si Susana es la viva imagen de la fiesta y la espontaneidad, Claudia lo es de la responsabilidad y la prudencia. En ese sentido se parece mucho más a ella. Cuando iban a alguna fiesta mientras estaban estudiando y Aura decía que ya era hora de irse a casa porque al día siguiente tenían que madrugar, Claudia era quien la apoyaba. Si hubiese sido por Susana, no habrían dormido en casa en todos los años que estuvieron en la facultad.

—¡Sí! ¡De fiesta! —exclama Claudia, horrorizada—. Para que lo sepas, Peter estuvo intentando convencerme para salir a cenar

anoche, pero estaba tan cansada que no lo consiguió.

—Pues tienes que salir un poco —la anima Aura—. Estás todo el día encerrada en casa como un ratón.

—¡Mira quién fue a hablar! —responde Claudia riendo—. Por cierto, ¿has hablado con Susana? ¿Habéis puesto ya fecha?

Mierda, piensa Aura. El viaje a Londres. Había prometido que iba a mirar qué fines de semana tenía libres y se los iba a decir a Susana para fijar una fecha y empezar a buscar vuelos cuanto antes. Si no los compran con tiempo, el viaje les va a costar un ojo de la cara.

—Pues todavía no —se excusa—. Es que he estado liada, espero que no te moleste. Te prometo que te decimos algo la semana que viene sin falta, ¿vale?

—No te preocupes, si es por organizarme. Tengo un montón de planes para cuando vengáis. Lo vamos a pasar increíble, ya verás. ¡Qué ganas de veros!

Aura es consciente de que Claudia se siente muy sola desde que se fue. Cuando le propusieron el trabajo se puso como loca. Para ella, ese empleo significaba poder cumplir uno de sus mayores sueños, el de trabajar para una de las mejores empresas de publicidad de Londres. Ayudó bastante el hecho de que no tuviera que marcharse sola. Cuando estudiaba segundo de carrera conoció a Peter, un chico de raíces danesas pero nacido en Londres, que había venido a Alicante a estudiar dentro del programa Erasmus, una iniciativa de la Unión Europea para fomentar la movilidad y formación de estudiantes y personal docente dentro de Europa. Peter quedó rápidamente prendado de Claudia, y cuando el curso acabó y tuvo que regresar a Inglaterra, la convenció para que continuaran llamándose. Tras varios viajes de Claudia a Londres y de Peter a Alicante, comenzaron una relación que, con los años, fue afianzándose cada vez más y que terminó por formalizarse hace un año y medio, cuando Claudia decidió trasladarse a Londres.

Aura mira el reloj y se da cuenta de que ya llevan casi una hora hablando. Sabe que, si fuera por su amiga, podrían estar hablando hasta la noche, pero tiene mucho sueño y quiere echarse un rato.

—Bueno querida —dice a modo de despedida—, tengo que dejarte. Te digo algo del viaje en cuanto lo hable con Susana. Un besito.

Cuando cuelga, termina el té que tenía sobre la mesa y enciende la tele. Se recuesta en el sofá pensando que quiere ver la serie que empezó hace una semana, una sobre el suicidio de varios científicos que le han recomendado en el trabajo y que, por lo visto, está muy de moda. Apoya la cabeza en el mullido cojín y se tapa con la manta que siempre tiene en el sofá. No tarda ni cinco minutos en quedarse dormida.

Cuando Aura despierta, ya ha anochecido. Se incorpora todavía algo aletargada y mira el reloj del móvil. Las ocho y media. La tarde perdida, piensa. Por la hora que se ha hecho, abandona la idea de salir a caminar y decide ir a la cocina a preparar algo de comer. No tiene demasiada hambre, así que prepara un sandwich de pavo y vuelve a sentarse en el sofá. Todavía no lo ha terminado cuando escucha vibrar su móvil.

"Carlos", lee en la pantalla. Hace días que su ex la está llamando o enviando mensajes por whatsapp y ella no para de ponerle excusas; que si está de guardia, que si tiene lío en el hospital, cualquier cosa menos hablar con él. Hoy, sin embargo, no se siente con fuerzas de darle más largas, así que coge el móvil y desliza su dedo índice por la pantalla.

—Hola Aura, por fin puedo hablar contigo. ¿Cómo estás?

—Ya, lo siento —trata de excusarse—. He estado bastante liada estos días. Estoy bien. Ya sabes, un poco cansada. Aún hay gente de vacaciones, así que este mes estoy haciendo muchas guardias.

—Escucha Aura —dice titubeando—, había pensado que quizá podía pasarme este fin de semana por tu casa. Aún tengo algunas libros y documentos que me dejé cuando me fui.

—Claro, ya sabes que puedes pasarte cuando quieras. Metí tus libros en un par de cajas, espero que no te importe. Están en la habitación del fondo.

Algo en el tono en el que él le habla la hace sospechar que sus intenciones no son únicamente recoger un par de cajas. Lo sabe porque vivió con él durante casi cinco años y es, de momento, la persona a la que mejor conoce después de a ella misma. Y en esto último, a veces hasta tiene dudas.

—Si no tienes plan para el sábado por la noche —continúa—, podríamos ir a cenar. Me han recomendado un sitio y creo que podríamos probarlo.

Bingo

Por una vez, se alegra de tener guardia un fin de semana. Le sorprende, no obstante, la forma en la que Carlos la aborda. Él, que en los últimos cuatro años practicante no quiso salir nunca de casa. Aura recuerda cómo tenía casi que suplicarle cuando quería hacer algún plan que no fuera pasar el fin de semana con sus padres o en el sofá viendo la tele. Lo máximo a lo que ella podía aspirar era a que la llevara al cine, y eso pasaba en contadas ocasiones. No, de ninguna manera sería buena idea salir a cenar con él.

—Lo siento, el sábado tengo guardia. De todos modos —dice con el mayor tacto posible—, creo que aún es demasiado pronto para que salgamos a cenar. Necesito un tiempo para adaptarme a esta nueva situación. Espero que lo entiendas.

—Claro.

—Quizá un poco más adelante…

—No te preocupes, pasaré uno de estos días a por mis cosas. Cuídate.

Cuando Aura cuelga, la invade una inmensa soledad.

Baiona, Pontevedra. Octubre de 1989.

Cree que ha escuchado un ruido pero sabe que no puede ser. Si sus cálculos no le fallan, hace días que no escucha nada al otro lado de la puerta. Tampoco arriba, por supuesto. Tiene mucha hambre, pero no es eso lo que lo está torturando. Es la sed, la maldita sed. Siente su garganta áspera, como una lija.

¡Pum! Sí, ha escuchado un ruido, aunque, quizá, haya sido producto de su imaginación. A lo mejor esa es la forma en la que uno empieza a morir, imaginando las cosas que quiere que sucedan; que la puerta se abra de repente, que vengan a rescatarle y a darle agua y comida. Sobre todo agua. Mataría por un vaso de agua.

Se siente cada vez más débil. A pesar de su juventud, es consciente de que hace demasiado tiempo que no bebe nada. Debe de estar deshidratándose. Una vez lo dio en el colegio. Le explicaron qué pasaría si una persona dejaba de beber agua. No recuerda los detalles pero sí la conclusión: te mueres.

Con mucho esfuerzo, consigue incorporarse del camastro y trata de acercarse a la puerta. Camina débilmente, con mucha dificultad, apenas puede tenerse en pie. Aproxima la oreja a la puerta. Nada. Contiene la respiración para afinar el oído.

¡Pum! Ahora sí, escucha algo. Unos golpes a lo lejos. Luego, de nuevo el silencio. ¡Pum! ¡Pum! Golpes de nuevo. Después, oye el sonido del cristal al romperse. Cree que han abierto alguna puerta en el piso superior. Oye pasos, muchos. Y voces. Sabe que alguien está hablando en el piso superior aunque no puede comprender lo que dice. Entonces, esperanzado, golpea la puerta y empieza a gritar. Empieza a gritar como si la vida le fuera en ello. Es que sabe que la vida le va en ello. No sabe a quién llama, pero intuye que los gritos sirven de algo porque escucha la voz cada vez más cerca, cada vez mas cerca. Sabe que no va a tener más oportunidades, así que saca las últimas fuerzas de donde puede y comienza a gritar mientras golpea con las manos y las piernas la pesada puerta. Los pasos se acercan. Temeroso, se aleja de la puerta y corre a esconderse sobre el camastro.

Y entonces , al fin, la puerta se abre.

8

—La forense acaba de confirmar que la víctima se corresponde con la chica cuya desaparición han denunciado esta mañana, en la comisaría de Alicante Norte.

Javier Alvar expone a sus compañeros, en la sala de reuniones de la comisaría, todo lo que el subinspector Pablo Arques y él han podido averiguar hasta el momento acerca de la chica asesinada.

—La mujer ha sido identificada como Paula Tosar. En el momento de la muerte tenía veinticuatro años y era madre de cuatro niños. El más pequeño solo tiene tres meses de edad. Imaginad el drama. Por el momento, solo sabemos que estaba soltera y que el martes por la tarde le dejó los críos a una vecina y se marchó a trabajar, o eso le dijo. Esa noche no regresó, pero como por lo visto, era una cosa que hacía con frecuencia, la mujer no se extrañó y continúo cuidando de los niños. Ya al no presentarse la segunda noche, comenzó a preocuparse, y por eso ha acudido a la policía.

Alvar se fija en Salgado, que cuchichea con el agente Fernández.

—¡Salgado! —dice, alzando la voz —. ¿Tienes algo que compartir con el resto de tus compañeros? Me gustaría que fueras a casa de la mujer que ha denunciado la desaparición. Habla con ella, a ver si puedes averiguar algo.

Alvar mantiene la mirada fija en el agente, provocándolo. Si hay algo que soporta poco es que no se tomen en serio una investigación. Han dejado pasar unas horas cruciales y no están para perder el tiempo. Salgado le sostiene la mirada, visiblemente molesto. Él sabe que no hay nada que le moleste más a su compañero que recibir órdenes suyas. Cuando finalmente el agente baja la mirada, el inspector se dirige al resto:

—¿Alguien ha podido hablar con algún pescador de los alrededores del escenario del crimen? Y, ¿habéis localizado a los

dueños de las autocaravanas?

Los agentes se miran unos a otros buscando quién de ellos será el primero en hablar.

—Nada —responde finalmente Fernández, visiblemente preocupado—. Esta mañana hemos hablado con todos los que merodeaban por la zona. La mayoría eran los propietarios de los vehículos y, aunque se han mostrado muy colaboradores, no hemos podido sacar nada en claro. También hemos visto a algunos pescadores en el espigón pero nadie vio ni oyó nada.

Alvar tuerce el gesto. Se incorpora y camina hacia la pizarra que hay colgada al fondo de la sala y donde, desde la tarde anterior, ya puede verse tanto la foto de Paula como un pequeño mapa conceptual con los primeros hilos de los que tirar.

Es una de las principales manías del inspector desde que era estudiante: iniciar todos los casos lanzando una pregunta. Cuando empezó primero de criminología, ya tenía muy claro que quería trabajar en Homicidios, así que se dedicó en cuerpo y alma a empaparse de todo lo que pudo. Se pegó a sus profesores e intentó aprovecharse al máximo de su experiencia. Por supuesto, eso despertó muchas envidias entre algunos de sus compañeros, que empezaron a considerarlo un trepa. Comenzaron a molestarlo tanto en clase como en las prácticas; intentaron joderlo durante meses, hasta que un buen día se le hincharon los cojones y resolvió el problema, con mucha solvencia por cierto, con una buena pelea en un pub cerca del campus, de la que salió claramente vencedor. Cuando uno de sus profesores se enteró de lo sucedido, en lugar de reprenderlo, lo animó a entrar en la policía; le dijo que para trabajar en Homicidios, lo que tenía que tener era agallas y que había demostrado que de eso iba sobrado. A partir de ese día, sus compañeros aprendieron que a Alvar era mejor no tocarle las narices, y de ese modo pasó el resto de la carrera sin mayores problemas.

Ahora, ahí de pie frente a la pizarra, observando los datos que puede ver en ella, el inspector no sabe por dónde tirar. ¿Qué quiere decirnos el asesino? ¿Qué quiere demostrar? Lee para sí las frases que él mismo escribió. De momento no tienen nada. Se acerca a la

mesa y se sirve otro café. Cuando se sienta, se quita la corbata y se remanga las mangas de la camisa. La cabeza le vuelve a doler a pesar de que ya lleva varios analgésicos en el cuerpo. El resto de compañeros, que habían aprovechado la abstracción de su jefe para tomarse un descanso, poco a poco van ocupando sus asientos. Alvar vuelve a dirigirse a ellos:

—Y, del dibujo de la tela, ¿sabemos algo ya? —pregunta con pocas esperanzas.

Cristina Maiquez, miembro de perfiles criminales, toma la palabra.

—He hablado con un amigo que es bastante *friki* de la simbología y eso, y me ha dicho que es un símbolo celta muy conocido. De hecho, tiene varias amigas que lo llevan tatuado. Por lo visto se trata del Nudo de la maternidad celta, un símbolo que representa la conexión entre madre e hijo, el vínculo eterno entre los dos. Al parecer es muy famoso.

—Bien —responde Alvar dirigiéndose al resto—. Por favor, quiero que analicéis la tinta con la que se ha dibujado. También necesitamos saber si ha sido pintado a mano o a máquina y, en ese caso, dónde se puede haber realizado la impresión. Con respecto a la tela, quiero saberlo todo: desde el tipo de tejido hasta dónde se pudo haber comprado y cuándo. Quiero que averigüéis cualquier particularidad, lo que sea. A ver si podemos tirar por ahí.

El inspector se levanta para dar por concluida la reunión.

—Y, por favor —lanza como última petición—, ya sabéis lo importante que es que nos demos prisa. Avisadme en cuanto tengáis algo. Estoy operativo las veinticuatro horas.

Empieza a caer la tarde, pero el barrio de La Virgen del Remedio, en ese momento del día, está repleto de vida pues siempre ha sido una zona caracterizada por su gran actividad, tanto a nivel comercial como social. Allá por donde mira, el agente Willy

Salgado ve gente entrando y saliendo de los numeroso comercios, pandillas de adolescentes escuchando música con sus móviles, chavales volviendo del entrenamiento o mujeres paseando a los niños en sus carritos.

Cuando localiza la casa, Salgado sube las escaleras hasta el segundo piso y llama a la puerta de la vecina de Paula Tosar, la mujer que ha denunciado su desaparición. Le jode sobremanera que el chulo de Alvar le haya dado órdenes. Hace tiempo que se la tiene jurada. Desde que llegó a la comisaría no ha dejado de escalar, y Willy piensa que, sinceramente, no es para tanto. Sí, ha resuelto un par de casos, pero no es tan brillante como sus superiores le hacen creer. Se jura que, si alguna vez asciende dentro del cuerpo, empleará toda su energía en trasladarlo a otro departamento, cualquiera en el que no tenga que ver su cara bonita todas las mañanas.

Hace unos minutos que ha llamado a la puerta y nadie responde. El agente se empieza a impacientar y vuelve a llamar, esta vez con mas insistencia. Finalmente, Salgado escucha unos pasos y la puerta se abre. Una señora de unos setenta años y con un niño en brazos, lo mira con desconfianza. Detrás de ella, otros tres niños se han asomado para ver quién es el extraño que ha llamado a esas horas.

—¿Qué quiere? Ahora mismo me pilla mal y no quiero comprar nada —dice la señora, visiblemente malhumorada.

En esos momentos Salgado se arrepiente profundamente de no ir uniformado. Seguro que la mujer no le habría hablado de esa manera tan impertinente.

—Buenas tardes, ¿es usted María Amparo González?

—Sí. ¿Quién es usted? Ya le he dicho que no quiero nada —le espeta mientras comienza a cerrar la puerta.

El agente coloca el pie para evitar que la cierre.

—Soy el agente Guillermo Salgado, de la Policía Nacional —dice mostrando su placa—. Vengo a hacerle unas preguntas en relación con su vecina Paula Tosar. Tengo entendido que está cuidando de sus hijos.

A la mujer se le ilumina la cara.

—Pues sí —dice con un tono mucho más amable que cuando abrió la puerta—. Llevan conmigo desde el martes. ¡Y estamos a jueves! ¡No sé cuándo piensa aparecer esta mujer! ¡Esta vez se ha pasado! ¿Ya la han localizado?

Salgado no puede evitar sentir lástima; nunca se acostumbrará al mal trago de dar la noticia de un fallecimiento.

—Mire, señora… González. Lamento decirle esto, pero hemos encontrado a Paula sin vida. No puedo darle más información porque estamos investigándolo. Espero que lo entienda.

Maria Amparo ahoga un grito y empieza a negar con la cabeza. Debe estar arrepintiéndose de lo que ha dicho hace un momento de su vecina. A él le parece sincera. Debía de quererla, o, al menos, apreciarla. Salgado deja pasar unos minutos para que la mujer asimile la información que acaba de darle. Cuando la nota un poco más tranquila, continúa:

—Si se encuentra un poco mejor —dice en tono cortés—, me gustaría hacerle unas preguntas.

La mujer asiente y le hace un gesto para que entre en la casa. El agente la sigue por el estrecho pasillo hasta el salón donde ambos se sientan, frente a frente, en unas viejas butacas dispuestas alrededor de una pequeña mesa de cristal. María Amparo abraza al niño que sostiene entre sus brazos como si tratara de buscar consuelo en él.

—Puesto que es usted a quien ha confiado el cuidado de sus hijos —comienza Salgado—, dígame, ¿era habitual que Paula se los dejara? Veo que tiene uno muy pequeño. ¿Con qué frecuencia lo hacía?

—Pues… la verdad es que me los quedaba mucho —responde María Amparo, con un hilo de voz—. Cada dos por tres. ¿Ve a este pequeñín? —dice mirando al bebé—. Creo que ha pasado más horas conmigo que con su madre en los tres meses de vida que tiene. Sí, me los dejaba con mucha frecuencia. Algunas veces ni preguntaba. Ella era así, sabía que yo no iba a dejar a lo niños en la calle.

—¿Los dejaba con usted para ir al trabajo?

—Eso decía, pero a veces los tenía aquí todo el fin de semana. No sé qué tipo de empleo puede tenerte ocupada tanto tiempo

seguido, sin dejarte ni siquiera volver a casa a descansar un rato. Pero en fin, como le decía, ella era así, por eso no denuncié antes su desaparición.

El niño que Maria Amparo sostiene en sus brazos empieza a berrear y ella se pone en pie para intentar calmarlo mientras continúa hablando.

—A veces ella simplemente desaparecía, ¿sabe?Cuando regresaba días después, casi siempre lo hacía borracha o drogada, y entonces tampoco podía atender a los niños.

—¿Sabe si tenía pareja?

—¿Pareja?

A la mujer se le escapa una sonora carcajada que a Salgado le parece que está cargada de amargura.

—¡Cada día estaba con uno distinto! Mire, agente —dice, bajando la voz—, Paula ha tenido cuatro hijos en cinco años. Por lo que he escuchado decir de ella en el barrio, de distintos padres. En ese periodo de tiempo le he conocido muchos hombres; cada día entraba con uno distinto.

—¿Está insinuando que era prostituta?

Maria Amparo mira al agente horrorizada.

—¡Claro que no! ¡Para nada! —se apresura a responder—. Yo no he dicho eso. Trabajaba en una tienda aquí al lado, una de esas que abren las veinticuatro horas del día. Está al final de la calle.

—¿Tenía alguna amiga que usted conociera? ¿Alguien que usted viera con más frecuencia por aquí?

Maria Amparo desvía la mirada, tratando de hacer memoria.

—A veces traía a gente —dice finalmente—. Lo sé porque armaban mucho jaleo. Aún no entiendo cómo podían dormir esos críos ahí. Sí, Paula tenía a mucha gente con la que salir por ahí a trasnochar, pero nadie que se quedara con ella. De hecho, la última vez que se puso de parto tuve que acompañarla yo, porque estaba sola en casa con las tres criaturas. Encima se le complicó y tuvieron que hacerle una cesárea. ¡Tuve que quedarme a los niños durante una semana entera! Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Qué culpa tienen los niños?

La mujer se aproxima a la puerta del salón para comprobar que los niños no están cerca.

—Me da mucha pena lo de Paula, pero, ¿sabe quienes va a ser los realmente perjudicados? Estos pobres niños. Y no es que tuvieran precisamente a la mejor madre del mundo, pero era su madre, no tenían otra. Si quiere saber mi opinión...

—Por favor.

—¡No cuidaba bien de ellos! Los tenía desatendidos, sucios, mal alimentados. Una vez estuvo encerrada con ellos en casa durante una semana. No los llevaba al pediatra, no dejaba que se relacionaran con más niños, se le olvidaba darles de comer…

—Me queda claro, no se hacía cargo de sus hijos —dice Salgado, cortándola.

Maria Amparo baja la mirada, avergonzada por hablar mal de su vecina.

—Pero aún con todo lo que le he dicho, yo la apreciaba. Todo esto se lo cuento por si le puede servir de algo. Y también para que intenten buscar un buen hogar para estos niños, porque créame, no saben lo que es una madre.

Salgado se da cuenta de que ya no va a poder sacar a la mujer de ese discurso, así que le pide que llame a la policía si recuerda algo más y se despide.

—Una última pregunta —le dice cuando ya está en la puerta—, cuando Paula salía, ¿podía localizarla de algún modo? Ya sabe, por si pasaba algo.

—Sí claro —responde rápidamente María Amparo—. Tenía su móvil.

Alvar observa cómo se eleva lentamente la puerta del garaje de su casa. Cuando decidió instalarse en Alicante, hace ya casi seis años años, no pensó en lo incómodo que resultaría aparcar en esa zona. Sí, la Avenida de la Estación era una de las zonas mejor

valoradas de la cuidad en el momento en que decidió comprar la casa. Al menos eso era lo que reflejaban lo precios porque, comparada con viviendas de las mismas características, esta resultó bastante más cara. No le importó: en cuanto entró en la casa quedó prendado de ella. Para empezar, era increíblemente amplia. Su anterior propietario, un extranjero del este de Europa, la adquirió en un primer momento como inversión, pero cuando su mujer decidió que quería vivir en España, y aprovechando además que el vecino de al lado acababa de fallecer y sus hijos querían vender para cobrar rápidamente la herencia, compró la vivienda y las unió. El resultado fue un enorme ático de más de doscientos metros cuadrados completamente reformado y con terminaciones de lujo. Cuando, unos pocos meses después, el hombre apareció muerto, aparentemente de un infarto, y su mujer decidió que era hora de volver a casa, pusieron el lujoso ático en venta, y así Alvar tuvo la oportunidad de comprarlo. Le impresionó la amplitud, pero todavía más el enorme jardín que la mujer había hecho instalar en la terraza, y que dotaba a la vivienda de un agradable frescor incluso en los días más calurosos del verano. La primera vez que vio la vivienda, estaban en Navidad; Alvar lo recuerda porque, nada más asomarse a la terraza, pudo ver un edifico hermosamente adornado e iluminado, en cuyo interior habían instalado un pequeño mercado navideño. Le pareció que el piso tenía unas vistas más que aceptables para estar en el centro de la ciudad, y la amplitud que respiraba esa avenida le trajo paz, así que no pensó en la hipoteca que tendría que afrontar y lo compró.

La puerta termina de abrirse, y Alvar desciende por la estrecha rampa en la que apenas cabe un coche y estaciona su Audi S5 color rojo en la plaza asociada a su vivienda, la número doce. Cuando llega a casa, lo primero que hace es cambiar su traje por un chandal y, tras servirse una copa, se sienta en el sofá y llama al subinspector Arques.

—¿Ya has terminado por hoy? —pregunta este nada más descolgar.

—No. Estoy en casa ya, pero voy a revisar algunas cosas. ¿Alguna novedad?

—El registro en casa de Paula Tosar. ¡Menuda pocilga! De verdad que yo no sé cómo podía tener ahí a tres niños.

—Cuatro —corrige Alvar.

—¡Eso! Pues en serio, era para que fuera sanidad. Si quieres, me paso por tu casa y le damos una vuelta.

A Alvar le cuesto mucho decir que no, pero esta noche está francamente cansado y aún quiere trabajar un rato, así que rechaza la oferta y cuelga. Se sirve una copa y enciende la tele. No le importa lo que están poniendo, tiene la vista perdida en otra cosa: en las fotos de la autopsia de Paula Tosar.

Baiona, Pontevedra. Octubre de 1989

Despierta con el sonido rítmico de un pitido. No le molesta. Le resulta, incluso, agradable. Es como una suave nana que le adormece, como una manta suave y cálida en la que guarecerse. Oye el sonido de algunas voces, lejanas. Hablan en voz muy baja y dicen cosas que no puede comprender. Lentamente va abriendo los ojos. No soporta la intensidad de la luz y los vuelve a cerrar.

Ayer vino un hombre a verlo. Fue muy dulce y simpático. Le dijo que ya llevaba dos días fuera de ese horrible agujero. Le preguntó qué recordaba. Él no quiso contarle nada, tenía miedo de que lo encerraran en un hospital psiquiátrico. Se dedicó a decirle que estaba contento de poder estar fuera.

El hombre le dijo que pronto se acostumbraría a la luz, pero aún no se ha acostumbrado. No le molesta tanto como al principio, es cierto. De todos modos, se pregunta si no sería mejor no volver a ver, quedarse sumido en la oscuridad. A veces es mejor vivir en la oscuridad que tener que enfrentarse a ciertas cosas.

Cuando la puerta se abrió y la luz le dio en los ojos, pensó que iba a quedarse ciego. Le dio, sin embargo, tiempo para ver los tres pequeños cuerpos en el suelo. Empapadas. La piel morada. Sus hermanas. Las quería. Al final tuvieron peor suerte que él. O no.

No sabe qué será de él. Acostado en la cama de esa fría habitación de hospital, piensa en sus hermanas y no puede evitar llorar. Llora con desconsuelo. Llora porque sabe que esas muertes se podían haber evitado. Si alguien hubiese hecho algo, si alguien se hubiera preocupado por ellos.

Le han dicho que su madre ha muerto. Les ha escuchado decir, susurrando para que él no lo escuchara, que se había quitado la vida. Le han dicho que no se preocupe, que a partir de ahora todo va a ir bien. Lo duda. A su corta edad ya sabe, desde hace tiempo, que su destino está escrito: que es imposible que sea feliz.

Ahora está solo en el mundo.

9

Alicante, viernes 20 de octubre de 2023

Es la segunda noche que Alvar no pega ojo. El día anterior estuvo trabajando hasta las tres de la madrugada y a las seis ya estaba en pie. La investigación comenzó hace dos días y aún no tienen gran cosa. La inspección que se realizó el jueves por la tarde en el domicilio de la víctima, según le contó Arques, solo aportó una gran cantidad de cajas de *Trankimazin* y botellas de alcohol, justamente las dos sustancias que se encontraban en altos niveles en la sangre de Paula Tosar, según el informe toxicológico de la autopsia. La casa estaba dejada de la mano de Dios: la cocina estaba repleta de platos sucios y la nevera llena de alimentos en fase de descomposición, había montones de ropa sucia y basura sobre los muebles y también tirados sobre el suelo de toda la casa. Unas condiciones terribles para criar a cuatro hijos, hecho que la vecina constató durante la entrevista que mantuvo con el agente Salgado. Además, está lo del símbolo celta de la maternidad.

Sentado en la sala de reuniones, ubicada en la primera planta de la Comisaría Provincial de la Policía Nacional, Alvar toma un café mientras espera a que lleguen el resto de sus compañeros. Observa las fotos que se tomaron en la escena del crimen. Contempla a la pobre chica vestida de blanco y cubierta de sangre; una mujer joven y atractiva con toda la vida por delante. Y ese puto cabrón se la ha arrebatado. *El símbolo celta de la maternidad*, piensa, *ahí tiene que estar la clave.*

Pablo Arques asoma la cabeza por la puerta. También él tiene cara de no haber descansado la noche anterior. Saluda con una mano mientras con la otra contiene un bostezo, y se dirige hacia la máquina de café para prepararse uno.

—¿Alguna novedad? —pregunta mientras mete la cápsula en el aparato.

—Lo que hablamos anoche... ahora, cuando lleguen todos, volveremos a repasar a ver si por fin podemos abrir alguna línea de investigación sólida. Porque, por el momento, estamos jodidos: no tenemos nada. La verdad es que llevo toda la puta noche dándole vueltas a todo y no se me ocurre nada... o quien lo ha hecho es muy inteligente, o se nos está escapando algo.

Poco a poco, los compañeros van entrando en la sala. Como cada mañana y antes de que empiece la reunión, se saludan, hacen bromas, comentan el partido de la noche anterior o los problemas con los niños. Alvar nunca ha entendido cómo pueden mostrase tan alegres en situaciones como esta. Siempre le ha parecido una actitud poco profesional. A lo mejor pensaría distinto si tuviera familia, si alguien lo esperase en casa cada noche.

Los observa parlotear mientras van ocupando sus asientos. Salgado, con esa sonrisita que tanto detesta; Arques, sacando sus notas, tan aplicado como siempre; Cristina Maiquez, consultando su móvil, seguramente dando las últimas instrucciones a su marido, que es quien lleva a los niños al colegio. Y por último, Manuel Fernández, que hoy, para variar, ha llegado a su hora pero con cara de no haber pegado ojo por culpa del bebé.

Alvar mira el reloj sobre la pizarra. Las nueve: hora de empezar. Cuando por fin empieza a hacerse el silencio en la sala y él cree que puede comenzar, se pone en pie.

—¡Buenos días a todos! Vamos a ir empezando. Os informo de que ya están rastreando el número de teléfono que ayer nos facilitó la vecina de la víctima. De momento, lo único que hemos averiguado es que su señal se pierde en un bar cercano a su domicilio, así que seguramente el asesino la secuestró allí y se deshizo del móvil. Ya he enviado a un par de agentes a rastrear la zona, a ver si alguien recuerda haber visto a la chica. ¿Algún avance con lo que hablamos ayer?

Un murmullo se escucha en la sala. Los agentes no parecen ponerse de acuerdo sobre quién será el primero en intervenir. Finalmente, Cristina Maiquez toma la palabra.

—Con respecto a la tela —dice—, de momento solo puedo decirte que está compuesta de seda. Cuando terminen con ella los de laboratorio y me la dejen, me acercaré a algunas fabricas de textil que he estado consultando para ver si pueden decirme algo más.

Alvar mira con aprobación a Cristina. Tiene que reconocer que es realmente competente. En el tiempo que lleva en ese departamento, no la ha escuchado nunca quejarse ni poner una excusa. Que él sepa solo ha cogido una baja cuando se contagió de covid y porque la pobre estaba con cuarenta de fiebre. Sí, sabe que ha encargado la investigación del tejido a la persona correcta.

—¿Y de las cámaras de seguridad? ¿Habéis terminado de revisarlo todo? —pregunta Alvar, dirigiéndose a Fernández.

—Sí, las hemos revisado —responde este, visiblemente apesadumbrado—, pero me temo que por ahí no tenemos nada. Las cámaras más cercanas al lugar donde fue hallada la víctima no apuntan en esa dirección, así que no hemos podido ver nada sospechoso.

Joder, piensa Alvar. Arques, que hasta el momento ha permanecido callado, decide relevar a su compañero.

—¿Habéis podido hablar con alguien más que haya podido estar relacionado con la chica? ¿Alguna de sus parejas? ¿Sabemos algo de los padres de las niños? —pregunta sin mirar a nadie en concreto—. No podemos contentarnos con el testimonio de su vecina únicamente. Además, no podemos olvidar que la mayoría de crímenes en los que las víctimas son mujeres son perpetrados por sus parejas o exparejas.

—Tenemos a varios agentes pateando las calles — responde Cristina—. En cuanto a los padres, no sabemos nada. De momento nadie ha reclamado a esos pobres niños. La trabajadora social ya se está haciendo cargo desde ayer.

—Bien —dice Alvar—. Cristina, avísame cuando sepas algo más del tejido que encontraron en el estómago de la chica. Y quiero que continuéis con la búsqueda de los padres de los niños.

Al igual que el subinspector Arques, Alvar también ha pensado que pueden estar ante un caso de violencia machista, aunque le

parece un crimen demasiado elaborado para ser fruto de una pulsión. Aún así no pueden obviarlo, deben intentar dar con los padres de los pequeños.

—Quiero saber si tienen los mismos apellidos que la madre o no —insiste Alvar—, porque si los tuvo como madre soltera no vamos a poder averiguar nada. Además —continúa—, de verdad que me hago cargo de que estáis trabajando a tope, pero no podemos bajar el ritmo. Tenemos que tratar de localizar a sus amigas, a los camareros de los pubs a los que solía salir, a cualquier persona que pudiera estar relacionada con ella. Hay que revisar sus redes sociales… y necesito que alguien se acerque al supermercado donde trabajaba y hable con sus compañeros, a ver si pueden deciros algo.

Alvar empieza a encontrarse mareado. Se pone en pie, se disculpa y abandona la sala de reuniones. Camina hacia el baño y, apoyado en el lavabo, abre el grifo y se moja la cara con las manos. Está bloqueado y no lo soporta. Uno de sus mentores le dijo una vez que, si trabajando en un caso alguna vez sentía que la investigación estaba estancada, si sentía que no avanzaba, sería seguramente porque había algo que, en su obnubilación, estaba dejando pasar; algo sencillo que seguramente tenía tan cerca que no era capaz de ver. Lo que le recomendó sorprendió tremendamente a Alvar. De hecho, pensó que se estaba quedando con él. Le dijo que se fuera al bar más cercano, se pidiera una cerveza y se la bebiera de un trago. Ante la mirada atónita de su pupilo, su respuesta fue que no se lo tomara a broma, que había leído en no sé qué estudio que, bajo los efectos del alcohol, la parte racional de la mente se apartaba y dejaba emerger la parte más creativa. Le dijo que más de un gran escritor, y puso como ejemplo a Ernest Hemingway, había escrito la mayoría de su obra de esta manera, y que además a él le había ayudado a resolver más de un caso.

Alvar sonríe al recordarlo. Sin embargo, está pensando que quizá una solución menos drástica podría ser salir a tomar un café y despejarse. Está a punto de acercarse a la sala de reuniones cuando ve a Urriaga salir de su despacho apresuradamente, con la cara desencajada. Mientras se acerca a él le dice casi a gritos:

—Ahora mismo salía a buscarte. Acabo de recibir una llamada y estamos bien jodidos... me temo que han encontrado a otra chica muerta.

10

Aura Martín conduce en dirección al mar. La otra noche, durante la cena con Susana, se sintió realmente bien y, siguiendo el consejo de su amiga, escribió a Isabel. A pesar de que eran más de las doce, su hermana le respondió enseguida y, aprovechando que Aura tenía el viernes libre, quedaron para comer. Ahora, conduce hacia el Cabo de las Huertas, una zona bastante exclusiva que se encuentra entre Alicante y la playa de San Juan, y a donde su hermana se mudó cuando se casó con su marido. Acerca el coche a la puerta del garaje del fabuloso chalé y pulsa el timbre. La puerta se abre al instante. Deja el vehículo en una de las plazas libres del inmenso aparcamiento y, atravesando la amplia zona ajardinada —donde se ubica la fantástica piscina—, se dirige hacia la puerta principal. Cada vez que va a visitar a Isabel, no puede evitar sentirse un poco abrumada ante el tamaño y lujo de la vivienda. A su hermana le va francamente bien: con una excelente formación académica, felizmente casada, con dos hijos maravillosos, una muy buena economía y un marido estupendo, Isabel podría representar la viva imagen de una mujer exitosa. Estudió Periodismo y llegó a trabajar en un periódico local, pero cuando tuvo a su primer hijo decidió que quería dedicarle todo el tiempo posible. Como la empresa de su marido empezaba a ir viento en popa y no tenían problemas económicos, enlazó este periodo con el nacimiento de su segundo hijo. Luego, se acomodó, y aunque los niños iban creciendo y empezaban a necesitarla cada vez menos, pronto descubrió que no trabajar —cuando uno tiene el suficiente dinero como para no tener que andar comprobando la cuenta bancaria—, lejos de parecer aburrido, podía resultar sumamente estimulante.

Desde hace años, Isabel pasa la semana entre sesiones de yoga, natación y gimnasio —con entrenador personal, por supuesto—,

clases de idiomas para mejorar su inglés, psicoterapia y masajes para reducir su estrés, peluquería, manicura y tratamientos faciales para estar siempre estupenda, además de algunas otras cosas más que su hermana ya no recuerda. Sin embargo, a pesar de todas estas comodidades, Aura tiene que reconocer que su hermana sigue siendo la misma chica sencilla de siempre, que además intenta educar a sus hijos en la cultura del esfuerzo. Esa es una de las cosas que más ha admirado siempre de Isabel: que siempre haya sabido tener los pies en la tierra.

Cuando tuvo a Manu, su primer hijo, Aura pensó que quizá lo malcriaría, dadas las numerosas comodidades que el matrimonio empezaba a tener. No fue así. Si no consintieron al primogénito, menos lo hicieron con el segundo. Para cuando Nico nació, Isabel ya tenía clarísimo que no quería criar a dos vagos que en un futuro no supiesen ni ponerse el desayuno. Así que, desde bien pequeños, empezó a acostumbrarlos a realizar pequeñas tareas como hacerse su cama, recoger la mesa, mantener su habituación recogida u ordenar su ropa; en definitiva, a colaborar en casa. Isabel ha bromeado muchas veces con Aura sobre la cara que solían poner las empleadas de hogar —que al principio contrataba por horas—, cuando veían a los niños haciendo muchas de las tareas que ellas consideraban dentro de sus competencias.

Aura llama a la puerta y una voz grita desde el interior:

—¿Ya estás aquí? ¡Pasa! ¡Está abierto! ¡Estoy arriba!

Cruza la puerta y se sorprende del completo silencio que reina en el interior. Normalmente, siempre encuentra a Alejandra, la mujer que ayuda a Isabel en casa, trajinando en la planta baja, o a sus sobrinos viendo la tele a todo volumen.

—¿Qué ha pasado? ¡Qué silencio! ¿Has dado el día libre al servicio? —pregunta Aura, divertida.

—¡No seas pava! ¡Sube si quieres! —responde su hermana desde el piso superior.

Se desprende de su chaqueta, la cuelga junto a su bolso en el armario de la entrada y se adentra en el impresionante y amplísimo salón, decorado en tonos blancos, beiges y tierra. Lo más llamativo, y lo que a Aura más le ha gustado siempre de esa casa, es el

enorme ventanal con vistas al mar. Situado a su izquierda, abarca toda una pared desde el suelo al techo. Se acerca lo suficiente para tocar el cristal y puede imaginar que está sobre el agua, pues casi todo lo que ve es el intenso y precioso azul del mar. Aura contempla el cielo parcialmente despejado y, gracias al extraño silencio que hoy reina en la casa, casi puede escuchar el relajante rumor de las olas rompiendo contra las rocas. Siente mucha paz y reconoce que podría pasar la tarde entera frente a ese precioso mirador. Se alegra de que su hermana viva en una casa tan bonita.

El resto del salón no desentona con las estupendas vistas al mar. Como cuando se mudaron a esa casa, Isabel estaba muy liada con los niños, su marido decidió contratar a un interiorista para que se ocupara de la decoración. Aura contempla los tres enormes sofás de piel de color crema, encargados en una de las tiendas más exclusivas de Madrid, dispuestos alrededor de una preciosa mesa de centro, sobre la que el decorador recomendó colocar varios libros de moda y pequeños centros de mesa hechos con flores preservadas. Si el hombre que diseñó la estancia pensó que el salón iba a estar destinado a recibir únicamente visitas adultas, que tratarían el mobiliario como si estuvieran en un museo, se equivocó claramente. Aura no puede evitar sonreír al recordar cómo ha presenciado, a lo largo de los años, la caída sobre esos sofás de cantidad de líquidos diferentes: desde agua, zumos o leche hasta vómitos y otras sustancias propias de la vida con niños pequeños. También ha visto a su hermana cambiar sin especial cuidado los pañales de sus sobrinos sobre la robusta mesa de madera para diez comensales que hay en el extremo opuesto de la estancia y donde su cuñado hizo construir una estupenda librería de obra.

Aura se dirige a las escaleras y sube al primer piso, la planta destinada a los cinco dormitorios principales. Se dirige al de su hermana, ubicado al final del pasillo, y la encuentra vistiéndose. Isabel se gira y le dedica una amplia sonrisa.

—Llegas pronto —le dice.

Se acerca y le da un largo abrazo. Isabel termina de ponerse unos pantalones negros y un bonito jersey de punto de manga corta de un color rosado que le favorece mucho. Está radiante, con su

largo cabello rubio recogido en un sencillo moño italiano. Aura admira la elegancia de su hermana, que es capaz de estar siempre perfecta, incluso para estar en casa sin hacer nada. Ella, sin embargo, ha preferido siempre priorizar la comodidad y vestir de manera mas informal.

—¿Qué tal fue tu guardia ayer? ¿Todo bien en el trabajo?

—¡No sabía que te acordabas de mis turnos! —responde Aura, sorprendida.

—Los tengo anotados en la nevera. Me gusta tenerte localizada. Ya sabes... por si pasa algo.

Aura cree adivinar un poco de recriminación en sus palabras. Sabe que últimamente ha estado bastante desaparecida y que su hermana puede haberse molestado por ello.

Isabel termina de recoger algunas prendas que había sobre la cama y las dos hermanas descienden al piso inferior, donde se sientan en uno de los sofás.

—¿Y bien? —dice Isabel, animando a su hermana a hablar.

—¿La guardia? —pregunta Aura distraída— Fue bien. Mucho trabajo, como siempre. ¿Y los nenes?

—Hoy se quedan en el comedor del cole. Como hace tiempo que no nos vemos, he pensado que así podríamos hablar más tranquilamente. Están imposibles, ¿sabes? —dice poniendo los ojos en blanco—. Peleando continuamente. ¿Qué tal todo? ¿Sabes algo de Carlos?

—Pues me llamó anoche. Quería venir a recoger unos libros que aún no se había llevado. Creo que fue más bien una excusa porque luego me invitó a cenar una noche esta semana. Al parecer le habían recomendado un restaurante que quería probar y…

Isabel abre los ojos como platos.

—¿Carlos? ¿Salir a cenar? ¿Estamos hablando del mismo Carlos al que no podías ni sacar a tomar una cerveza?

—Sí, el mismo. No sé... igual ha cambiado —responde Aura, dubitativa—. La verdad es que me da un poco de miedo haberme precipitado.

Isabel tuerce el gesto.

—Mira, Aura —le dice en tono firme—, conozco a Carlos y creo que la gente como él no cambia tan fácilmente. Y si lo está haciendo para agradarte o intentar recuperarte, peor me lo pones. Eso a la larga te acabará estallando. Si después de todo el tiempo que estuvisteis juntos, decidiste que tenía que terminar, por algo sería ¿no te parece?

Aura baja la mirada; de repente sus ojos se han impregnado de tristeza. Su hermana parece haberse dado cuenta e intenta reconducir la conversación.

—Lo siento —se disculpa con dulzura —, no quería parecer cruel, no me malinterpretes. Yo adoro a Carlos, siempre me ha parecido un tío estupendo; simplemente…

—¿Qué?

—Bueno, para serte sincera, creo que no es hombre para ti. Ahora que no estás con él, puedo decirte que nunca me ha parecido que fueras realmente feliz cuando estabais juntos. No sé... siempre estabas como tristona, no tenías ganas de hacer nada. ¡Con lo divertida y espontánea que has sido siempre! ¡Te volviste un coñazo!

Aura la mira sorprendida por la revelación que acaba de hacerle. La verdad es que le cuesta entender cómo nunca ha hablado con su hermana de este tema con esa naturalidad. Sí, han hablado miles de veces de las peleas que ambas han tenido con sus parejas, pero nunca con esta franqueza.

—Bueno, quizá tengas razón, es solo que da miedo volver a encontrarse sola... me acostumbraré. Además, tengo a Susana y a Claudia. Por cierto —dice cambiando de tema —. ¿Cómo está Marcos?

El rostro se Isabel se ensombrece.

—Bien —responde, secamente.

—¿Todo bien?

—Sí, claro, todo bien. Está en Madrid, tenía una reunión, volverá el lunes. Últimamente las cosas le van mejor que nunca, pero la verdad es que cada vez pasa más tiempo fuera. No me importa, los niños son más mayores y tengo mucha ayuda, pero a veces me siento un poco sola.

Aura la toma de las manos. Se arrepiente de haberse distanciado de su hermana. Tenía que haberse dado cuenta de que también ella la necesitaba. Marcos siempre fue un buen novio y marido, así como un excelente padre, pero pasa mucho tiempo de viaje. Isabel siempre ha tenido mucha ayuda, pero la verdad es que lleva más de diez años entregada a su familia, desde que se quedó embarazada de su hijo mayor. El de Manu fue, además, un embarazo complicado: primero sufrió una amenaza de aborto que la mantuvo en reposo durante casi tres meses. Después, hacia el quinto mes, una amenaza de parto prematuro la obligó a guardar reposo nuevamente hasta la semana treinta y seis, momento en el que ya no la pudieron aguantar más y nació el niño. No, Isabel no lo ha tenido siempre tan fácil y ella debería recordar más a menudo que su hermana la necesita.

—No estás sola. Sabes que estoy aquí —le dice Aura de forma cariñosa.

Los ojos de su Isabel comienzan a llenarse de lágrimas. Da la impresión de que ha estado conteniéndose durante mucho tiempo, esperando el momento en el que pudiera sincerarse con su hermana. Aura le aprieta las manos con fuerza y ambas permanecen unos instantes en silencio.

—Me alegro de que hayas venido —dice Isabel, con una sonrisa sincera—. Te echaba de menos. Sé que para ti fue especialmente duro lo de papá y mamá y que cargaste prácticamente con todo tu sola... pero entonces Nico era muy pequeño y, con la situación sanitaria que teníamos en ese momento, tenía miedo de que los niños se contagiaran. Ya sé que no es excusa, pero…

—Escucha Isa —dice Aura susurrando—, yo jamás te echaría eso en cara. Entiendo qué situación tenías y asumo que, siendo médico, yo iba a encargarme más. Pero quiero que dejes de fustigarte. Hice lo que tenía que hacer, y lo hice encantada. Yo también los echo mucho de menos. Pensaba que aún podría disfrutar de ellos al menos veinte años más, pero así es la vida. Te prometo que voy a buscar mas tiempo para que hagamos cosas juntas. Te juro que no voy a estar tan desaparecida.

Aura observa cómo su hermana va relajando el rostro.

—Gracias —responde esta más animada—. ¿Sabes qué?Vamos a dejarnos de penas y a disfrutar del rato que nos queda porque en un par de horas tienes a tus sobrinos por aquí. He preparado una buena ensalada y salmón al horno con verduritas. Espero que tengas hambre.

Aura siente cómo se le va haciendo la boca agua.

Olivenza, Badajoz. Noviembre de 1992.

Lleva tres años en esa casa pero sigue sintiéndose un extraño. En el hospital le dijeron que todo iba a ir bien, que habían encontrado una familia para él. Los psicólogos, que visitaba obligatoriamente todos los lunes por la tarde, le prometieron que por fin iba a sentirse querido, que tendría otros hermanos con los que podría jugar. Muchos hermanos. Ya no volvería a sentirse solo.

Al principio fue así. Sus padres de acogida lo llevaron de compras, pintaron su habitación a su gusto, le compraron libros, le dieron el espacio que necesitaba. Durante meses, lo acompañaron amorosamente a las largas sesiones de psicoterapia y dejaron que se acostara cuando quiso. No había horarios. No había reglas. En ese tiempo, nadie lo obligó a bañarse ni a lavarse los dientes, ni a hacer los deberes. En definitiva, se sintió especial, un bien preciado.

Sus hermanos, al principio distantes, en menos de una semana lo incluyeron en todos sus juegos. Siempre estaban interesándose por él, preocupándose porque estuviera bien, porque estuviera contento.

Lo mejor de vivir en esa casa son los fines de semana, cuando toda la familia está reunida. Cada viernes por la noche, todos se sientan alrededor de la televisión y ven una de las películas que alquilan en el videoclub que han puesto al final de la calle. De momento, él las ha elegido todas. La mayoría de los domingos suelen salir a pasar el día en el campo: comen bocadillos, juegan al fútbol, al pañuelo, meriendan pan con chocolate y vuelven a casa contando historias de miedo.

Hoy, por primera vez, nota algo extraño en el ambiente. No sabe qué. Es viernes por la tarde y, cuando ha preguntado a su madre si podía volver a elegir la película, ella no le ha respondido. Cuando, más tarde, ha vuelto a preguntar, le ha dicho que se callase. Luego, la ha escuchado maldecir.

Maldecir el día en que se ofreció a llevarlo a casa.

11

Alvar permanece de pie, inmóvil frente a las dos altas columnas que sostienen el par de leones de piedra a los que debe el nombre el principal acceso al Castillo de San Fernando: La puerta de los leones. Observa a los dos animales, uno a cada lado, sentados sobre sus cuartos traseros, con las melenas erosionadas y las bocas parcialmente abiertas. Si Paula Tosar fue asesinada de forma extremadamente violenta, la escena que tiene ante sus ojos demuestra un nivel de brutalidad y retorcimiento mayor, si esto era posible.

La víctima, una mujer muy joven, descansa a los pies de la columna de la derecha. Igual que Paula, también está semisentada, con la espalda apoyada en la piedra. Los brazos y las piernas están abiertos. También sus ojos, que miran al inspector vacíos, turbios y hundidos, reflejo sin duda del sufrimiento al que ha sido expuesta. Está completamente desnuda y la sangre cubre, casi por completo, su joven y extremadamente delgado cuerpo. Sus pechos han sido arrancados y presenta una gran herida abdominal, con parte de las vísceras fuera. Su rostro, destila terror. Si Alvar tuviera algo más que un café en el cuerpo, vomitaría. Observa el ir y venir de los técnicos de la científica y se percata del silencio que impregna el ambiente, tan bullicioso en otras ocasiones. Sí, es un escenario espeluznante.

Arques, que se ha adelantado a Alvar mientras este daba las pertinentes órdenes a los primeros agentes que se han encontrado, se acerca.

—Aquellos dos chavales de allí —dice señalando a un par de jóvenes que hay apoyados en un coche policial— son los que han dado el aviso. He estado hablando con ellos. Bueno, con el chico. Al parecer, la chica no ha hablado desde que encontraron el cadáver. Según dicen, han venido aquí a eso de las seis y media de la

mañana. Por lo visto, anoche tuvieron una bronca y habían quedado antes del instituto para verse. El chico dice que suelen venir porque... ya sabes, aquí no viene nadie y me imagino que pueden magrearse con tranquilidad.

—¿Qué te han dicho? ¿Han visto algo?

—Dice que cuando han llegado, han visto una furgoneta aparcada. Se han fijado porque aquí no suele haber muchos coches y menos a esas horas; precisamente ese es el motivo por el que vienen aquí. Me ha dicho que los dos pensaban que simplemente estaba allí aparcada y que no había nadie dentro, pero cuando han encontrado a la chica y han llamado para dar el aviso, la han oido arrancar y han visto cómo salía cagando leches.

—¿Han podido decirte algo del vehículo? —pregunta Alvar, con poca esperanza.

—Solo me ha dicho que cree que es de un color claro, quizá blanca, aunque no está seguro. ¡Mira! —exclama señalando un coche blanco que se aproxima—. Acaba de llegar Sara.

Sara Colmenar se apea del coche, que ha dejado mal aparcado, y se acerca a los inspectores mientras observa con horror la escena del crimen. Alvar sabe que, a pesar de su dedicación y profesionalidad, la forense aún es muy joven y no debe haberse enfrentado a autopsias tan desagradables como la de Paula Tosar... y ahora la de esta chica. Quizá no debería tener que enfrentarse a ellas nunca. Sin embargo, hace tiempo que el inspector abandonó la esperanza de que el mundo fuera como debería ser.

—¡Dios mio!

Sara pronuncia estas palabras en voz muy baja, casi en un susurro, más para ella que para el resto.

—Inspectores —dice, ya más entera—. Voy a acercarme a echar un vistazo.

Alvar y Arques la siguen y se detienen ante la chica. Sara saca unos guantes de su bolso y se los pone mientras se inclina y comienza a examinar a la joven con atención. La dejan hacer, no quieren interrumpirla. No la molestan a pesar de que están deseando conocer sus primeras impresiones.

—No lleva muerta más de veinticuatro horas. —dice aún de espaldas a los inspectores—. Hemorragia como causa más probable de muerte.

La doctora se incorpora y se dirige hacia un par de agentes que permanecen a la espera de órdenes.

—Que la trasladen de inmediato, quiero empezar la autopsia cuanto antes.

Después, vuelve a dirigirse a Alvar y Arques:

—Me temo que voy a encontrar muchas similitudes entre esta autopista y la de Paula. Pero eso supongo que ya os lo imagináis. Voy a ponerme con ella en cuanto llegue. Os aviso tan pronto como acabe.

—Veamos… El Castillo de San Fernando…

Cristina Maiquez lee sus anotaciones delante del equipo encargado de la investigación: el inspector Alvar, el subinspector Arques, los agentes Salgado y Fernández y el comisario Urriaga. Llevan reunidos ya un buen rato, desde que los inspectores regresaron del lugar donde hallaron el cadáver. Han expuesto sus primeras impresiones tras la inspección inicial y su conversación con la doctora Colmenar, aunque todavía no han revelado la identidad de la víctima. Alvar ha recibido la llamada hace apenas un minuto, pero quiere esperar a que Maiquez termine.

—Vale... por si nos sirve de algo. El castillo donde se ha encontrado a la chica fue construido a principios del s. XIX y debe su nombre a Fernando VII. Fue construido sobre el Monte Tossal durante la Guerra de la Independencia Española para hacer frente a las tropas napoleónicas. Está formado por un bastión principal con forma de polígono en el lado norte y otro redondo en el extremo suroeste, ambos conectados por una red de pasarelas. Ofrece unas excelentes vistas de toda la ciudad…

—¿Qué es esto? ¿Una puñetera visita guiada? —interrumpe Salgado.

—¡Basta ya! —corta Urriaga.

Alvar sospecha que su jefe empieza a estar cansado de las intromisiones del agente. Al igual que él sabe que es un buen policía y que trabaja de forma muy eficiente, pero le pierden las formas. Salgado es un autentico tocapelotas; sin embargo, en esta ocasión Alvar no puede estar más de acuerdo con él.

Urriaga respira hondo y vuelve a la carga.

—Cristina, ¡ve al grano, por favor! —dice, ya con un tono más delicado.

—Vale, jefe, solo intentaba poneros en situación —responde, un tanto molesta por la poca paciencia de sus compañeros—. En resumen, el castillo cuenta con tres accesos. El principal parte del ensanche de Alicante, con una rampa de pendiente bastante pronunciada que termina en la Puerta de los Leones; se puede acceder en coche. Los chavales que dieron el aviso dicen que vieron una furgoneta aparcada. Es probable que el asesino la utilizara para dejar allí el cadáver. Estamos revisando las cámaras de seguridad cerca del lugar; estoy a la espera de que nos digan algo.

—Gracias, Cristina —dice Alvar, tomando la palabra—. La llamada que acabo de recibir ha sido para confirmarme que acaban de identificar a la víctima: se llama Laura Navarro, tenía 25 años. Su novio denunció su desaparición anoche. Llevaban poco más de un año viviendo juntos. Por lo visto, Laura salió el miércoles por la tarde a ver a una amiga y ya no regresó. Cuando el novio vio que Laura se había dejado el teléfono en casa y además ya llevaba más de veinticuatro horas sin saber de ella, le pareció muy raro y llamó a la Policía. Arques va a tomarle declaración ahora; yo voy a acercarme a hablar con la doctora Colmenar, a ver si tiene algo ya.

Alvar se detiene para hacer algunas anotaciones. Tiene prisa por terminar la reunión para poder ir a hablar con Sara, pero necesita dar algunas indicaciones más. La investigación de la muerte de Paula Tosar aún sigue francamente estancada y no quiere que la aparición del cuerpo de otra mujer lleve a su equipo a dejarla de lado.

—Que alguien vaya al domicilio de la víctima —dice el inspector dirigiéndose a todos—, a ver si podemos encontrar algo. Por cierto, ¿habéis localizado a algún amigo de Paula Tosar?

—Poca cosa de momento —responde Salgado—. A los sitios que deben frecuentar los amigos será mejor que vayamos de noche.

—Perfecto —contesta Alvar—, pues de eso te encargas tu. ¿Quién ha ido al supermercado donde supuestamente trabajaba?

Fernández levanta la mano.

—He ido yo, pero no estaba el encargado. Había un chaval con el que, al parecer, Paula no había coincidido, así que no ha podido decirme mucho. Volveré esta tarde, a primera hora. Me ha dicho que el encargado estaría a esa hora.

Alvar se pone en pie para ir terminando la reunión.

—De acuerdo. Es todo por ahora. Volveremos a reunirnos a las seis de la tarde.

De pie, al fondo de la sala, puede ver la desaprobación en la cara de Urriaga. Aún no tienen nada y sabe que, con mucha probabilidad, el comisario piensa que él es el responsable de eso, el culpable de no estar encauzando adecuadamente la investigación y, por supuesto, de no dirigir bien a su equipo. Lo sabe porque reconoce esa mirada en su superior. No es la primera vez que éste ha tenido que presionarlo para que se ponga las pilas. Así que, antes de dar por concluida la reunión, Alvar lanza una última pregunta, aún sabiendo que todos saben la respuesta.

—Y una última cosa —dice dirigiéndose a todos—, todos tenemos claro que, con una alta probabilidad, quien mató a Paula Tosar es el mismo que ha acabado con la vida de Laura Navarro, ¿verdad? Eso significa tres cosas: primero, que seguramente estemos ante el primer asesino en serie en España desde hace décadas; segundo, que tendremos que enfrentarnos a más crímenes si no le detenemos; y tercero, que vamos tarde.

Javier Alvar encuentra a Sara Colmenar en su despacho, concentrada delante del ordenador. La forense viste un pantalón de traje y una camisa, sobre la que lleva una bata blanca; el pelo, recogido en una cola alta deja despejado su casi perfecto rostro, plagado de diminutas pecas. Javier siempre la ha encontrado muy atractiva, pero sospecha que la doctora nunca tendría una relación con alguien con quien pudiese estar relacionada laboralmente.

El inspector golpea la puerta con los nudillos.

—¿Cómo lo llevas? ¿Tienes algo? —dice a modo de saludo

Sara se vuelve de un respingo.

—¡Hola!

Alvar se da cuenta de que tenía que haberla llamado antes de ir, no era en eso en lo que habían quedado.

—Lo siento —se disculpa—, no quería molestarte. Solo quería saber si habías podido avanzar algo. Ya sabes que, de momento, vamos fatal.

Sara le hace un gesto con la mano, restándole importancia. Es tremendamente educada. Al inspector siempre le ha resultado difícil de creer que una mujer con tantas cualidades como ella aun estuviese soltera. No es que hayan hablado del tema, ni mucho menos; no tienen tanta confianza. Pero, al final, en Alicante no hay tantos médicos forenses, y es difícil no hacer caso de la rumorología: unos dicen que estuvo mucho tiempo con un chico que, antes de casarse, la dejó tirada por una de sus mejores amigas; otros comentan que solo vive para su trabajo. En cualquier caso, Alvar no le ha conocido pareja.

—No te preocupes —dice, levantándose de la silla y guiando al inspector hasta la puerta—. La verdad es que estoy terminando; de hecho, iba a llamarte ahora mismo. Bueno —dice mientras ambos van caminando—, como supongo que ya te imaginabas, la muerte de Laura guarda bastantes similitudes con la de Paula, aunque esta vez el asesino ha sido mucho más retorcido.

Sara lo acompaña hasta la sala de autopsias. Cuando están frente al cadáver, la forense saca un par de guantes azules de la caja

que hay sobre la mesa auxiliar y comienza a examinar el cuerpo sin vida de Laura Navarro.

—Ya a simple vista —comienza—, puedes ver las grandes heridas que presenta en el cuerpo y que han sido, también en este caso, la causa de la muerte, pues le provocaron una grave hemorragia. Como ya viste esta mañana, las glándulas mamarias han sido amputadas y posteriormente, insertadas de forma forzosa en la cavidad uterina. Aún estaba con vida cuando introdujo las mamas en su abdomen.

—Joder…

A Alvar le cuesta creer lo que oye. Sin duda están ante un asesino sumamente cruel y enfermo.

—Tampoco ha sido violada, ¿verdad?

—No, no hay signos de agresión. En cuanto al útero, también he visto una cicatriz quirúrgica previa y reciente, con casi total seguridad causada por una cesárea. Calculo que fue practicada hace menos de dieciséis semanas... Y aún hay mas.

—El pedazo de tela en su estómago —adivina Alvar.

Sara asiente

—Con el mismo dibujo y también hecho tragar de manera forzosa. Sin embargo, las erosiones en el esófago y el cardias de Laura son visiblemente más pronunciadas que en el caso de Paula. Sin duda, el esfuerzo que tuvo que hacer la víctima para tragar el pedazo de tela fue mucho mayor. Eso... o estuvo varias horas vomitando hasta que pudo ingerirlo.

Aunque entiende que no debería, no puede evitar sentir lástima por esa pobre chica, torturada hasta la muerte. Ahora tiene más claro que nunca que están buscando a alguien sin alma, un depredador que no se va a detener nunca, porque probablemente cree que está dando algún tipo de lección, que está dando ejemplo. El inspector conoce, de sus años como estudiante de criminología y, más tarde, de su trabajo como policía, que este tipo de sujetos son extremadamente inteligentes y audaces. Si logran atraparlo, si tienen la suerte de que en algún momento cometa un fallo que pueda darles la oportunidad de cazarlo, entonces cualquier paso en falso de la policía podría suponer su huida.

Alvar observa cómo Sara se desprende de los guantes y lo invita a que la siga de nuevo a su despacho. Una vez dentro, le indica que tome asiento mientras ella mete una cápsula en la máquina de café.

—¿Quieres uno? —le pregunta—. Lo siento, pero no he tomado nada desde esta mañana y tampoco he podido descansar bien esta noche.

La confesión de la doctora lo pilla por sorpresa. Alvar se percata de que es la primera vez que Sara comparte con él algo que no es estrictamente profesional. Aunque no le importaría tener la oportunidad de intimar con ella, decide declinar la oferta.

—No, gracias —responde el inspector con una sonrisa—, ya he tomado varios hoy. ¿Qué hay del análisis toxicológico?

Sara da un largo sorbo a su café antes de responder.

—Como en el caso de Paula, el examen toxicológico ha evidenciado altas concentraciones de alcohol y *Trankimazin* en sangre. Parece que Laura también fue sedada, seguramente para trasladarla al lugar donde la asesinaron —se detiene un momento, pensativa—. A menos claro, que ambas fueran grandes consumidoras habituales de estas sustancias... ¿Lo eran, inspector?

El subinspector Pablo Arques observa a la pareja de Laura Navarro desde la puerta de la sala de la comisaría destinada a la toma de declaraciones. El chico lo espera sentado, mirando fijamente el vaso de agua que algún agente ha depositado en la mesa. Va vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta de Marvel y lo primero que llama la atención del subinspector es lo joven que parece, a pesar de que ya ha comprobado sus datos y es un mes mayor que él. Será quizá la delgadez extrema del chaval —que Arques no puede evitar asociar a las drogas— o el aire adolescente que le otorga ese aspecto desaliñado y lampiño.

Entra en la sala, se sienta frente al chico y saca una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Buenos tardes, soy el subinspector Pablo Arques. Te he hecho venir porque quiero hacerte unas preguntas en relación a Laura Navarro. Era tu novia, según has declarado. Antes de nada, te aviso de que esta conversación será grabada. Por favor, necesito que me digas tu nombre completo.

El chico lo mira con cara asustada.

—¿Estoy detenido?

—No, no estás detenido, pero como comprenderás, tu declaración es fundamental para poder orientar la investigación. Así que, el nombre, por favor.

—Ya se lo he dado al agente que acaba de marcharse —dice con voz temblorosa.

—Lo sé, pero quiero que me lo digas a mí también. Es una formalidad.

—Juan Martínez Buendía, pero todos me llaman John —dice casi en un susurro.

—Bien. ¿Desde cuándo conocías a Laura?

—Desde hace un año y medio más o menos. Llevábamos casi un año viviendo juntos.

—¿Dónde os conocisteis?

John mira al inspector con expresión triste.

—Pues… ya sabe…lo típico, de fiesta. Laura era una tía muy divertida, siempre quería estar de juerga. A veces estábamos desde el jueves hasta el domingo fuera de casa, bebiendo y de un local a otro. Luego, con lo del embarazo y tal, se fue jodiendo un poco todo.

—¿Tenéis un hijo?

Arques finge sorpresa, porque ya hace una hora que Alvar lo ha llamado para revelarle el resultado de la autopsia de Laura, y sabe que también había sido madre recientemente. Al chico, sin embargo, se le ilumina la cara de una forma que al subinspector le parece sincera.

—Sí, se llama Leo —dice, mostrándole una foto que acaba de sacar de su cartera—. Tiene tres meses. Ahora mismo está con mi madre; suele quedárselo bastante porque a Laura no le gustaba ocuparse del él.

John baja la mirada, avergonzado. Arques no quiere parecer condescendiente, pero no soporta que el peso de la crianza recaiga solo en las mujeres. En su caso, su padre siempre se ocupó más de él y sus hermanos que su madre, que siempre estaba trabajando; sin embargo, no por ello la quiere menos.

—Aunque Laura no quisiera hacerse cargo del niño, tú eres su padre, podrías ocuparte tú.

—Mire, yo soy joven —dice, tratando de excusarse—.¿Sabe? Solo tengo 26 años y esto del embarazo nos pilló por sorpresa. Hasta pensamos en abortar, pero para cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde y tuvimos que comernos al crío. Laura se ponía muy nerviosa con el bebé; ya casi desde el principio dejó de despertarse para darle de comer y a veces pasaba varios días sin bañarlo o cambiarlo de ropa. Empezó a salir todas las noches y llegaba a casa casi de día y borracha como una cuba. Al final decidí que era mejor que lo criara mi madre, aunque ya tiene bastante, la pobre, con aguantar al malnacido de mi padre.

—¿Quieres decir que la maltrata?

—Nunca le ha puesto la mano encima, si es a eso a lo que se refiere, pero lleva años despreciándola. La machaca e insulta casi a diario. También le controla el dinero. Cuando me cansé de que mi madre no le abandonara, me fui yo.

—¡Eso también es maltrato! —exclama el subinspector, alarmado. ¿Y te parece que ese es el mejor ambiente para criar a un bebé? ¿Quieres que tu hijo crezca en ese entorno?

John tuerce el gesto.

—¡Qué se yo! Siempre será mejor que ver a su madre histérica e hinchándose a tranquilizantes.

Arques nota cómo el chico empieza a ponerse a la defensiva. No le interesa, no quiere que se cierre en banda, así que trata de suavizar el tono.

—De acuerdo. Dejémoslo de momento. Dime una cosa: ¿Laura consumía drogas habitualmente?

—Lo típico.

Arques no da crédito a lo que escucha.

—Pues cuéntame qué es lo típico.

John lo mira como si todo el mundo tuviera que saber lo que él va a decirle, como si fuera lo más normal.

—Antes consumía cocaína y marihuana, sobre todo. Ahora llevaba un tiempo bastante enganchada a unas pastillas que le recetaron para la ansiedad y, bueno, ya le he dicho que bebía. Al

principio solo cuando salía, pero últimamente podía encontrarla bebiendo en casa a media tarde.

—Me imagino que tú también la acompañarías. De todos modos, eso no me importa. Lo que necesito que me cuentes —y por favor, haz memoria—, es si tienes idea de quién puede haberle querido hacer daño. ¿Laura tenía enemigos?

El chico lo mira, sinceramente sorprendido.

—¿Laura, enemigos? No, no lo creo. Ahora mismo no se me ocurre nadie que pudiese haberle hecho semejante salvajada.

Nada más pronunciar esas palabras, John comienza a llorar. Primero lo hace de forma sosegada, después con un profundo desconsuelo. Arques trata de calmarlo, relajando el tono de la conversación.

—Tranquilo, ¿qué hay de la amiga con quien te dijo que iba a verse?

—¿La Vane? La llamé antes que a ustedes. Me dijo que no había quedado con ella, que no sabía nada.

De repente, John deja de sollozar. La tristeza que lo ha acompañado durante todo el interrogatorio desaparece por completo, dando paso a una rabia que no es capaz de disimular.

—Van a atrapar a ese cabrón, ¿verdad? Al hijo de puta que le ha hecho eso a Laura. Yo la quería, la quería muchísimo.

—Estamos haciendo todo lo posible —responde secamente el subinspector, dando por finalizada la conversación—. Bien, creo que lo tengo todo, pero espero que entiendas que tengo que hacerte esta pregunta una vez más: ¿dónde estuviste anoche?

12

Aura pasa el resto de la tarde en casa de su hermana. Tenía pensado comer con ella y marcharse temprano para aprovechar la tarde, porque al día siguiente volverá a estar de guardia y le gustaría revisar unos casos clínicos que tiene pendientes. También, quizá, ir al gimnasio y salir a tomar algo con Susana. Pero son las ocho de la tarde y aún está sentada en uno de los cómodos sofás de Isabel. Hace un rato han venido sus sobrinos y, como hacía tanto tiempo que no los veía, ha renunciado a la tarde que tenía planeada y se ha quedado escuchando las miles de historias que, emocionados por volver a ver a su tía, los chicos tenían que contarle. Esta tarde toda la conversación gira en torno al gran acontecimiento del mes: la fiesta de Halloween.

—¡Tía Aura! ¿Sabes de qué voy a disfrazarme este año? —grita Nico, el menor, entusiasmado—. ¡De El juego del calamar!

—¡Ya te he dicho mil veces que no! —grita Isabel desde la cocina.

—Pero, ¿por qué, mamá? —pregunta Manu.

—¿Otra vez lo tengo que repetir? ¡Que lo han prohibido en el colegio!

Aura contempla la escena, divertida. Se incorpora y se dirige a la cocina.

Cada vez que contempla esa estancia de la casa de su hermana, un atisbo de sonrisa maliciosa asoma a sus labios. Siempre se ha preguntado para qué quiere su hermana una cocina tan grande, si, ni sabe cocinar ni le gusta. El interiorista, que seguro que tampoco habrá cocinado en su vida, diseñó para su hermana una cocina de estilo minimalista en tonos beige, repleta de lineas rectas, amplias superficies de mármol despejadas y elementos ocultos que, según este, aportarían una gran armonía visual. Al menos eso es lo que le

dijo Isabel a su hermana cuando le enseñó su casa por primera vez. Aura recuerda asomarse a la enorme cocina y observar cómo la luz procedente de las grandes ventanas, dispuestas sobre el fregadero, acariciaba las dos espaciosas islas, protagonistas indiscutibles del espacio. Una parecía dedicada a la preparación de alimentos y estaba equipada con decenas de herramientas culinarias de todo tipo. La otra, más baja, con varios taburetes, resultó ser donde la familia comería habitualmente. Isabel tiene, además, un montón de electrodomésticos, algunos de los cuales Aura no podría ni adivinar para qué sirven. En definitiva, la cocina de su hermana podría acaparar la portada de una revista de decoración, y todo, para verla preparar unas salchichas frankfurt y un vasito de arroz brillante para los niños.

—¡Te lo has currado! ¿No? —dice en tono burlón mientras se sienta en uno de los taburetes.

—¿A que sí? —responde Isabel, soltando una carcajada —. ¿Te vas ya?

—Si, mañana tengo guardia y no quiero acostarme tarde.

Isabel termina de colocar la cena en los platos, se limpia las manos en el delantal que se ha puesto para no ensuciar su ropa y se acerca para darle un beso y un largo abrazo.

—No vuelvas a desaparecer tanto tiempo, ¿de acuerdo? —le pide.

—Te prometo que a partir de ahora hablaremos todos los días, y por favor, si vuelves a sentirte sola, llámame. Puedo venir a verte o podemos quedar en Alicante para tomar algo.

Aura se dirige al salón y, tras despedirse de sus sobrinos, también con la promesa de que volverá a verlos pronto, coge su bolso y su chaqueta y se dirige al coche.

Mientras conduce de camino a casa vuelve a invadirla la sensación de añoranza que la ha estado acompañando durante las últimas semanas. Es viernes por la noche y la tarde con su hermana

la ha dejado con un poco de desasosiego. No porque no haya disfrutado de la compañía de Isabel y de sus sobrinos, a los que Aura adora, sino porque ha vuelto a sentirse un poco sola. Estar allí y ver a su hermana lidiar con sus hijos y prepararse para ver una peli con ellos después, la ha hecho recordar que, a pesar de ser fin de semana, no tiene ningún plan ni tampoco hay nadie esperándola en casa. Por un momento, viene a su mente la oferta de Carlos de salir a cenar fuera y casi está a punto de marcar su número en el cuadro de mandos de su coche, pero en el último momento lo piensa fríamente y desecha esa opción. No porque no le apetezca estar con alguien, sino porque no le parece justo darle esperanzas si no está dispuesta a volver con él.

En lugar de eso, marca el número de Susana. Sabe que hoy está ocupada, que ha quedado con Loren, el chico con el que está viéndose últimamente, pero no quiere volver a casa, así que detiene el coche en una de las plazas de aparcamiento que hay en la avd. de México y espera, sin grandes esperanzas, a que su amiga conteste.

Está a punto de colgar cuando, de repente, escucha la voz de Susana.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunta esta, sorprendida por la llamada de su amiga.

Aura guarda silencio.

—¿Aura? —insiste—. ¿Estás ahí?

—Sí, sí, perdona... lo siento, sé que estás ocupada, es solo que…

—Que es viernes por la noche y no tienes plan.

Susana no parece nada enfadada; al contrario, debe resultarle entrañable que su amiga la llame cuando tiene un bajón.

—Sí, pero bueno, no te preocupes. Ya hablaremos, Disfruta de la noche.

—No —la corta Susana—. Vente, ¡anda! Estamos donde siempre.

—No, no quiero molestar, de verdad...

—Sabes que no molestas —insiste—. Vente y te tomas algo con nosotros.

Cuando llega, los encuentra en una de las mesas del fondo, muy acaramelados. Por un instante piensa en darse la vuelta y marcharse a casa, pero entonces su amiga la ve y le hace una señal con la mano para que se acerque. Tras saludarlos con un par de besos y dejar sus cosas en la silla, Aura se dirige a la barra para pedir.

Y entonces lo ve: el tío de la barra de la otra noche. Está sentado solo, de espaldas a la puerta, bebiendo una cerveza en una de las mesas que hay en el otro extremo del local. Pasa a su lado y se dirige al camarero, a quien pide una infusión sin azúcar.

—Vivirá muchos años tomando eso, señorita.

Aura se gira y ve que él la está mirando con una sonrisa. Ella no sabe qué responder; al final acierta a decir:

—Ya, es que trabajo mañana, además tengo que conducir.

Aura piensa que la cara va a estallarle del ardor que siente; debe de estar roja como un tomate. El hombre, aunque continúa sonriendo, tiene un aire triste, como si estuviese atormentado por algo. No sabe bien por qué, pero le da la impresión de que está ahí sentado, bebiendo solo, para escapar de algo... o de alguien.

—Hace bien. ¿Quiere sentarse a tomar la manzanilla conmigo?

Aura quiere, claro que quiere, pero algo dentro de ella le dice que no es buena idea. Si ese hombre ha venido a beber solo debe de ser por algo, y ella debería volver con su amiga, tomar su infusión y marcharse a casa.

—Lo siento —se excusa—, pero no puedo. He venido con unos amigos.

—Bien, señorita. Pues espero que le vaya bien mañana en ese trabajo y recuerde conducir con cuidado.

Regresa con Susana y Loren y los encuentra discutiendo animadamente sobre la película que verán esa noche, cuando se marchen a casa de su amiga. Pasan un buen rato hablando de esto y aquello y Aura consigue que esa sensación de desasosiego que tenía antes, cuando ha llamado a Susana, desaparezca casi por completo. Cuando todos terminan su consumición, se acercan a la barra para pagar.

—Ya está pagado —les dice el camarero—. Lo ha abonado el caballero que acaba de marcharse.

Aura no puede evitar sonreír.

Olivenza, Badajoz. Diciembre de 1992

La oscuridad ha vuelto a inundarlo todo. Los que en el hospital le prometieron que estaría bien y que nunca más volvería a sufrir, le engañaron. Le mintieron. Le dejaron ir y ya nunca se preocuparon por él.

No sabe precisar cuándo las cosas se fueron de nuevo a la mierda. No sabe cuándo todo empezó a cambiar. No fue de golpe, claro que no; nunca lo es. Casi siempre hay algo, un detonante, una cosa que no encaja y que acaba marcando un antes y un después.

Quizá fue aquel día, el día en que escuchó a su madre maldecir por primera vez. Después, y poco a poco, las cosas fueron cambiando. Para mal. Porque él sabe bien que las cosas siempre cambian para mal. Primero empezaron las malas palabras, las malas caras; luego llegaron los gritos. Ya no recuerda cuál fue el motivo por el que recibió el primer insulto. Ni tampoco la primera paliza.

Una vez le golpearon tan fuerte que le rompieron dos costillas y estuvo ingresado en el hospital durante tres días. Le obligaron a decir que se había caído por las escaleras. Sus "padres", y más tarde sus "hermanos", le decían que era un bastardo. También le decían que su madre era un drogadicta y una borracha, y que seguro que se había suicidado por su culpa.

Ahora ya se ha acostumbrado a estar solo, a no poder abrir la boca por miedo a recibir golpes, alos innumerables insultos de sus hermanos. Ha vuelto a sentir esa inmensa soledad. Y ha comenzado a experimentar algo nuevo para él: rabia.

Precisamente es esa rabia la que ahora no le hace sentir remordimientos mientras observa la casa arder.

13

Alicante, sábado 21 de octubre de 2023

A pesar de que es sábado, la comisaría está abarrotada. Javier Alvar entra por la puerta principal y se dirige a las escaleras que dan acceso a la primera planta. Llega temprano, como viene siendo costumbre estos últimos días. Sin embargo, hoy, como novedad, sus compañeros han llegado antes y ya le esperan sentados en la sala de reuniones, discutiendo sobre los avances del caso.

—Buenos días —saluda al entrar.

—Estaba comentando la charla que tuve con el novio de Laura Navarro —dice el subinspector Pablo Arques.

—Perfecto —dice Alvar tomando asiento—. Empieza tu, entonces.

Arques revisa sus notas.

—Veamos, el chico tiene coartada. Dice que el jueves estuvo con un par de amigos tomando cervezas en un bar, al lado del domicilio que compartía con la víctima. Luego se marcharon a casa de uno de ellos y ya no salieron. Lo hemos comprobado: varios testigos, incluido el dueño del bar, han confirmado que los tres chicos estuvieron allí ayer entre las diez de la noche y las dos de la madrugada. La madre del amigo dice que llegaron a casa a eso de las dos de la mañana y estuvieron en la habitación bebiendo y fumando hasta que ella se fue a trabajar, sobre las ocho de la mañana del viernes. Lo recuerda porque no la dejaron pegar ojo.

—Vale —responde Alvar—, pero eso solamente lo descarta como la persona que trasladó a Laura hasta la zona donde fue encontrada. No olvidemos que esta se marchó de casa el miércoles por la tarde; llevaba desaparecida desde entonces. ¿Has comprobado si tiene coartada también para el miércoles?

Arques asiente.

—Sí. El miércoles estuvo trabajando toda la noche. Trabaja como técnico de Rayos en el hospital de San Juan, todos sus compañeros pueden confirmarlo. El jueves estuvo durmiendo en casa hasta la hora en que quedó con sus amigos.

Alvar se revuelve en su silla.

—Parece que tiene una coartada bastante sólida —dice Alvar, pensativo—. Vamos a descartarlo de momento. ¿Sabemos algo del contenido del móvil de Laura? —pregunta mirando a todos.

—A simple vista, no hay nada extraño —responde Fernández—. Hay muchas fotos de la chica, sobre todo en Instagram, aunque también tiene Facebook y Tiktok. En la mayoría de las imágenes se ve a Laura sola, vestida de forma…

Fernández se detiene, seguramente sopesando si dar su opinión sobre la manera de vestir de la chica o no, teniendo en cuenta que hay una mujer en la sala.

—... pues como visten todas las jóvenes ahora —se atreve a decir finalmente—. Ya sabéis, con pantalones cortos, enseñando la barriga… quiero decir que no he visto nada raro en sus redes, ¿vale?

Alvar se fija en Cristina Maiquez, que mira al agente, divertida.

—Vale —dice esta—. ¡Que no me voy a ofender!

Su compañero parece relajarse.

—Pues eso, lo que iba diciendo —continúa Fernández, ya visiblemente más relajado—, la mayoría de fotos son *selfies* en distintos lugares o fotos con amigos y con su novio. También tiene algunas de su hijo. Todas la fotos que ha subido a sus redes son de Alicante y alrededores. Parece que la chica no viajaba demasiado. En cuanto al registro de llamadas de su móvil, ya lo hemos solicitado, pero me han dicho que tardarán un poco.

Alvar siente que la cabeza le va a estallar. Otra vez ese terrible dolor de cabeza. Una vez le duró casi dos semanas seguidas: se acostaba y se levantaba con la sensación de que algo le estaba martilleando en la sien derecha. Estaba tan preocupado que acudió a urgencias; allí le dijeron que el dolor era provocado por la tensión. Sí, la verdad es que en esa ocasión estaba bastante atascado en un

caso. *Igual que ahora*, piensa. Espera que esta vez el dolor no le dure tanto tiempo.

El inspector termina de tomar unas anotaciones y procede a reconducir la reunión.

—De acuerdo —dice revisando sus notas— vamos a recapitular. Tenemos dos víctimas. Paula Tosar, la mujer hallada en la playa del Cocó, tenía veinticuatro años y era madre de cuatro hijos, el pequeño de tres meses. No se le conocía pareja. Su vecina, la única testigo a la que hemos podido tomar declaración, dice que era "una buena pieza", que no atendía a los niños, hecho que hemos podido constatar teniendo en cuenta las insalubres condiciones en las que se encontraba su domicilio. Murió por la intensa hemorragia que le provocó la extracción del útero. No tenemos huellas ni testigos, solo lo que hayáis podido averiguar del dibujo hallado dentro de su estómago.

Cristina empieza a revolver dentro de su gigantesco bolso. Alvar la ve sacar las llaves, el monedero, un par de libros e incluso un juego de cartas infantiles, hasta dar con lo que busca: un pequeño bloc de notas.

—De momento no tenemos nada —señala—. Los de laboratorio dicen que el dibujo grabado sobre la seda ha sido pintado a mano con un bolígrafo de tinta azul, probablemente de la marca BIC. Sí, demasiado común para poder rastrearlo. Acaban de llamarme para recoger la tela, así que cuando acabemos me acercaré a una fábrica de textil que queda aquí cerca a ver si puedo averiguar algo más. Bueno, la verdad es que es más bien una tienda bastante famosa por aquí, como he podido saber.

—Gracias, Cristina —dice el inspector.

Alvar se levanta para prepararse un café, esperando que este potencie el efecto de ibuprofeno que ha tomado cuando se ha despertado esa mañana. No quiere ni pensar en la cantidad de analgésicos que ha tomado en las últimas cuarenta y ocho horas. Los demás aprovechan el descanso de su jefe para compartir impresiones. Alvar apura el café de un trago y regresa junto a sus compañeros para continuar.

—La segunda víctima —dice apoyando los codos en la mesa—, Laura Navarro tenía 25 años y había tenido un bebé hace tres meses. Fue encontrada ayer por la mañana, parcialmente apoyada en una de las columnas de la Puerta de los Leones, el principal acceso al Castillo de San Fernando.

—Queda pendiente interrogar a la amiga —interrumpe Salgado—. Ayer no pudimos localizarla, pero viene de camino. Yo me encargo.

El agente ha permanecido sospechosamente callado durante la reunión. Alvar imagina que tampoco él debe haber podido dormir la noche anterior. Aún así, se sorprende de la iniciativa de su compañero. En el tiempo que conoce a Salgado, siempre ha tenido prácticamente que obligarlo a tomar declaración a los testigos. Sabe que es una parte del trabajo que el agente detesta.

—De acuerdo, manténme informado —lo anima Alvar—. Con respecto a la autopsia, el informe dice que Laura también murió a causa de una intensa hemorragia provocada por las extensas heridas. Recordad que en este caso el asesino le arrancó los pechos y se los introdujo en el abdomen. En el estómago también se ha encontrado el pedazo de tela con el símbolo celta de la maternidad.

Alvar se fija en la cara descompuesta de Cristina. La comprende, también esto es difícil de digerir para él. Recuerda las náuseas que sintió cuando estaba en el lugar donde Laura fue encontrada, sin embargo, ahora no es el momento de lamentarse; sabe que tienen muy poco, que el tiempo apremia y que es el momento de alentar a su equipo.

—Ya tenemos dos crímenes —continúa—, y hay muchas papeletas para que ambos estén relacionados. Podríamos plantearnos que el segundo asesinato pudiera haber sido cometido por un imitador, pero, aunque nuestros amigos de la prensa ya han hecho de las suyas, esto es muy poco probable, porque aún no se ha difundido el detalle de la tela en el estómago. Cristina —dice dirigiéndose ahora a la agente—, necesito que me ayudes con la elaboración del perfil del posible asesino o asesina.

Cristina Maiquez asiente y Alvar se levanta para dirigirse a la pizarra que hay al final de la sala. Allí comienza a escribir los datos

más importantes, a modo de resumen. En el centro, dos nombres: Paula Tosar y Laura Navarro. El inspector espera no tener que anotar más nombres; espera que todo se quede en dos muertes, que puedan atrapar al malnacido que ha cometido esos crímenes y que puedan borrar pronto lo que está escribiendo. Pero sabe que la probabilidad es baja, muy baja: los dos crímenes tienen demasiado simbolismo como para pensar que serán los únicos.

El subinspector Arques alza la voz desde su asiento sacando a Alvar de sus pensamientos.

—¿Sabemos algo de la furgoneta que vieron los chicos en el lugar donde fue hallado el cuerpo de Laura?

Salgado levanta la mano.

—Gracias a las cámaras de tráfico hemos identificado una furgoneta que coincide con la descripción —dice con una sonrisa de suficiencia—. Estamos tratando de localizar al propietario.

Alvar no puede creer que el cabrón no haya dicho nada hasta ahora.

—Y, ¿puedo saber cuándo ibas a contarnos eso? —pregunta el inspector, visiblemente irritado.

—Acaban de enviarme un whatsapp —responde Salgado, encogiéndose de hombros.

—Bien —zanja Arques, al ver que la cosa se está poniendo tensa—. Pues ya tenemos algo. ¡A trabajar!

—¡Hace más de cuarenta y ocho horas que apareció la primera víctima y aún no tenemos nada! ¡No sé qué coño estas haciendo, Alvar! ¡Desde luego investigar, no!

David Urriaga está fuera de sí. Alvar y Arques llevan más de media hora escuchando gritar a su jefe.

—¡No me toques los cojones David!

El inspector no se deja amedrentar. Es cierto que aún no tienen nada sólido que ofrecerle, pero no por eso va a dejar que los pisotee.

—Sabes que llevamos desde el miércoles trabajando sin descanso. ¿Qué coño quieres que hagamos? ¡¿Que nos inventemos las pruebas?! Ese cabrón sabe lo que se hace.

—¡Cállate Javier! ¡Tenemos a la prensa encima! ¿Qué cojones queréis que les diga?

—La verdad es que estamos trabajando duramente para resolver el caso —intercede Arques—. Tenemos la pista de la furgoneta y creo que no tardaremos en dar con el propietario. Además, aún queda un testigo por interrogar, la amiga de Laura, que ya está en camino.

Antes de que el subinspector pueda decir algo más, Urriaga se levanta y se marcha de su despacho dando un portazo. Arques mira a su compañero con cara de circunstancias.

—No te preocupes —lo tranquiliza Alvar—. Ya se le pasará. Lo he visto más cabreado otras veces —se queda callado unos instantes antes de continuar—. ¿Sabes una cosa? He estado pensando que quizá no le hemos dado suficiente importancia al hecho de que ambas víctimas hayan sido madres hace muy poco; deberíamos investigar eso.

—¿Cómo?

—Pues… tú que eres de aquí… por el lugar donde residían las chicas, ¿a qué hospital tendrían que haber ido a dar a luz?

14

—¿Qué tal ha ido? ¿Hay algo pendiente?

Aura pregunta a su compañera —que acaba de terminar la guardia—, mientras le hace un gesto con la mano para que le entregue el busca, su compañero inseparable durante las próximas veinticuatro horas.

—Ha sido bastante tranquila, la verdad. Tienes pendiente una cesárea. Es una chica a la que le he puesto la epidural a las cuatro de la madrugada. Me ha llamado la ginecóloga hace media hora porque no avanza el parto y quería finalizarlo, antes de que se tuerza. Le he preguntado si podía esperar a que llegaras y me ha dicho que sí, que no es de correr. Está todo preparado. Si no me necesitas, me marcho, que es sábado.

—Sí, claro —dice Aura—. Vete. A ver si mi guardia es igual de buena. Que descanses. Nos vemos el lunes.

Está contenta. La comida con su hermana le sentó francamente bien. Es cierto que llevaban un tiempo distanciadas, pero lo del día anterior le parece un buen primer paso para volver a estar unidas de nuevo. Quiere a su hermana y a sus sobrinos con locura, pero últimamente no se veía con fuerzas para relacionarse con nadie.

A pesar de que es sábado y vuelve a estar de guardia, hoy le cuesta un poco menos. La enfermería que estará en urgencias con ella es muy competente, y a Aura le encanta trabajar con ellos. A veces, cuando todo está tranquilo, encargan algo para comer o cenar, o simplemente pasan el rato charlando. La última vez que trabajaron juntos cenaron comida india.

Entra en la pequeña sala habilitada para el descanso que hay dentro del bloque quirúrgico. En ella hay una mesa grande y varias sillas y tienen lo necesario para aguantar todo el turno. También hay

una pequeña nevera y, sobre la diminuta encimera, una cafetera, un microondas y un fregadero.

—Hola, jefa —saluda Moncho, risueño—. Tenemos una cesárea, ¿no?

—Sí, ya me lo ha dicho Clara. Cuando podáis lo preparáis y llamo a la ginecóloga para pedir que suban a la chica.

—Ya lo tenemos preparado —responden casi al unísono Elena y Toñi.

—¿Es que no sabes con quién trabajas hoy? —pregunta Elena en tono de broma—. Lo tenemos todo listo desde hace media hora.

Moncho, Elena y Toñi, el turno de enfermería con el que Aura mejor se lleva. No sabe cuántas horas han pasado contándose penas. Los tres fueron un gran apoyo cuando perdió a sus padres. Fue una época muy jodida para ella. Primero se fue su madre. Cuando dio positivo en Covid, Aura no le dio excesiva importancia. Su madre siempre había sido una mujer muy sana y muy activa: comía bien, no fumaba, no bebía y, además, iba todos los días al gimnasio. Ya se había puesto dos dosis de la vacuna, así que Aura no pensó que fuera a complicarse. Creyó que, al igual que ella, pasaría una mala semana con fiebre alta y dolor generalizado. Pero la vida es así de cabrona. Solo cuarenta y ocho horas después de haber dado positivo en un test casero, comenzó a notar dificultad respiratoria. Aura tampoco le dio importancia entonces; estaba muy liada en el hospital, tenían muchísimo trabajo. De nuevo pensó que a su madre no iba a pasarle nada, no podía pasarle nada. Era su madre. Al día siguiente, cuando finalmente ingresó en Urgencias y posteriormente en la UCI, ya iban tarde. La intubaron a contrarreloj y, tras siete días conectada a ventilación mecánica —en los que su hija fue viendo cómo, poco a poco, la esperanza de que saliera adelante se iba apagando—, falleció. La muerte de su madre supuso para ella, además del profundo dolor de la pérdida, un antes y un después en la forma que tenía de relacionarse con la enfermedad y con la medicina. Había cometido el error de sentirse invencible, de pensar que, por ser médico, la enfermedad y la muerte nunca iban a golpearla ni a ella ni a su familia. A partir de ahí comenzó a sentir miedo, y cada vez que alguien de su familia o algún amigo le

consultaba algo, pasaba horas, incluso días, obsesionada con los posibles diagnósticos. Pasó de no preocuparse por nada a preocuparse por todo. Quizá fue por eso por lo que, cuando su padre le comentó que llevaba un par de días olvidándose de lo que había hecho el día anterior, consultara inmediatamente con un neurólogo. En ese momento ya no pensó que no sería nada; no se atrevió a dar por sentado que su padre estaría manifestando, de algún modo, la inmensa pena que sentía por la pérdida de su mujer. No, en ese momento se puso en lo peor. Y acertó. El diagnóstico de Alzheimer llegó seis meses después de que su madre los hubiese dejado. Al principio, su padre tenía pequeños olvidos; por ejemplo, no recordaba lo que había comido o lo que había visto en la tele el día anterior. Más tarde, un día, cuando fue a hacer la compra, se perdió y llamó a su hija menor para que lo acompañara a casa. Aura habló entonces con su hermana. Juntas decidieron que, puesto que su padre no quería abandonar la casa donde había sido tan feliz con su mujer, había que contratar a alguien para que estuviera allí unas horas al día y le echara una mano. Esas pocas horas se convirtieron, en pocos meses, en la necesidad de un cuidado continuado. Aura y su hermana iban todos los días a verlo, pero por aquel entonces sus sobrinos eran muy pequeños y dependientes, así que Isabel no podía atender a su padre tanto como a Aura le hubiese gustado. Sin darse cuenta, se encontró llevando prácticamente sola el peso de la enfermedad de su padre. En los últimos meses, cuando tanto ella como su hermana comprendieron que su padre ya no podía valerse por sí mismo, cuando ya no se fiaban de dejarlo solo ni un instante por temor a que se hiciera daño, decidieron contratar a otra persona para que las ayudara por las noches. Aura tuvo que presenciar cómo su padre, un hombre que había demostrado siempre una fortaleza tremenda, se iba marchitando poco a poco. Fue duro ir observándolo dejar de reconocerla, de hablar e incluso de comer. Desde el diagnóstico al fallecimiento transcurrieron solamente dieciocho meses. Le dijeron que, al menos, había sido rápido; no había sufrido mucho. A ella eso no la consoló. En dos años Aura perdió a las dos personas a las que más quería en el mundo. Así de cabrona es la vida.

Se refugió, además de en Susana y Claudia, sus mejores amigas, en el trabajo y en sus compañeros, sobre todo en Elena, Toñi y Moncho. Este último, aunque solo llevaba tres meses trabajando en el hospital cuando todo sucedió, supo poner el hombro como ninguno en las incontables ocasiones en las que ella pensó que no podía más. Muchas más veces que Carlos, siempre preocupado por su trabajo. Aura solo faltó en el hospital cinco días cuando falleció su madre y tres cuando lo hizo su padre. Sus adjuntos le dijeron que se diera la baja un tiempo para recomponerse, pero ella no quiso: se le hacía un mundo estar en casa. Intentó apoyarse en Carlos, de verdad que lo intentó; sin embargo, él, siempre tan responsable en su trabajo, prefirió quedar mejor con sus jefes que con ella.

Sí, fueron muchas las guardias en las que Aura se desahogó con Moncho.

—Hemos avisado a la ginecóloga y la paciente está en camino —le dice su compañero—. ¿Quieres que la pasemos directamente al quirófano y la vas anestesiando?

Aura da un respingo.

—¡Si, claro! —responde, un poco avergonzada por su distracción—. Perdona Moncho, hoy no estoy al cien por cien. Pero, claro, vamos a ir adelantando por si luego vienen más urgencias.

No sabe bien por qué, pero hoy no se siente centrada del todo. *Seguramente será el cansancio*, se dice. Espera que la guardia no sea demasiado mala. Termina de revisar la historia clínica de la paciente, respira hondo y se prepara para entrar a quirófano.

La mañana transcurre sin grandes dificultades; Aura pone un par de epidurales y anestesia a una chica a la que tienen que operar de una apendicitis. En definitiva, una mañana tranquila. Cuando terminan de comer, encienden la televisión un rato. Una única noticia abre todos los telediarios: el asesinato de Laura Navarro a manos del que la prensa ya ha bautizado como *El Carnicero de Alicante. "…el cuerpo, parcialmente mutilado, fue encontrado ayer por la mañana*

en las inmediaciones del castillo de San Fernando, uno de los lugares más emblemáticos de Alicante …. Según fuentes policiales, la autopsia comparte muchas similitudes con la de la practicada unos días antes al cuerpo de Paula Tosar, cuyo cuerpo fue hallado sin vida el pasado miércoles en la Playa del Cocó y en circunstancias similares… Los investigadores no descartan que el asesino sea un individuo con formación médica…"

—¡Madre mía! —exclama Toñi—. ¡Qué horror!

—Sí —señala Elena —. ¿Habéis visto las imágenes de la chica? Yo he visto algunas en redes sociales.

Aura pone cara de circunstancias. La verdad es que no tiene ni idea de lo que están hablando; lleva varios días desconectada de las noticias.

—¡¿No te has enterado?! —responde Toñi, asombrada—. En la tele no se habla de otra cosa desde el miércoles. Han encontrado a dos chicas ya. A una le arrancaron el útero y a la otra, la que encontraron ayer, las mamas. Dos chicas jóvenes, con niños pequeños. Un horror.

—Y dicen que quien lo ha hecho igual tiene conocimientos médicos —añade Toñi.

—Pues será alguien cansado de la mierda que nos pagan —dice Moncho—. No me mires así Toñi, que es una broma. ¡Joder! ¿Es que aquí ya no se puede decir nada? ¡Cómo estáis!

—No —insiste Toñi—. Es que no entiendo cómo se te ocurre hacer bromas con esto. Han asesinado a dos mujeres ya. Si fuera tu hermana…

—Vale, ya me callo —dice Moncho, en tono conciliador—. Por cierto, cambiado de tema, ¿estáis viendo la serie esa, la de los policías que se cargaron a un compañero?

—¿*El cuerpo en llamas*? —pregunta Aura, intentando echar un cable a su compañero.

—Yo ya la he visto —responde Toñi—. No está mal, aunque me está gustando más una que han puesto en Netflix. *El problema de los tres cuerpos*, creo que se llama.

—Sí, esa he empezado a verla yo —responde Aura—. Pero no me estoy enterando de mucho, la verdad. Tanta física…

—Claro —la corta Moncho—, es que la física no es lo tuyo. Recordadme que, si alguna vez me tienen que operar, llame a otro anestesista, a otro que se le de mejor la física.

Los cuatro estallan en carcajadas y pasan el resto de la sobremesa charlando de cosas absurdas y enseñándose videos tontos que van encontrando en Internet. *Estos son los ratos por los que compensa trabajar aquí*, piensa Aura. Y recuerda que los sábados trabajando son un poco menos "sábados" si se comparten con gente así.

15

Alvar camina con el subinspector Arques por el amplio *hall* del Hospital General de Alicante. Siguiendo el consejo de su compañero, ha decidido probar suerte primero en el hospital de referencia de la provincia. Mientras se dirigen al panel indicativo —ubicado frente a la puerta principal— para buscar la planta de Ginecología, Alvar piensa que, de todas las profesiones a las que podría dedicarse, Medicina probablemente sería la última. No soporta ese olor a desinfectante y antiséptico que lo impregna todo, ni la suave iluminación que al inspector se le antoja lúgubre, ni mucho menos ese aire climatizado en exceso. Aunque reconoce que su trabajo también es sacrificado y también a veces le hace permanecer despierto hasta altas horas de la madrugada, no soportaría la idea de permanecer encerrado en un mismo lugar durante tantas horas. No, él siempre ha necesitado sentirse libre, sentir la calle; quizá ese es uno de los motivos por los que no ha conseguido que ninguna de sus relaciones durase más de un año. Su última pareja, para ser exactos, solo lo aguantó ocho meses, momento en el que Alvar desapareció durante tres días —con la excusa de que estaba trabajando—, y ella lo pilló con sus compañeros, de copas en un pub del centro. No, no podría decirse que el inspector sea un gran amante del compromiso.

Tras ubicar el servicio de Ginecología en la tercera planta, y atravesar la acristalada puerta que separa la sala de espera de la zona de hospitalización, Alvar y Arques se dirigen a un pequeño mostrador lleno de pantallas, donde varias chicas conversan animadamente.

—Buenas tardes —saluda Alvar—. ¿Dónde puedo encontrar a la persona responsable de Ginecología?

—Buenas tardes —responde una de las chicas, con la que debe ser su mejor sonrisa—. Si se refiere a la Dra. Caballero, la jefa de servicio, hoy no está: al ser domingo, solo está el médico de guardia, Jaime Nevesko. Ahora mismo está en la consulta de urgencias viendo a una paciente. Es aquella puerta de la derecha.

La chica se incorpora y sale del mostrador para ayudarles a localizar la puerta correcta. Por suerte o por desgracia, Alvar está bastante acostumbrado a que, cuando muestra su mejor sonrisa, las mujeres se deshagan en atenciones con él; le avergüenza confesar que en más de una ocasión se ha aprovechado de eso para obtener información "bajo manga" en el transcurso de alguna investigación.

El subinspector Arques, sin embargo, tiene unas formas de proceder bastante más ortodoxas. Alvar lo conoce bien y sabe que a su compañero no le parece correcto irrumpir en la consulta de un médico sin aviso. Por eso no le sorprende cuando este interrumpe a la chica sin contemplaciones.

—Gracias, pero preferiríamos esperarle aquí. ¿Puede avisarle, por favor?

Ella borra automáticamente la sonrisa de su cara y les pide que esperen un momento. Unos minutos después aparece un hombre con aspecto malhumorado. Alvar calcula que tendrá unos cincuenta años; es alto, con los ojos claros y el pelo canoso, y viste un traje azul oscuro sobre el que lleva la reglamentaria bata blanca. En uno de los bolsillos cuelga su acreditación, donde puede leerse el nombre que la chica del mostrador ha dado a los inspectores hace unos minutos.

—¿Puedo saber qué quieren? —dice sin poder disimular su irritación—. ¿Saben que estoy trabajando?¿Qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Buenas tardes, doctor.

Es Arques quien responde. Otra de las cosas por las que Alvar admira a su compañero es por su templanza; porque si por él fuera, ya estaría llevándose a comisaría a ese maleducado.

—Soy el subinspector Pablo Arques, de la Policía, y él —dice señalando a su compañero —es el inspector Javier Alvar. Queríamos hacerle unas preguntas.

Jaime Nevesko cambia inmediatamente la expresión de su rostro y, de forma mucho más amable, los guía hasta su despacho y les pide que tomen asiento.

—Ustedes dirán —dice, conciliador.

—Verá —comienza Alvar—, estamos investigando el asesinato de dos mujeres.

La expresión del doctor se ensombrece.

—Sí, algo he oído. Es un espanto. Pero no comprendo en qué puedo ayudarles yo.

—Se lo explico —prosigue Alvar—. Sabemos que ambas mujeres dieron a luz hace aproximadamente tres meses y nos gustaría confirmar si fue en este hospital. Sobra decirle que todo lo que hablemos aquí y ahora es información estrictamente confidencial y que, en caso de divulgarla, estaría incurriendo en un delito.

Jaime asiente, compungido; está claro que ese hombre no quiere tener problemas con la ley.

—Claro, les ayudaré en lo que pueda. Pero para poder comprobarlo necesito que me faciliten los nombres completos o los números de SIP.

Alvar extrae su pequeña libreta, anota unos números en una de las páginas, la arranca y se la tiende al médico.

El doctor introduce los datos en el ordenador de su despacho y, tras permanecer unos minutos navegando por las ventanas que van apareciendo, se gira hacia los inspectores.

—Pues sí, ambas dieron a luz aquí: Paula Tosar el quince de julio y Laura Navarro cuatro días después, el diecinueve de julio.

Alvar intercambia una fugaz mirada con su compañero. Han acertado con el hospital; quizá a partir de ahora la suerte empiece a sonreírles y puedan avanzar en la investigación.

—¿Alguna por cesárea? —pregunta Arques.

El doctor vuelve a teclear en su ordenador.

—Pues sí. ¿Cómo lo saben?

—¿Sabe el motivo por el que se realizó la cesárea? —se interesa Alvar.

—¡Por supuesto! Es lo primero que registramos. Hoy en día hay que justificar las cesáreas más que nunca. Ante la ley, pero también

ante las mujeres. Estamos viviendo una era de medicina absolutamente defensiva; todo tiene que quedar reflejado en la historia clínica. Es la única manera que tenemos los médicos de protegernos; si no, estaríamos todo el día en el juzgado.

Alvar no puede creer el discurso que el médico ha decidido soltarles.

—Entiendo —dice de forma educada—. Pero, ¿puede responder a la pregunta, por favor?

—Claro, lo siento —responde, bajando la mirada—. En ambos casos se intentó el parto vaginal, pero las dos mujeres acabaron en cesárea. En las dos pacientes el motivo fue parto estacionado.

—¿Puede hablar más claro? —inquiere Arques, un poco cansado de la jerga médica.

—Eso significa que el parto ya no progresaba, que llevaban varias horas estancado, por así decirlo. En esos casos, cuando vemos que por más horas que pasen la probabilidad de que una mujer de a luz es muy baja y la de que aparezcan complicaciones es alta, se decide poner fin al embarazo mediante cesárea.

Alvar termina de anotar lo que ha considerado más relevante y le hace una señal a su compañero para que continúe.

—Bien, gracias. ¿Puede decirnos algo de las pacientes?

—¿A qué se refiere?

—A si hay algo que le llame la atención acerca de ellas. Recuerde que cualquier cosa puede ser relevante, quizá algo anotado en sus historias. Hace un momento ha dicho que todo queda reflejado por escrito...

El médico fija la mirada de nuevo en la pantalla del ordenador.

—Miren —les dice finalmente—, yo no estaba de guardia ninguno de los dos días, así que solo puedo decirles lo que leo en los informes que mis compañeras escribieron. Según parece, todo transcurrió sin incidencias; en ambos casos, la técnica se llevó a cabo sin complicaciones y tanto la madre como el hijo estuvieron bien —se detiene de repente—. Esperen un momento…

El ginecólogo vuelve a teclear en su ordenador y una diminuta ventana aparece en la pantalla.

—¡Vaya! —dice de repente—. Hay algo anotado en la información subjetiva. Es algo interno del hospital; solo puede leerlo el personal sanitario, de ningún modo el paciente. Es una manera que tenemos de plasmar nuestras impresiones o cosas que pensamos que necesitan saber los compañeros que puedan atender a esas pacientes en un futuro. Normalmente, anotamos cosas relacionadas con el comportamiento de las pacientes, ya saben, si son demandantes o problemáticas.

—Y hay algo anotado en el caso de Paula Tosar y Laura Navarro... —añade Alvar, cansado de las divagaciones del médico.

—En los dos casos, mis compañeras anotaron que las pacientes no eran nada colaboradoras y que generaron problemas durante las intervenciones. Por lo visto, fueron bastante conflictivas. De todos modos, podrían preguntar en quirófano —les sugiere—. Me consta que el personal también refleja todo en sus informes, sobre todo el anestesiólogo; quizá allí puedan decirles algo más. Los quirófanos están abajo, en las dos primeras plantas.

—Gracias por su tiempo, doctor —zanja Arques.

Cinco minutos después, los inspectores, provistos de calzas y una fina bata verde que han tenido que ponerse sobre su ropa, hablan con la doctora Menchor, una de las anestesiólogas de guardia.

—Pues sí —les confirma—, efectivamente a las dos mujeres se les practicó aquí una cesárea en las fechas que les ha dicho mi compañero, el doctor Nevesko.

La doctora teclea en su ordenador y salta de ventana en ventana mientras les habla.

—Sin incidencias, según parece, aunque yo no fui la anestesióloga en ninguna de las dos cesáreas. Si quieren, les puedo decir quién estuvo de guardia esos días; imagino que les podrán decir algo mas que yo.

—Si es tan amable… —solicita Alvar.

—Claro. Veamos, en la de Paula estuvo Aura, la doctora Martín; y en la de Laura… vaya, pues también estuvo ella.

—¿Puede localizarla, por favor? Es importante.

—Pues acaba de meterse en quirófano; si llegan a venir hace media hora, la hubiesen pillado seguro. Pero ha venido un tráfico, un traumatismo craneoencefálico de un chico que está bástente inestable. Creo que estará ocupada hasta la noche. Si es muy urgente, puedo ir a sustituirla, pero dejaría la zona de reanimación sola. Aquí también hay bastante trabajo, ¿sabe? Si puede esperar… De todos modos, puedo darles su teléfono personal si quieren, aunque no sé si les cogerá el teléfono.

Alvar no tarda ni diez minutos en conseguir que la anestesióloga conteste al móvil.

—¿Doctora Martín? Soy el inspector Alvar, de la Policía. Ya sé que ahora está muy ocupada, pero me gustaría hacerle unas preguntas.

Plasencia, Cáceres. Junio de 1993.

Solo hace seis meses del incendio en el que sus padres y hermanos adoptivos murieron, pero ya le han encontrado otra familia de acogida. La verdad es que le resultó bastante fácil provocar el fuego: solo tuvo que esperar a que estuvieran dormidos, a que bajaran la guardia. Esos cabrones se lo merecían, sobre todo su "madre". Nunca intercedió por él, nunca lo protegió. Sí, todos merecían morir quemados, abrasados por las llamas y chillando como cerdos; por todo lo que lo habían hecho sufrir, por la rabia que habían conseguido despertar en su interior. Siempre había creído que matar a alguien debía resultar algo muy difícil de llevar a cabo. Pensaba que, quizá, al encontrarse cara a cara con el ser humano al que iba a arrebatarle la vida, al que iba a quitarle el aliento, sentiría lástima. O miedo.

Nada de eso. Llegado el momento, acabar con esos malnacidos le resultó hasta placentero. Una experiencia profundamente liberadora.

Por supuesto, nadie sospechó de él; nadie culpó al pobre niño. "¡Qué mala suerte!", dijeron, "Con todo lo que ha pasado el pobre... y ahora esto".

¡Qué imbéciles! ¡Si supieran lo bien que se sentía ahora! Antes se creía débil; ahora se siente poderoso. Hace tiempo que se ha jurado que ya nadie volverá a hacerle daño. No, ya no se va a quedar sentado viendo cómo vuelven a abusar de él. Eso ya forma parte del pasado, de un pasado al que no tiene intención de volver. Al contrario, el futuro se le antoja repleto de oportunidades, y eso le gusta.

Su nueva familia es encantadora: unos padres trabajadores y amorosos, la típica familia ideal que parece sacada de un anuncio de turrones en Navidad. Tiene dos hermanas. Adorables, por supuesto. La pequeña tiene su edad. Se han hecho muy amigos.

Por fin parece haber encontrado su sitio.

Quizá pueda enterrar esa rabia para siempre.

16

Alicante, domingo 22 de octubre de 2023

Una vez, cuando Aura acababa de empezar la residencia y hacía largos turnos en puerta de Urgencias, un adjunto le dijo que hasta el peor día del mundo solo tenía veinticuatro horas. La verdad es que se acuerda mucho de esta frase cuando son las cinco de la madrugada y aún está en quirófano. Pero ahora son las ocho de la mañana y su turno ha terminado. Entrega el busca, se cambia y sale del hospital. Ha pasado una noche terrible: meterse por la tarde en quirófano con un paciente de neurocirugía supone, en la prácticamente mayoría de casos, no salir hasta el alba. Esta vez no le importa. Un chico de diecisiete años había sufrido un accidente con la moto. En ese tipo de urgencias que, desgraciadamente, Aura ve cada vez con más frecuencia, todo el equipo está entregado al máximo. No significa que a los paciente de otras edades no se les ofrezca la mejor de las atenciones; no, claro que no es eso. Es solo que, cuando entra en quirófano una persona tan joven, con toda la vida por delante, se respira en el ambiente una especie de congoja, de lamento, que hace que todo el mundo se ponga las pilas. Porque hay que darlo todo para que esa persona salga con vida, porque es la vida de un niño, o de un adolescente, en cualquier caso de alguien muy joven, la que está en juego. Aura solo puede comparar esa tensión con la que se vive ante una cesárea urgente: cuando la vida de un bebé y de una mujer están en peligro. Ahí son dos vidas las que se pueden perder. Ahí todo el personal corre y mucho. La mayoría de las veces todo sale bien. Sin embargo, salvar la vida de alguien no siempre es posible. A veces las cosas vienen jodidas. Ese es el motivo por el que Aura alguna vez se ha ido del trabajo hecha polvo, pensando que quizá se podía haber hecho más, aunque en lo

más profundo de su ser supiera que se habían empleado todos los esfuerzos.

No es el caso: hoy ese chico está vivo y ella puede respirar aliviada. Lo que no la dejó nada tranquila fue la llamada que recibió mientras estaba en quirófano. Alguien de la policía quería hacerle unas preguntas. No le dijo nada más, solo eso. En ese momento ella le respondió que le era imposible salir a hablar con él pues no tenía a nadie para sustituirla. Le dijo, no obstante, que podía esperarla si era muy urgente, aunque no sabía a qué hora terminaría. Pero el policía se mostró comprensivo y le dijo que no, que la vería al día siguiente, si ella no tenía inconveniente.

Sale del hospital y respira el aire fresco del que se ha visto privado durante las últimas veinticuatro horas. Ha quedado con Susana para desayunar. Es domingo y, para estar a finales de octubre, hace un día espléndido. Es lo que tiene Alicante: hace un calor infernal en verano, pero, cuando en algunos puntos de España ya han sacado el abrigo, aquí aún puede ir uno en mangas de camisa. Eso es lo que a la mayoría de la gente le encanta de esta ciudad, pero la verdad es que ella lo detesta. Aura adora el invierno, el frío. Para ella, una tarde perfecta es esa en la que fuera está lloviendo a mares, hace viento y frío y una puede estar en casa tirada en el sofá, bajo una manta y con una enorme taza de té. La verdad es que necesita poco para ser feliz, o mejor dicho, puede ser feliz con poco dinero. Claro que le gustaría poder ir a cenar a sitios buenos y llevar buena ropa; por supuesto que le gustaría vivir en una casa mas grande en lugar de en ese diminuto apartamento, pero no le amarga en absoluto no poder hacer todas esas cosas. No, ella se conforma con un buen libro, una tarde de risas con Susana, una conversación de una hora con Claudia y una comida con su hermana y sus sobrinos. Todo eso, ahora mismo, para ella es lo más parecido a la felicidad.

Tras una larga siesta —en la que ha podido recuperar algo del sueño perdido la noche anterior—, Aura se da una ducha rápida y,

aun en ropa interior, se detiene frente al armario: ¿Qué debe una ponerse para hablar con la policía? Imagina que algo formal. La verdad es que hoy había decidido pasar el día en casa; tiene un par de lavadoras por poner y una enorme montaña de ropa para doblar y guardar la lleva mirando desde la silla de su habitación desde hace una semana. Además, hace bastante tiempo que el suelo no ve el aspirado, así que había pensado en poner la casa en orden y, después, pasar la tarde vagueando un poco. Sin embargo, su cita con la policía la ha obligado a cambiar sus planes.

Tras un rato repasando las posibles opciones, finalmente se decanta por unos vaqueros claros, una camiseta de manga corta blanca y el calzado más cómodo que tiene, unas Converse también blancas. Se maquilla de forma natural, con una pizca de colorete rosado y un toque de *gloss* en los labios, y se recoge el pelo en una sencilla coleta.

Se observa en el espejo antes de salir; así vestida, parece mucho mas joven. Durante mucho tiempo le preocupó no aparentar su edad, pero ahora eso empieza a importarle bastante menos, excepto por el miedo, claro está, a que no la tomen en serio en su trabajo. A Aura le cuesta creer que, en los tiempos que corren, todavía haya pacientes —y algunos compañeros, más mayores)—, que la llamen "nena", "chica" o incluso,"guapa". Aunque no dice nada, porque es muy educada y no le gusta la confrontación, la verdad es que no puede soportarlo.

El inspector Javier Alvar, como le ha dicho que se llama, la ha citado en una pequeña cafetería del centro. Afortunadamente nunca ha conocido a un inspector de policía, pero se imagina a un hombre de unos sesenta años, vestido con gabardina y con un pasado tormentoso; un hombre, seguramente dado al alcohol, que siempre se lleva el trabajo a casa y que ha sido abandonado por una esposa que ya no soportaba más sus lamentables horarios de trabajo. Esa, por supuesto, es la imagen que lleva años forjándose en su mente, a raíz de las innumerables novelas policíacas que lleva leídas a sus espaldas.

Como tiene tiempo de sobra, Aura decide ir caminando. Su piso no está lejos del centro, pero, aunque tarda menos de veinte

minutos en llegar al punto de encuentro, llega cinco tarde. Conoce la cafetería que el inspector ha elegido para el encuentro. Cualquier alicantino sabe que lleva abierta toda la vida, puede que cincuenta años. Está ubicada en la plaza de los Luceros, uno de los sitios más emblemáticos de la ciudad. Ella se pregunta por qué el inspector ha elegido ese lugar para su encuentro; *a lo mejor porque pudo ver cómo la inauguraban*, piensa, con una pizca de malicia.

Cuando llega, mira a través de las ventanas, desde fuera. La verdad es que es muy tímida y prefiere asegurarse de que el inspector haya llegado ya; no quiere esperar sola. Dentro, solo ve un hombre joven en la barra, tomando un café y mirando su móvil. No hay nadie más. Decide esperar fuera unos minutos, aunque no sabe por qué le sorprende que el inspector llegue tarde. Piensa que tal vez ha escuchado mal el nombre de la cafetería, así que busca su móvil en el bolso para tenerlo a mano, por si el inspector se pone en contacto con ella. Tiene el número que la llamó el día anterior en el registro de llamadas, pero no se atreve a llamar. En lugar de eso, entra en la cafetería. Ver al hombre consultar el reloj y entonces se da cuenta y se avergüenza de lo tonta que ha sido al esperar a alguien mayor. Si ese hombre que hay en la barra es el inspector, que la ha citado, desde luego no es como ella lo había imaginado.

Aunque está de espaldas, le parece bastante joven, quizá poco más de treinta años. Además, es alto y de complexión atlética. Bajo su ropa, Aura intuye una espalda musculada. Lleva unos pantalones color beige y una camisa blanca de manga larga, aunque la lleva remangada a la altura de los antebrazos. A Aura le parece que tiene un porte elegante.

Aún sabiendo que puede estar equivocada y que ese hombre apoyado en la barra puede estar esperando a otra persona y no a ella, camina decidida hacia él.

No se equivoca: al sentir su presencia, el tipo se gira y, con mucha determinación, consulta brevemente su reloj y se dirige a ella.

—¿Aura Martín?

Aura no da crédito. El hombre que tiene frente a ella es el mismo que ha visto dos veces en una semana en el pub al que va

con Susana. Y lo que, de nuevo, vuelve a llamar su atención por encima de cualquier otra cosa, es lo increíblemente atractivo que es. La otra noche, cuando se dirigió a ella y acabó pagando su consumición, estaba tan avergonzada que solo pudo verlo de refilón. Ahora, se pregunta si él la ha reconocido o si, tal y como pensó entonces, estaba bajo los efectos del alcohol. Hay algo en la forma en que la mira que la hace pensar que sí, que la ha reconocido: sin embargo, él se mantiene muy serio y formal.

El hombre se acerca más a ella y le tiende la mano.

—Soy el inspector Javier Alvar, hablamos ayer —dice mientras sacude la mano de ella con decisión.

A Aura le parece que tiene una voz muy masculina y profunda. Si no le acabara de decir que es policía, ella habría jurado que trabaja en un programa de radio.

—Hola inspector, lamento el retraso.

—No se preocupe, no tengo prisa —responde educadamente.

Alvar le sonríe y Aura se percata de que, a pesar de tener edades parecidas, no la tutea. Supone que es una manera de poner distancia entre ambos.

—Antes de nada —continúa—, lamento haberla interrumpido ayer. Su compañera me dijo que estaba atendiendo a un chico que había sufrido un accidente.

Rematadamente atractivo. Aura lo mira con disimulo: tiene unas facciones muy masculinas, con el rostro afilado y la mandíbula muy marcada. El pelo corto, castaño claro y ligeramente despeinado, así como la barba incipiente le otorgan dureza, sin embargo, los ojos claros —azules o verde azulados— y esos labios carnosos le dan un aire ligeramente dulce. Tiene una mirada penetrante. Aura se sorprende pensando que podría perderse en ella toda la vida y avergonzada, aparta ese pensamiento.

—Entiendo que es domingo —continúa él—, y le aseguro que no le habría pedido vernos hoy aquí si no fuese estrictamente necesario.

A Aura le sorprende la actitud del policía. Le parece que, para la edad que debe tener y los tiempos que corren, es tremendamente

correcto y educado. Si los caballeros existieran, sin duda ella habría dado con uno.

—No importa —dice, restando importancia con la mano—, lo comprendo. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Si le parece, vamos a sentarnos allí —dice el inspector, señalando una de las mesas cerca de la puerta—. ¿Le apetece tomar algo?

Aura lo sigue y toma asiento. Cree adivinar en la mirada del inspector un ligero brillo, quizá la prueba de que él también la recuerda. Alvar se marcha y, tras dar unas indicaciones al camarero, regresa a la mesa con dos cafés.

—Verá —comienza—, estoy investigando la muerte de dos mujeres. Sabemos que a ambas se les practicó una cesárea hace tres meses, en concreto los días quince y diecinueve del pasado mes de julio. Ayer mi compañero y yo estuvimos en el hospital, y una compañera suya nos dijo que usted estuvo de guardia esos dos días.

Aura está al tanto de los nombres; esta mañana, antes de ir a entregar los buscas, su compañera la ha puesto al tanto. Después, han estado revisando las historias clínicas de ambas mujeres.

—Sí, Paula Tosar y Laura Navarro... ya había leído algo en la prensa. Es espantoso. ¿Qué necesita saber exactamente?

Alvar le clava la mirada, y ella confirma lo que lleva un rato intentando adivinar: que tiene unos ojos verdes increíblemente hermosos.

—Todo lo que recuerde —le pide.

Aura trata de hacer memoria. Lo ha revisado todo esta mañana, pero claro, había dormido muy poco.

—Bien... en cuanto a la cirugía y la anestesia, en ambos casos todo transcurrió sin incidencias. Me refiero a que no hubo nada fuera de lo normal, tal y como apunta el informe que firmé en las dos pacientes. Al parecer no hubo ninguna complicación, de otra forma lo hubiese reflejado por escrito. Cuando ocurre algo fuera de lo habitual, siempre lo anotamos en el informe, para que quede constancia en caso de tener que realizar otra cirugía. Nos ayuda a planificarnos mejor.

El inspector asiente.

—¿No recuerda nada mas?

—No sé si esto le puede servir de algo, pero lo único que recuerdo, haciendo ahora memoria, es que ambas fueron pacientes problemáticas.

—¿En qué sentido?

—Quiero decir que las dos mujeres se mostraron poco colaboradoras ya desde que ingresaron en el paritorio. Cuando subieron a quirófano estaban bastante agitadas y hubo que sedarlas. Esto es poco habitual ,porque la mayoría de fármacos que empleamos para las sedaciones pasan a la leche materna y pueden afectar al bebé. Como las pacientes suelen querer dar de mamar enseguida, no solemos sedarlas, a menos que sea estrictamente necesario, como en estos dos casos.

El inspector la observa hablar mientras mantiene sus ojos clavados en ella.

—En su opinión... ¿puede que las mujeres estuvieran bajo los efectos de alguna droga cuando llegaron?

—No lo tengo claro, porque no se les pidió ningún análisis de tóxicos, que yo sepa. Pero, por las altas dosis de sedantes que tuve que emplear en quirófano para calmarlas, diría que eran consumidoras de alguna sustancia de forma habitual.

Aura se da cuenta de que el inspector no está acostumbrado al argot inherente a su profesión, así que intenta ser mas clara.

—Es habitual que los pacientes con algún tipo de adicción requieran dosis más altas de anestésicos que la población general.

Alvar sonríe, complacido. Después conversan unos minutos más en los que el inspector aprovecha para preguntar acerca de la experiencia de Aura en quirófano con ambas mujeres. Luego, Alvar anota su número de teléfono y se lo entrega.

—Gracias por su tiempo, doctora. Creo que, de momento, ya tengo todo lo que necesito. Ha sido de gran ayuda. Aquí tiene mi número personal —dice incorporándose—. Por favor, llámeme si recuerda algo más.

17

Alicante, lunes 23 de octubre de 2023

Javier Alvar despierta de un sobresalto. Mira el reloj del móvil: las nueve menos veinte de la mañana. Es la primera noche desde que se inició la investigación, en la que ha podido dormir más de tres horas seguidas. Se siente descansado.

Estaba teniendo un bueno sueño. Soñaba con el mar. No con el que baña Alicante, sino con el de su tierra, el mar Cantábrico. Fuerte, cambiante y bravo, le recuerda a su infancia y a los primeros años de su juventud. No es capaz de recordar cuántas tardes ha pasado en La Concha, su playa favorita del mundo. La playa que abraza el mar. Alvar recuerda sus azules aguas, enmarcadas por suaves colinas, y su arena fina y dorada. San Sebastián, la ciudad que lo vio crecer, parece rendirse a ella; y su paseo, repleto de bancos, jardines y elegantes farolas, ha sido testigo de miles de historias.

Ya hace seis años que se marchó, pero no pasa ni un solo día sin echar de menos sus paisajes y su clima. Le gusta Alicante. Podría decirse que sí. Pero para alguien del norte, sus veranos, con ese calor húmedo y asfixiante, son difíciles de encajar. De sus treinta y cuatro años, ya ha pasado dieciséis fuera. La primera vez que se marchó fue a los dieciocho, cuando comenzó sus estudios universitarios. Por supuesto, no fue idea suya. Él se hubiese quedado en San Sebastian, pero su padre, no contento con elegir la carrera que iba a estudiar su hijo, también eligió el destino. Rodrigo Alvar quería que su único hijo se licenciara en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, como hiciera él años antes. La universidad, en otra ciudad, le abrió un mundo desconocido hasta entonces: el de la libertad. Él —que siempre había sido un chico

tímido e introvertido, incapaz de llevar la contraria a sus padres ni llegar un minuto tarde a casa—, descubrió lo que significaba hacer lo que le daba la gana y pasar absolutamente de todo. Aprobaba porque con lo que escuchaba en clase y repasaba la noche antes del examen le era suficiente, no porque dedicara mucho tiempo a estudiar. Más bien, se dedicó a salir, a aprovechar todos los años que había pasado en casa bajo el control de sus padres. Conoció a varias chicas con las que pudo descubrir que la cama se le daba mejor que los estudios, y poco a poco fue preocupándose un poco menos de lo que sus padres pudieran pensar. Las llamadas desde el colegio mayor, que antes eran casi diarias, se convirtieron en semanales; después, mensuales. Y cuando sus padres se presentaron un día por sorpresa, descubrieron que su hijo llevaba más de una semana sin aparecer por allí. Javier y su padre tuvieron entonces una bronca monumental, en la que se dijeron muchas cosas que marcaron un antes y un después en su relación. Y aunque su madre intentó interceder para calmar las aguas, los dos empezaron a distanciarse. Poco ayudó a mejorar la situación el hecho de que Javier hubiera decidiera, poco después, dejar sus estudios de Derecho. Ya no recordaba los motivos por los que había comenzado a estudiar esa carrera: se sentía profundamente perdido, desdibujado, y empezó a pensar qué podía hacer con su vida.

Volvió a casa y, esta vez, probablemente porque su padre vio peligrar el negocio familiar, este intentó por todos los medios que su hijo regresara a Madrid. Pero Javier ya había probado las mieles de la independencia y, con la valentía que solo otorga la juventud, se negó en rotundo. Su padre acabó aceptando su decisión de abandonar los estudios, pero la convivencia en casa se volvió insostenible. Javier ya no informaba a nadie de cuando salía ni cuando iba a volver; salía, volvía bebido, a veces desaparecía todo el fin de semana. Sus padres no soportaban la persona en la que su hijo se había convertido. Era un extraño en esa casa, en sus vidas.

Tenía veinte años recién cumplidos cuando decidió marcharse por segunda vez de San Sebastian. Pasó los primeros seis meses en Londres. Con el dinero que heredó de su abuelo, alquiló un apartamento en Oxford Street y se puso a trabajar en un pub. No

tuvo ningún problema con el idioma, pues sus padres ya se habían preocupado de emplear mucho dinero en su educación. Trabajaba de noche, dormía por la mañana y tenía parte de la tarde para él. Conoció a mucha gente, aprendió mucho, pero seguía perdido. Un día llamó a su casero, pagó lo que tenía pendiente, recogió sus cosas y se marchó. Esa noche la pasó en el aeropuerto de Heathrow y a primera hora cogió un vuelo con destino a Nueva York.

Alvar llega a comisaría pasadas las nueve y media de la mañana y encuentra a todos sus compañeros reunidos.

—Buenos días, inspector —saluda, con sorna, Salgado—. Ya hemos localizado al dueño de la furgoneta, se llama Aurelio Campos Martínez. Ya está en comisaría, iba a tomarle declaración ahora mismo.

Lo dice con un desdén al que Alvar ya está acostumbrado, pero del que empieza a estar bastante harto. Si sigue así, sabe que algún día acabará partiéndole la cara. Ya estuvieron a punto de llegar a las manos una vez. Por aquel entonces estaban investigando el caso de una chico al que habían matado de una paliza en la puerta de un instituto. El chaval era conocido de la familia de Salgado, y este ya llevaba varios días cuestionando la manera en que el inspector estaba dirigiendo la investigación.

Una noche salieron de comisaría bastante tarde y fueron a tomar algo a un bar cercano. La cosa empezó a calentarse, salieron del local y acabó armándose la gresca. El error que cometieron fue estar cerca de la comisaria: los compañeros que estaban en la calle oyeron la bronca, y salieron corriendo a separarlos. A la mañana siguiente ya había corrido la voz, y Urriaga los estaba esperando en su despacho.

Alvar termina de anotar el nombre que Salgado acaba de darle.

—No hace falta —le dice—. Prefiero hablar con él yo. Por cierto, ¿alguien sabe dónde está Arques?

Le sorprende que el subinspector no haya llegado aún. Lo ha llamado al móvil un par de veces, pero aún no sabe nada de él.

—Ha ido a hablar con Vanesa Martínez, la amiga de Laura Navarro —aclara la agente Cristina Maiquez.

—De acuerdo, a ver qué nos cuenta luego. Por cierto, quería comentaros que ayer tuve una conversación con la anestesióloga que estuvo en las cesáreas que se practicaron a Paula y Laura. No ha podido decirme mucho; únicamente que tiene la sensación de que las dos chicas eran consumidores habituales de alguna sustancia. Como no se les hizo ningún tipo de test de tóxicos, no está segura, pero es lo que le pareció. Eso, junto a los testimonios de la vecina de Paula y del novio de Laura, que afirman que tanto la una como la otra no se ocupaban de sus hijos, nos puede orientar un poco en lo que podría ser el perfil de las víctimas. De momento, esto es lo único que sabemos que ambas mujeres tienen en común. Además, el símbolo celta hallado dentro de sus estómagos y obligado a tragar, según la forense, de forma violenta, podría hacernos suponer que el asesino trata de aleccionarlas de alguna forma. Si bien es cierto que los asesinos en serie no son tan frecuentes aquí como en otros países, de momento, no podemos descartar que estemos ante uno. La escena del crimen en ambos casos es demasiado elaborada y cargada de simbolismo como para que no haya más víctimas. Por tanto, debemos estar preparados para al menos un asesinato más.

Alvar observa la expresión de sus compañeros. Si los días previos vio bromas entre ellos y camaradería, hoy ve rostros serios y cansados. Sabe que su equipo está empleándose a fondo y también sabe que, al igual que a él, les preocupa no poder avanzar en la investigación. Cristina Maiquez tamborilea nerviosa con el bolígrafo sobre la mesa.

—Cristina, ¿tienes algo? —pregunta Alvar, tratando de sacar a su compañera de su ensimismamiento.

La agente pasa las hojas de su pequeña libreta apresuradamente antes de responder:

—Con respecto al tejido, tengo buenas noticias. El viernes por la tarde pude hablar con el encargado de la tienda de telas que os comenté y me dijo que, efectivamente, se trata de seda.

—Y la buena noticia es… —interrumpe Salgado.

Maiquez pone los ojos en blanco y continúa.

—La buena noticia es que está compuesta de seda, pero no de una cualquiera. Se trata de seda Dupioni.

—¿Y eso qué es? —pregunta Alvar.

—Es un tipo de seda que se suele usar para confeccionar ropa de ceremonia. Se caracteriza porque tiene una textura diferente, como con grumos o irregularidades, y porque se forma cuando dos gusanos de seda tejen sus capullos juntos, uniendo las fibras de forma natural…

Como una madre con su hijo, piensa Alvar.

—…al parecer es un tipo de seda bastante apreciado. Y bastante caro, claro.

—Vale, Cristina, todo eso está muy bien, pero sigo sin ver cuál es la buena noticia —vuelve a añadir Salgado.

Alvar hace un gesto a su compañera indicándole que continúe y que no haga caso de las desacertadas interrupciones de su compañero.

—La buena noticia es que, al tratarse de un género que no se vende habitualmente, el encargado de la tienda fue a consultar si habían tenido un pedido reciente de ese tejido. Y para nuestra suerte, alguien lo había encargado hace un año. Resulta que lo tenia anotado: lo encargó una tal María Martinez.

—Bueno —puntualiza Alvar, dirigiéndose a Cristina—, con ese nombre tan común… será muy difícil dar con esa mujer. De todos modos, intenta tirar de ese hilo, a ver si tuviéramos suerte. Por cierto —continúa— sigo necesitando que te reúnas conmigo cuando tengas un momento, para que me ayudes a terminar de concretar algunas cosas del perfil criminal.

Maiquez asiente y Alvar se pone en pie para dar por concluida la reunión.

—Bien, es todo por ahora. Volveremos a reunirnos esta tarde a primera hora. Gracias a todos.

Nadie diría que el hombre que Alvar tiene frente a él podría haber sido el responsable de las atrocidades cometidas con Paula Tosar y Laura Navarro. Nadie lo diría por su aspecto, desde luego. Aurelio Campos, el dueño de la furgoneta que fue vista en el lugar

donde encontraron el cuerpo sin vida de Paula Tosar, es un tipo normal de cincuenta y dos años, con cara afable, calvicie incipiente y complexión redondeada. Es el dueño, desde hace más de quince años, de un taller de chapa y pintura en la localidad Alicantina de Agost. No es ni guapo ni feo, ni alto ni bajo: en definitiva, un tipo normal. Sin embargo, Alvar sabe —y por desgracia, de sobra—, que las cosas no siempre son lo que parecen. No es la primera vez que envía a prisión a un desalmado con cara de no haber roto nunca un plato y con un curriculum intachable. No, el inspector sabe que nunca debe guiarse por el aspecto de un sospechoso.

El hombre está sentado en la pequeña mesa que hay en la sala de toma de declaraciones de la comisaría, con cara de estar llevándose el peor disgusto de su vida.

—Entonces, ¿usted sigue afirmando que no ha usado esa furgoneta en los últimos quince días?

—Ya se lo he dicho... una mujer me alquiló la furgoneta hace un par de semanas.

—Claro, y no sabe a quién, ¿verdad?

Aurelio Campos baja la mirada, como si lo que estuviese a punto de confesar fuese un pecado terrible.

—Mire inspector... hace tiempo que el negocio no va bien. Esa furgoneta tiene más de veinte años y llevaba ahí parada más de seis meses. Solo la movía por el pueblo de vez en cuando para ver si arrancaba. Decidí que podría alquilarla para sacar algo de dinero. Había escuchado que había gente que alquilaba sus vehículos a través de foros, sin contratos. Pones tu número de teléfono ahí y la gente interesada te contacta...

—¿Sabe que eso es ilegal, verdad? —puntualiza Alvar.

—Claro —responde el hombre, apesadumbrado—, pero como le he dicho, ese cacharro es un trasto viejo, no sé ni cómo arranca todavía. No podía ponerlo en ninguna página legal, ¿sabe? No podía arriesgarme a que me denunciaran... no tengo dinero para pagar una multa.

Aurelio Campos comienza a gimotear. Alvar le hace un gesto para animarle a continua; no le interesa que el testigo se cierre en banda. Cuando el hombre consigue serenarse, continúa:

—Hace unas dos semanas, una mujer me contactó por teléfono y me dijo que me la alquilaba durante un mes. Me ofrecía cuatro veces más de lo que yo pedía en el anuncio. Le dije que sí, claro, ¿cómo iba a negarme? Ya le he dicho que necesito el dinero. En fin... la mujer vino un día, pagó en efectivo, recogió la furgoneta y se marchó.

—Así que alquiló un vehículo con toda la documentación a su nombre, a una persona a la que no pidió ninguna identificación, sabiendo que esta podría cometer un acto delictivo con él —pregunta sorprendido Alvar.

El hombre vuelve a derrumbarse, apoya los codos en la mesa y hunde la cabeza en sus manos.

—No lo pensé —dice con voz ronca—. La había alquilado algunas veces hace años y nunca había tenido problemas, la verdad.

—Esté tranquilo, Aurelio, no vamos a denunciarle por eso —intenta calmarlo Alvar—. Vamos a centrarnos en la mujer que la alquiló. ¿Puede decirme algo sobre ella? Algo que pueda ayudarnos a identificarla.

—Pues no recuerdo mucho, la verdad...

—Haga memoria, es importante.

El hombre desvía la mirada y se queda pensativo durante unos instantes.

—Era una mujer joven, no sabría decirle la edad, pero seguro que menor de cincuenta. Una chica normal, alta y morena. Me parece que tenía el pelo oscuro y corto, pero la verdad es que no le vi bien la cara porque la llevaba tapada por unas gafas de sol grandes y oscuras y una gorra.

—¿Recuerda qué ropa vestía?

—Lo siento... de eso sí que no me acuerdo —Aurelio se lleva las manos a las sienes, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por recordar—. Creo que no iba muy arreglada, puede que fuera vestida con un chándal. Lo que sí recuerdo ahora es que llevaba mucho maquillaje; me fijé porque tenía los labios pintados de un rojo muy fuerte.

—¿Le dijo algo acerca de para qué quería la furgoneta? ¿O qué tipo de uso iba a darle?

Aurelio niega con la cabeza.

—Eso sí que no lo sé, pero me inspiró confianza, ¿sabe? Prácticamente no habló, y yo tampoco le pregunté porque recuerdo que ese día había tenido muchísimo trabajo, era tarde y estaba a punto de cerrar. Solamente quería marcharme a casa.

—Gracias —concluye Alvar—. Si no puede facilitarnos el número de teléfono que le contactó, vamos a pedir el historial de llamadas de su móvil. Por el momento eso es todo. De todos modos, no se marche lejos, por si tuviésemos que hablar de nuevo con usted.

Alvar le tiende un pedazo de papel con su número de teléfono y le pide que lo avise si recuerda algo más, o en caso de que la mujer que le alquiló el vehículo vuelva a ponerse en contacto con él.

Desde la mesa que ocupa en el Starbucks de la Rambla de Alicante, el inspector Alvar contempla el ir y venir de la gente. Suele colocarse en ese rincón, de espaldas a la barra y de frente a la ventana. Le gusta observar el gentío: unos, caminando apresurados, enfrascados en sus conversaciones telefónicas, preocupados por el trabajo, por llegar a recoger a sus hijos del colegio o por llegar a hacer la compra antes de que los supermercados cierren; otros, simplemente disfrutando de un paseo. Amigos, parejas de enamorados, adolescentes, familias con niños o gente haciendo turismo. Sabe que muchas personas aprecian la tranquilidad, la calma, pasar un rato a solas. No es su caso. Él, que pasó tantos años en casa haciendo lo que se le exigía, necesita jaleo y fiesta. Adora el bullicio. Le hace rememorar sus años en Nueva York, y ese pensamiento le lleva al recuerdo de por qué decidió convertirse en policía.

Al principio tardó en acostumbrase a la muchedumbre que habita en la ciudad que nunca duerme; le sobrecogía el ritmo frenético de esa ciudad en la que siempre había un sitio abierto, a cualquier hora del día y de la noche. ¡Tan hecho estaba él al orden londinense! Sin embargo, a los pocos meses de llegar, ya parecía un neoyorkino más. Quiso vivir en Manhattan. Lo que no aceptó,

aunque podía permitírselo, fue alquilar un apartamento en el Upper West Side, tal y como su madre sugirió debido a su bajo índice de delincuencia. Se negó y prefirió, en su lugar, apostar por una opción menos residencial, con más vida. Así que se hizo con un pequeño apartamento en Midtown. Tenía todo a su alcance, miles de cosas para hacer. El mundo a sus pies con solo veinte años. Sí, sabía que era un privilegiado y que no podría haber llevado esa vida sin la holgada posición económica de su familia, sin todo el dinero que su abuelo quiso que heredara y del que pudo disponer cuando cumplió los dieciocho años. Tampoco es que quisiera fundirlo todo, así que, al igual que hiciera en Londres, buscó un empleo. Comenzó a trabajar en una pizzería. No pagaban mucho, pero trabajaba casi siempre de noche y tenía la mayor parte del día para él. El local solo quedaba a un par de manzanas de su piso, así que podía ir caminando sin tener que usar el transporte público. La pizzería estaba cerca de una comisaría, y muchas noches el sitio se llenaba de polis que iban a tomar algo de pasta y unas cervezas. Sin quererlo, se acostumbro a sus conversaciones y poco a poco fue haciendo amistad con un par de inspectores de policía. David y Marcus, detectives de Homicidios, solían ir sobre todo, cuando tenían que hacer alguna guardia de noche. Y fue Marcus Rodriguez, precisamente, quien lo animó a ingresar en la policía. Una noche, cuando estaba cerrando el restaurante, Alvar pilló a un tío discutiendo con la que luego supo que era su novia. Aunque todo empezó como una riña entre enamorados en la que él la acusaba y ella le increpaba, poco a poco la cosa fue subiendo de tono y él empezó a empujarla. Cuando Alvar quiso darse cuenta, el tipo ya la tenía en el suelo y había sacado un arma. No lo pensó; si lo hubiese hecho, no se habría lanzado sobre él como un animal. En menos de dos segundos lo redujo y, con la mano que tenía libre, avisó a la policía. Cuando Marcus llegó, lo encontró en un banco cercano, fumando un cigarro tranquilamente.

—Mira —le dijo el detective—, puedes hacer lo que quieras con tu vida, por mí como si te quieres pasar los próximos veinte años sirviéndome porciones de pizza. Pero tú tienes madera de poli, y te lo digo yo que he entrenado a muchos. Ya me gustaría que algunos

de los inútiles que han entrado este año tuviesen la mitad de cojones que tú.

—No sería capaz de ver lo que tú ves a diario— respondió Alvar con sinceridad.

—Hazme caso, a todo se acostumbra uno. No sabes las cosas que puede llegar a tolerar el ser humano. Yo llevo veinte años en Homicidios y diría que he visto casi de todo. La primera vez querrás dejarlo, pero después acabarás enganchándote. Créeme, no hay nada que te haga soltar más adrenalina que encerrar a un cabrón de estos entre rejas. Eso sí, una cosa te digo: si tienes intención de ingresar en homicidios alguna vez, te recomiendo que antes de empezar en la policía estudies algo que pueda ayudarte, algo que te distinga del resto de policías.

—Empecé Derecho…

—Vale, chaval, no necesito que me cuentes por qué lo dejaste, entiendo que no te convenció por lo que sea. Otra opción es criminología; yo lo hice y me ha servido de mucho. Te permite acercarte un poco mas a la mente de esos capullos y, con un poco de suerte, quizá puedas adelantarte a ellos.

Ese día, cuando Alvar llegó a casa, se puso a buscar en Internet. Decidió, también, que había llegado el momento de regresar a España.

En menos de un mes ya había solicitado el ingreso en la Universidad de Salamanca para estudiar el grado de Criminología.

18

El subinspector Pablo Arques toca el timbre del único domicilio ubicado en la tercera planta de un antiguo edificio localizado en la calle Valle Inclán. Unos minutos después, escucha unos pasos y oye una voz tras la puerta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Vanesa Martinez?

—Soy yo. ¿Qué quiere?

—Soy el inspector Pablo Arques, de la Policía Nacional, ¿puede abrir, por favor? Vengo a hacerle unas preguntas.

La puerta se abre y aparece una mujer de unos veinticinco años, con pinta de estar recién levantada. Viste un pijama de Minnie Mouse y lleva el pelo, largo y negro como el azabache, recogido en un enorme moño alto. Por el rímel corrido y la cara de sueño, el subinspector intuye que la mujer no debe haberse acostado hace mucho.

—Pase, por favor. Ya me han dicho que vendría alguien de la policía, por lo de Laura…

Vanesa Martínez baja la mirada y respira hondo. Se nota que aún no ha asimilado la muerte de su amiga. Guía al subinspector a través de un estrecho pasillo hasta que llegan al diminuto salón donde apenas caben un par de butacas, un pequeño sofá y un minúsculo mueble sobre el que solo hay un televisor y algunos objetos de decoración.

Vanesa le hace un gesto para que se siente y Arques elige uno de los sillones.

—¿Quiere que le prepare un café? Aunque no tengo nada para comer…

—No se preocupe, he desayunado antes de venir.

Vanesa respira, aliviada.

—Verá —comienza Arques—, como ya le han dicho, vengo a hacerle unas preguntas en referencia a su amistad con Laura

Navarro. Como sabrá, fue encontrada muerta el viernes por la mañana.

El subinspector observa cómo la mirada de la mujer se tiñe de rabia.

—Pues dime en qué puedo ayudarte —lo interrumpe—. Dime qué necesitas saber. Haré todo lo que pueda para ayudar a coger a ese hijo de puta. Espero que lo pilléis... y que los demás presos lo maten en la cárcel.

—¿Desde cuándo sois amigas, Laura y tú?

—¡Desde siempre! Desde pequeñas. Fuimos hasta a la guardería juntas. A la Laura la conozco de toda la vida.

—¿Y a Juan Martínez Buendía? ¿También lo conoces de toda la vida?

—¿Al John, dices? —pregunta sorprendida—. Sí, claro, en este barrio nos conocemos todos. Es verdad que hasta que no empezó a salir con la Laura no había hablado mucho con él, pero vamos, que también lo conozco bien. Igual que a sus hermanos.

—¿Y la trataba bien? A Laura, me refiero.

Vanesa se pone a la defensiva.

—¡Pues claro que la trataba bien! ¿Qué estás insinuando? ¿Que la ha matado él? ¡Ni de coña! Tú no conoces al John —dice negando con la cabeza—. Ni tampoco a Laura.

—Pues para esto estoy aquí, para que me ayudes a conocerla.

La chica mira hacia un lado, nerviosa, como si dudase si debería o no contarle algo al subinspector.

—Mire... —dice finalmente—, la Laura era difícil de tratar. Bueno —se corrige—, en realidad lo que quiero decir es que…pues que tenía muy mala hostia. Nunca me pareció la típica tía que se deja maltratar.

—Te sorprenderías —la corta Arques—. Muchas veces las apariencias engañan.

—Ya, pero tu no los has visto juntos. Ni tampoco la conoces. Era muy buena tía, de verdad, tenía muy buen corazón. Eso sí, nunca le gustó que nadie le tocara las narices. Ya estuvo con un tío que intentó controlarla, y al final lo acabó dejando. Ella me lo contaba todo. Si le hubiese puesto la mano encima, yo lo sabría. El John es

un pintas, pero la quiere mucho... —se queda callada un instante—. La quería, quiero decir.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué me dices del niño?¿También se portaba bien con él?

—¿Del Leo? Bueno... se ocupa más su madre, la de John, quiero decir. Es un buen padre, pero claro, él solo pues lo tiene difícil con el trabajo y eso.

—¿Cómo que él solo? ¿Y Laura?

Vanesa baja la mirada, como si estuviese avergonzada de lo que va a contarle a continuación al subinspector.

—¡Ni de coña! Laura no se ha ocupado del crío nunca. ¡Ni el día en que nació! Ella no quería tenerlo, ¿sabe? —dice bajando la voz— Lo que pasa es que cuando se enteró del embarazo ya estaba casi de cinco meses y no pudo abortar. No te puedes imaginar el disgusto que se llevó... se tiró una semana llorando. John la apoyó bastante, no se movió de su lado desde ese momento hasta que nació el bebé. Por eso le digo que no lo creo capaz de hacerle daño.

—Está bien, me queda claro. Pasemos a otra cosa. Según el testimonio de John, Laura había quedado con usted la tarde del miércoles.

—No, conmigo no había quedado. Es que...

De repente, la mujer se calla y unas lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas.

—Por favor —la anima Arques—, necesito que me cuente todo lo que sepa. Aquí no hay respuestas correctas. Solo quiero que me diga la verdad. Así es como nos ayudará de verdad.

—De acuerdo... —concede—. Yo creo que estaba engañando al John. Ese día me dijo que le guardara el secreto, que mintiera por ella. Y no fue la primera vez. Llevaba un par de semanas viéndose con alguien, pero le juro que no tengo ni idea de quién era.

—¿Qué le contaba?

—¡Nada! ¡Se lo juro! Sólo me pedía que mintiera por ella. Me hacía prometer que, si el John me preguntaba, yo dijera que sí, que había quedado conmigo. Me dijo que me lo contaría todo...

El subinspector anota su número en una hoja de su pequeña libreta, la arranca y se la tiende.

—Está bien. Gracias por su colaboración. Llámeme si recuerda algo más, lo que sea. Aunque piense que puede ser una tontería... podría ser importante.

El inspector Javier Alvar espera, en su despacho, que den las cuatro y media: la hora a la que ha de reunirse de nuevo con todo el equipo. Toma un café mientras repasa sus notas. Es el rato que normalmente aprovecha para poner sus pensamientos en orden. Hoy, sin embargo, tiene la mente en otra parte: en el encuentro que tuvo con la doctora Aura Martín. Es esa, quizá, la manera que tiene de engañar a su cerebro. El mecanismo de defensa que ha desarrollado para borrar por unos minutos las imágenes terribles que tiene frente a él: Paula y Laura, las dos chicas torturadas y asesinadas a manos de una persona demente. O tal vez no tan demente, piensa. Quizá se trate de una persona totalmente cuerda pero con una maldad y una depravación sin límites. Alvar sabe que no todos los asesinos pueden ser incluidos dentro de los términos del trastorno mental. Por eso tiene cada vez menos fe en el ser humano.

Pensar en la doctora le permite disfrutar de unos minutos de paz. Le ayuda a pensar que no todo en el mundo ha de ser maldad y horror. No sabe por qué, pero pensar en ella le aporta calma. Nunca se ha sentido atraído por las mujeres vacías, al contrario, a él le gustan las mujeres inteligentes, independientes y con carácter. No es tan cínico como para decirse a sí mismo que la belleza no es importante. Claro que no. Pero no cree que pudiese estar mucho tiempo con una persona solo por su físico. De todos modos, no es el caso: Aura le pareció muy hermosa. Cuando la vio, con ese largo cabello castaño y esos hermosos ojos, pensó que no había visto nada tan impresionante en toda su vida. Con esa piel tan blanca parecía prácticamente un ángel. Lo pensó la primera vez que la vio, la noche que estaba tomando algo con Arques y lo confirmó la

segunda vez que sus miradas volvieron a cruzarse, la noche que la invitó a sentarse con él. Ella no accedió y él pensó que podría volver todas las noches al mismo sitio, solo para verla de nuevo. Lo que no esperaba, de ningún modo, era encontrarse con ella el día anterior. *Aura Martín. Doctora*. No supo qué decir y decidió actuar poniendo distancia, como si no la hubiese reconocido. Ella si lo reconoció. Está seguro.

Sabe que estuvo de más hacer hincapié en que el número de teléfono que le facilitó, por si recordaba algo más sobre las mujeres a las que anestesió, era el suyo personal. Sin embargo, ella no pareció percatarse; se comportaba como si no fuera conocedora del sentimiento que podía despertar en un hombre.

El sonido de su móvil lo saca de su ensimismamiento. Mira la pantalla: Pablo Arques.

—Dime, ¿alguna novedad?

Alvar ya empezaba a estar sorprendido por el silencio del subinspector.

—Pues he hablado con Vanesa Martínez, la amiga de Laura Navarro. ¿Estás ya en comisaría? Yo estoy llegando. Ahora te cuento.

Quince minutos después, el subinspector prepara un café en la cafetera Nespresso que compraron y que ubicaron en la sala de reuniones de la comisaría mientras pone a Alvar al día sobre su conversación con Vanesa.

—A ver... la chica no sabe nada del día que desapareció. Al parecer, Laura no había quedado con ella y, según su amiga, estaba viéndose con otra persona desde hacía un par de semanas. No tiene ni idea de quién puede ser, solo que lleva mintiendo por ella todo ese tiempo. En cuanto a su relación con el novio, me ha dicho que Laura podía desaparecer de casa sin que este la controlara. De todos modos, parece que prefirió ocultarle a donde iba.

—Entonces, está claro que se estaba viendo con alguien y que, probablemente, fue quien la mató —puntualiza Alvar.

—Sí, yo también lo creo. Ya te dije que cuando interrogué al chaval no me pareció que fuera de los que persiguen a sus novias. En fin —prosigue tras dar un largo sorbo a su café—, como te estaba diciendo, la amiga asegura que, aunque en un principio dijo

que había quedado con ella el miércoles por la tarde, en realidad ella no la vio, así que no ha podido darme más información con respecto a ese día. Lo que sí me ha contado, después de mucho insistir, es un poco lo que me dijo el novio: que Laura no era, precisamente, la madre del año, que no quería tener al bebé y que nunca se ocupó de él. Además, después de apretarle un poco, me ha confesado que tanto ella como Laura consumían bastantes drogas y que una vez incluso tuvo que acompañar a su amiga a urgencias porque no terminaba de despertarse de todas las pastillas que se había metido. En ese momento Laura estaba embarazada, por cierto.

Alvar consulta de nuevo su reloj: las cuatro y veinte. Se levanta de su silla y se acerca a la pizarra.

—Así que tenemos a dos madres que han tenido a sus hijos por cesárea —murmura Alvar, más para sí que para su amigo—, que consumían drogas y que no se ocupaban de ellos. Me imagino que de ahí lo del símbolo celta de la maternidad; es una ironía, representa lo que esas mujeres deberían haber sido y no fueron. Quienquiera que lo esté haciendo piensa que esas mujeres no son dignas de llamarse madres y por eso las ha castigado. Ese tiene que ser el nexo.

—Ya —conviene Arques—. Entonces estamos jodidos, porque, ¿qué sugieres que hagamos? ¿Que busquemos a todas las mujeres que, según ese loco, no cumplen los requisitos para ser buenas madres y les pongamos protección? ¡Sabes que eso es imposible!

—O loca —puntualiza Alvar—. Recuerda que, según el testimonio del propietario de la furgoneta, el vehículo lo alquiló una mujer. Pero no, tenemos que centrarnos en averiguar dónde las conoce. Seguramente, en el hospital.

—¿Quieres que interroguemos a todo el personal?

—Necesitamos elaborar una lista con todas las personas que atendieron a esas mujeres cuando dieron a luz, tanto en ginecología como en el quirófano. Vamos a empezar por ahí.

—De acuerdo —dice Arques—, luego me pongo con eso. O se lo pido a Salgado, seguro que estará encantado de hacerme el trabajo.

—Déjalo —Alvar niega con la cabeza—. Últimamente está más tranquilo. No quiero que empiece a tocarme los cojones de nuevo.

Por cierto, con respecto al dueño de la furgoneta, ya tenemos el registro de llamadas de su móvil. Pídele a alguien que rastree el número de teléfono de la mujer que le llamó. De todos modos, seguro que la llamada se hizo desde un móvil prepago. No creo que haya sido tan tonta como para llamar desde su móvil.

—Claro, se lo diré a Fernández. Por cierto, ¿hablaste con la anestesista? ¿Qué te dijo?

—Sí, me cité con ella ayer. Solo me confirmó que, efectivamente, fue ella quien estuvo en ambas cesáreas.

—¿Nada más?

—Lo que ya sospechábamos: que, según su experiencia, y por las altas dosis de anestésicos que necesitó para sedarlas, ambas mujeres debían ser consumidoras habituales de alguna droga. Al parecer, aunque no es lo habitual, tuvo que someterlas a una anestesia general porque estaban muy agitadas y no colaboraban.

Arques reflexiona unos instantes.

—Ese puto loco está castigando a las mujeres que, bajo su demente criterio, son malas madres. Y además quiere enseñarnos cuáles son las consecuencias, para que "aprendamos"— dice el subinspector negando con la cabeza—. Está jugando con nosotros. Cada vez tengo más claro que, si no conseguimos atraparlo, no se detendrá.

—Espero que te equivoques —sentencia Alvar.

—Yo también, pero creo que sabes tan bien como yo que esto solo acaba de empezar. Me temo que será un caso largo y difícil.

Plasencia, Cáceres. Octubre de 1996

Está feliz. Hoy es su dieciocho cumpleaños y lo va a celebrar con toda su clase. Ha sacado unas notas excelentes que le van a permitir elegir prácticamente cualquier carrera y en cualquier universidad. Por fin siente que su vida se ha encauzad; que podrá llevar una vida normal, que podrá ser feliz, como le prometieron cuando lo rescataron de ese agujero, de esa madre que nunca lo quiso. Hoy está muy contento. Dentro de unas horas será mayor de edad y nunca más tendrá que estar bajo la tutela de nadie. No sabe por qué pero ese pensamiento le hace sentirse poderoso.

Y ese sentimiento le da miedo. Tiene miedo de avivar la rabia que lleva tres años dormida.

Sus padres y su hermana mayor se han ido fuera a pasar el fin de semana. Sofía, su hermana menor, se está arreglando en la habitación de al lado. La escucha tararear una canción. Sólo tiene dieciséis años pero ya se ha convertido en toda una mujer. A veces, cuando la mira, no puede evitar sentir deseo. Por las noches, cuando se toca en la oscuridad, ella es la protagonista de todas sus fantasías. Sueña con desnudarla, con poseerla, a la fuerza, si fuera necesario. Sabe que no debe cruzar esa frontera. Sabe que solo es una niña. También sabe que podría echar a perder todo su futuro.

Pero no puede evitarlo.

Si sus padres lo conocieran de verdad, si supieran de qué puede ser capaz, no los habrían dejado solos. Si sospecharan los deseos que su hermana despierta en él, lo que piensa en hacerle cada vez que la ve, la protegerían.

Pero no lo han hecho.

Están solos en casa y ya no puede contenerse más. La oye cantar en la habitación de al lado. La imagina en ropa interior. La imagina bajo su

cuerpo. Casi puede sentir la suavidad de su piel.

Cuando, de golpe, entra en la habitación y la pilla vistiéndose, ella debe notar algo extraño en su mirada porque, casi de inmediato, comienza a gritar con todas sus fuerzas.

19

—¿Qué te pasa, amiga? —pregunta Susana—. Esta noche estás muy distraída. Más de lo normal, quiero decir. Te dije que tenías que desconectar del trabajo. ¿No lo tenías mejor esta semana?

Es lunes noche y el local está prácticamente vacío. Esa es precisamente una de las cosas que más le gusta a Aura de ese lugar, lo tranquilo que es. Es por eso que es el pub que con más frecuencia visita con su amiga Susana.

—Sí, no es eso — responde distraída.

Es cierto, esta semana Aura no tiene ninguna guardia, así que solo trabaja en el turno de mañanas. Eso significa que sobre las tres de la tarde, si no se complica nada en el quirófano, puede estar libre, lo cual supone una mejora considerable en su vida, le permite comer tranquila y echar una pequeña siesta antes de ir al gimnasio. Esta semana puede ir todas las tardes, así que Susana está encantada de tener alguien con quien ir tantos días seguidos. Aura sabe que su amiga también lo ha pasado mal, y aunque es cierto que es una optimista patológica, seguro que la procesión va por dentro. Cierto es que, desde que se está viendo con Loren, la cosa ha mejorado bastante, y su amiga parece estar de nuevo tan feliz como siempre. Sin embargo, le consta que ha estado varios meses con el ánimo regular, a pesar de que haya tratado de disimularlo. No está en la naturaleza de Susana preocupar a los demás con sus problemas. No, a ella siempre le ha gustado más escuchar a sus amigos y ayudarles. Cuando Aura estuvo jodida, Susana se volcó en atenciones con ella, pero lejos de mostrarle su agradecimiento, la alejó de su vida, y su amiga ni se enfadó por ello. Así de generosa es.

Hace unos minutos, Aura ha recibido una llamada de su compañera Toñi que le ha preguntado si le apetecía quedar con ella,

Moncho y Elena, para tomar algo, aprovechando que todos acababan de terminar su turno en el hospital. En lugar de molestarse por no pasar un rato a solas, Susana le ha dicho que perfecto, que cuantos más sean, mejor.

Lo dicho, la adora.

—La Tierra llamando a Aura —insiste Susana, divertida, antes de darle un largo trago a su cerveza—. A ver, si no es el trabajo, entonces ¿qué?

Aura baja la mirada, avergonzada.

—No es nada —y añade, bajando la voz—, es que ayer me llamó un inspector de policía para que le aclarase un par de cosas sobre un caso que están investigando.

Prefiere no darle más detalles. En realidad, el inspector no le aclaró qué cosas eran confidenciales y cuáles no, así que opta por no decir nada más.

—¿El de las dos mujeres que han aparecido asesinadas? —se interesa Susana, claramente más informada de lo que Aura pensaba—. ¿Por qué te han preguntado a ti?

—Quería que le aclarase algunos concepto médicos —miente.

Susana la mira con incredulidad.

—Oye, te conozco bien y te noto rara. ¿Hay algo que no me estás contando?

Aura niega con la mano, restándole importancia.

—¡Que no! Es solo que … lo de esas mujeres… me ha dejado mal cuerpo.

—Bueno, es normal. Es que es una salvajada. Pero, ¿estás bien o no? Si te pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

Aura guarda silencio. Luego, da un largo trago a su cerveza y finalmente dice:

—Es que … el inspector con el que hablé… resulta que es el tío que hemos visto un par de noches aquí.

—¡¿El que nos invitó la otra noche?! ¡¿Ese tío tan guapo?! —suelta Susana a gritos.

—¡Shhh! Sí, ese.

—¡Joder! ¡Qué coincidencia!, ¿no?

Aura asiente.

—¡¿Y?!

—Me dio su número y me dijo que le llamara, ya sabes, si recordaba algo más…

Susana suelta una carcajada.

—Bueno, amiga, es lo que suele decir la policía, ¿no? "Llámeme si recuerda algo más" —dice con voz teatral.

—Si, si, eso ya lo se —concede—. Es que había algo en la forma en la que lo dijo… no sé... me pareció que quería que le llamara.

—Y si es así, ¿hay algo de malo? Sé muy bien que no es tu estilo, pero invéntate una buena excusa y llámale. Estás tardando.

Aura escucha jaleo en la puerta, el sonido indiscutible de sus amigos: Toñi, Elena y Moncho.

—Buenas, doctorcita —grita Moncho a modo de saludo—. ¿Qué tal?

Aura les hace una señal con el brazo para que se acerquen y los tres se dirigen hacia la mesa que ocupa con Susana desde hace ya un rato.

—Hola chicos.

Tras las presentaciones pertinentes, y ya sentados y con las consumiciones sobre la mesa, Aura se interesa por cómo ha ido la jornada laboral de sus compañeros.

—Hoy no ha estado demasiado mal —dice Elena poniendo los ojos en blanco—. Hemos hecho un par de apendicitis y una fractura de tobillo. Un chico que se ha pegado una hostia con la bici.

—¡Ah!, por cierto —dice sonriendo Moncho—. Me ha dicho un pajarito que ayer un policía intentaba localizarte. ¿Hablaste con él al final?

Aura se queda de piedra. Sabe que en los hospitales, los servicios cerrados, como la UCI o quirófano, son lugares donde todo el mundo se conoce, y las noticias y los chismes vuelan, pero esto le parece de mal gusto.

—¿Quién os lo ha contado? —pregunta, sin poder ocultar su indignación.

—¡¿Quién va a ser?! ¡Menchor! —responde Toñi.

La chismosa de Sofía. A Aura le gustaría que, para variar, se metiera en sus asuntos que, por lo poco que sabe de ella —pues no

hace mucho que trabaja en el hospital—, no son pocos.

—Ya, quería consultarme unas cosas —responde Aura, inquieta por temor a que Susana descubra que no se lo ha contado todo antes.

—Pues Sofía nos ha dicho que era algo relacionado con el caso de *El Carnicero, c*on las dos mujeres que han aparecido asesinadas —puntualiza Elena.

Se hace el silencio en la mesa y Aura lanza una rápida mirada a Susana.

—¿Por eso quedaste con él? —pregunta esta sin parecer molesta en absoluto—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo siento —se excusa Aura—, no te lo he contado porque tampoco le he dado más importancia. Quería hablar conmigo porque resulta que yo las anestesié, hace no mucho, para una cesárea. Casualmente a las dos.

—¿Eres sospechosa, doctora? —pregunta Moncho, risueño— ¿Te han confiscado el pasaporte?

—Pues no, ¡listo! —responde Aura poniendo los ojos en blanco.

—Lo que está claro —intercede Toñi— es que lo que les han hecho a esas dos mujeres es horrible. Tengo un amigo periodista y me ha contado que los cuerpos estaban destrozados. Una salvajada, vamos. ¡Pobres mujeres!

—¿Has leído lo que dicen de ellas en las redes? —señala Moncho—. Por lo visto, según dicen, eran unas buenas piezas...

Toñi arruga la frente, espantada.

—¡¿Y qué?! —le grita—. ¿Acaso se merecían eso?¿Es eso lo que estás diciendo?

Moncho alza las manos pidiendo calma.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás gilipollas? —responde, visiblemente molesto—. ¿Cómo voy a estar diciendo yo eso? Solo te digo lo que he leído.

—¡Pues te callas! ¡Eso es lo que tienes que hacer! ¡Callarte! —insiste Toñi.

—¡Ya vale, chicos! —intercede Elena.

Aura sabe que su compañera intenta calmar los ánimos. Toñi y Moncho son muy buenos amigos, pero a veces y quizá por eso,

porque tienen tanta confianza, se enzarzan en unas discusiones que parece que vayan a llegar a las manos. Los dos son muy viscerales y a Elena casi siempre le toca interpretar el papel de mediadora.

—Ya sabéis también que a la gente le encanta opinar y mentir —continúa diciendo, conciliadora.

Toñi relaja el rostro.

—Lo siento, tienes razón, Elena —responde, visiblemente más calmada—. Es que... que hayan asesinado a esas mujeres y que encima la sociedad aproveche para echarles mierda... me pone de los nervios.

—Pues cálmate compañera, que todos pensamos lo mismo —zanja Moncho.

Dos horas después, Aura está recostada cómodamente en el sofá de su casa. Ha vuelto dando un paseo, se ha dado una ducha rápida, se ha puesto el pijama y ha dejado de fondo una serie de Netflix. Mientras revisa su cuenta de Instagram en busca de noticias sobre las dos mujeres asesinadas. En el fondo, tiene interés en encontrar esos comentarios sobre las chicas de los que Moncho les habló antes y que hicieron estallar a su compañera Toñi.

No le cuesta encontrarlos. Las noticias sobre *El Carnicero de Alicante* llenan las redes sociales desde hace días. También hay mucha información sobre las víctimas. En el caso de Paula Tosar, hay varias fotos de la chica —que Aura supone que tienen que haber sido filtradas por conocidos—, de fiesta, en bares y discotecas, junto con comentarios de todo tipo. Algunos se apiadan de ella y lamentan su terrible destino: "Pobre chica", "descansa en paz", "mis oraciones están contigo y con tu familia", "mucho amor y fuerza para esos hijos que deja huérfanos". Otros, se quejan de que aún en estos tiempos las mujeres sigan siendo víctimas de tales actos de violencia: "una ya no puede ni salir a la calle", "¿cuántas mujeres han sido asesinadas ya en lo que va de año?", "Tu lucha es mi lucha", "No estás sola".

Sin embargo, hay muchos más que la culpabilizan de su suerte. Aura puede leer frases del estilo: "si se hubiese quedado en casa cuidando de su familia no le habría pasado nada", "a mi los que de verdad me dan pena son los niños. Entre la madre que les ha tocado y ahora esto…", "los niños en casa y ella zorreando". Lo que más la entristece es que la mayoría de comentarios hirientes no proceden de hombres, sino de mujeres.

En el caso de Laura Navarro, las opiniones no son menos crueles. Frases del tipo: "con un bebé y ella de fiesta. Luego vienen los llantos" o "normal, es que con esas pintas con las que sale...", inundan también las redes sociales. Aura no puede creer lo que está leyendo. Aparta la mirada del móvil y se fija en la serie de televisión que tiene puesta, *Por trece razones*. Se la recomendó Susana. Por lo poco que ha podido ver hasta ahora, trata de un chico de dieciséis años que recibe un paquete con una serie de cintas de grabación que al parecer han sido enviadas por una compañera de clase que acaba de suicidarse y en las que irá explicándole las razones que la llevaron a acabar con su vida. *¿En qué momento el mundo se fue a la mierda?* piensa con amargura. Se alegra de no haber crecido bajo el yugo de las redes sociales. Sus sobrinos, sin embargo, sí lo sufrirán. A Aura siempre le ha preocupado el acoso escolar; quizá porque, hace tiempo, también ella fue víctima de él. Claro que siempre ha habido violencia en las aulas, pero eran otros tiempos. Antes, cuando salías del colegio o del instituto y te ibas a casa, ahí nadie podía hacerte daño. Era tu refugio. Ahora, el acoso puede continuar prácticamente las veinticuatro horas del día a través de las redes sociales. Y el mayor peligro de todos es que algunos adolescentes pueden llegar a sufrir tanto que llegan a pensar que no valen nada, que su vida no vale nada... y deciden poner fin a ella. Todo, seguramente, porque acaban sintiéndose tremendamente solos, porque no se les brinda el apoyo necesario. Sí, el suicidio infantil es un fracaso de nuestra sociedad, piensa Aura.

Se sorprende rememorando esa parte de su vida que ya creía superada, y de repente se encuentra pensando de nuevo en el inspector Javier Alvar. No imagina lo duro que debe de ser tener que enfrentarse cada día a casos tan horribles como el asesinato de esas

dos mujeres. Claro que supone que homicidios de ese tipo no serán habituales, pero aún así, ella no podría soportarlo. Recuerda que, cuando estaba haciendo las practicas de Medicina Legal y Forense durante sus estudios en la facultad, su profesor le pidió que la ayudara a realizar una autopsia. Se trataba de un hombre que se había quitado la vida con una soga. Aura se acercó al cadáver y, al verlo allí tumbado, aún con la ropa puesta y la cuerda rodeando su cuello, empezó a marearse. Tuvieron que acompañarla fuera. Nunca realizó esa autopsia... ni ninguna otra. Ella había elegido Medicina porque apostaba por la vida, no por la muerte. Su profesor se apiadó de ella y la acabó eximiendo de las prácticas.

No, definitivamente ella no podría desempeñar el trabajo de un inspector de policía. No podría convertir ese horror en un modo de ganarse la vida. Imagina, además, que un empleo así debe acabar pasando factura con el tiempo.

Observa sobre la pequeña mesa que hay al lado del sofá, el papel con el número de teléfono que Javier Alvar le dio cuando se reunieron en la cafetería la tarde anterior. Sabe que es muy tarde, y además, no es su estilo ser quien tome la iniciativa. Pero, por una vez, desoye lo que la razón le dice y decide seguir el consejo de su amiga Susana. Es lunes por la noche, y a pesar de que acaba de pasar un rato estupendo con sus amigos, se siente infinitamente sola. Percibe el mundo como un lugar terriblemente cruel. Con el riesgo de que no responda —y de que tampoco le devuelva la llamada—, Aura se arma de valor y marca el número del inspector.

Suenan un par de tonos. Está tentada de cortar la llamada cuando alguien descuelga el teléfono.

—¿Si? —responde una voz ronca.

Está convencida de que lo ha despertado y se arrepiente de inmediato. No sabe ni qué decir. No tiene ninguna excusa para haber llamado a esas horas. Debería haber pensado en algo creíble antes, algo que la eximiera de la culpa y en lo que pudiera ampararse para iniciar una conversación. Se reconviene por actuar de un modo tan impulsivo e impropio de ella. Se siente increíblemente estúpida.

La voz insiste:

—¿Diga?

—Hola —responde Aura por fin—. Inspector Alvar... soy Aura Martin. Nos vimos ayer por la tarde.

Aunque su intuición le dice que sí, en el fondo teme que no la recuerde.

—Sí , claro. ¿Sucede algo?

Aura no sabe qué responder. Piensa rápido, tratando de inventar algo. Finalmente, se decide por ser sincera.

—Espero no haberle despertado.

—No, tranquila. Aún estoy trabajando.

Se hace un silencio incómodo en el que ella querría morirse. Finalmente, el inspector habla:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no pasa nada... —confiesa—. Es que, bueno... no podía dormir, y yo había pensado que quizá…

Silencio al otro lado del teléfono. Aura siente que, en cualquier momento, él va a soltarle una bordería, un corte. Además, con toda la razón, por lo inapropiado de la llamada a esas horas.

—... yo... ¿sabe qué? Ya hablaremos en otra ocasión. Siento haberle molestado —dice al fin, optando por una retirada a tiempo.

Está a punto de colgar cuando la voz firme y decidida del inspector la detiene:

—Mándeme su ubicación. La recojo en quince minutos.

No le ha mentido en absoluto. En quince minutos ,Javier Alvar detiene su coche frente al portal donde Aura lleva ya unos instantes esperando. Con los nervios y las prisas, solo ha acertado a ponerse un chándal cómodo y unas zapatillas, lleva la cara lavada y el pelo recogido en una sencilla cola alta. El inspector, vestido de traje, está impecable.

—Lo siento —se disculpa Aura, señalando su atuendo—. Estaba a punto de irme a la cama.

Alvar la mira de arriba a abajo.

—Yo no he dicho nada —le responde con una sonrisa, levantando las manos en señal de rendición—. Es mi ropa de trabajo —dice señalando su traje—. Yo aún no me había cambiado ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

A Aura le da vergüenza admitir que, en ese preciso momento, iría con él hasta el fin del mundo, tal es la fuerza que la atrae hacia el inspector. También se fija en que él ha comenzado a tutearla y se sorprende al ver lo directo que parece. Si el inspector está tan nervioso como ella, lo disimula bien.

—Pues no, la verdad. No lo había pensado…

—Es lunes, no creo que haya muchos sitios abiertos a esta hora. Pero tengo un amigo que abrió un local hace no mucho, está cerca de aquí. Podemos ver si aún está abierto.

En menos de diez minutos, Alvar sostiene las llaves del local que su amigo estaba a punto de cerrar. Pasan por debajo de la persiana a medio cerrar y, una vez dentro, Aura se sienta en uno de los taburetes que hay en la barra mientras Alvar pasa al otro lado y se dispone a preparar la infusión que ella le ha pedido. Lo observa trajinar de un lado a otro, con bastante soltura. La forma en que se desenvuelve tras la barra contrasta con la sobriedad y elegancia de su aspecto. A ella le resulta curiosa esa disparidad. Ya no está nerviosa, y aunque se considera una mujer independiente que nunca ha necesitado a ningún hombre a su lado, estar junto a él la hace sentirse extrañamente segura. Es una sensación completamente nueva para ella.

—Cualquiera diría que llevas trabajando aquí toda la vida —le dice, mostrando una sonrisa franca.

—Antes me dedicaba a esto —responde él, con una sonrisa traviesa, mientras enciende la máquina de café—. Pero seguro que no me has llamado para que te cuente mi currículum, ¿verdad?

Aura sabe que le toca mover a ella y trata de sacar un tema de conversación. Lo ha hecho salir de casa pasada la medianoche y no estaría mal que le diera una mínima explicación.

—Yo... no sabía si ibas a contestar al teléfono... —dice ella titubeando.

—Yo siempre contesto —responde, clavándole la mirada—. A cualquier hora. Siempre.

—Ya, yo... estaba en casa, leyendo en las redes las cosas horribles que han escrito sobre esas mujeres que han sido asesinadas. Pensando en que no hace mucho las tuve en quirófano.

No sé.. de repente me ha parecido que el mundo es un sito muy jodido y me ha dado la sensación de que a lo mejor tú eras la única persona que podía comprenderlo. De todos modos, quería pedirte disculpas por la hora. Esto es totalmente inapropiado.

Alvar da un trago a su café, luego pasa al otro lado de la barra y se sienta al lado de Aura.

—Ya te he dicho que no te preocupes por eso —dice, bajando la voz—. Yo me acuesto siempre muy tarde, y más aún si tengo trabajo. Estaba repasando algunas cosas cuando has llamado.

Ella se queda callada por un momento. A pesar de que él no aparta la mirada de ella, esa sensación le gusta, no la incomoda en absoluto.

—Me imagino —dice al fin— que debe costarte mucho trabajo dormir por las noches, con las cosas tan espantosas que ves en tu trabajo. Me refiero a que debe ser muy duro, sobre todo cuando no puedas cerrar un caso.

Alvar guarda silencio unos instantes, meditando la respuesta.

—Eso es cierto —dice, pensativo—, pero tampoco creo que tu trabajo sea fácil. Supongo que también tendrás que enfrentarte a situaciones desagradable., además del estrés que debe suponer tener la vida de alguien en tus manos. Siempre he respetado mucho tu profesión, la labor que hacéis. Yo sería incapaz de hacer lo que tu haces. Pero —añade —, respondiendo a tu pregunta, tienes razón, no puedo. Me cuesta bastante dormir. Intento poner cierta distancia, pero a veces es difícil. Sabes... resulta complicado no llevarse trabajo a casa y que este no te afecte. Sí, es posible que en este oficio veamos el lado más oscuro del ser humano.

Aura asiente con la cabeza. Entiende al inspector pues, también a ella, le cuesta mucho no pensar en el trabajo cuando está de descanso. Es una persona muy reflexiva, y eso, aunque bueno en su especialidad, la hace cuestionarse prácticamente cada decisión que toma con más frecuencia de lo que a ella le gustaría.

Por un instante los dos se quedan en silencio, como si estuvieran midiéndose el uno al otro, como si ambos estuvieran pensando lo mismo: que podrían complementarse.

—¿No te preguntas si esto que estamos haciendo ahora está fuera de lugar? —dice Aura, cambiando de tema.

—No me pregunto eso en absoluto —responde él, tajante, mientras le sostiene la mirada.

Esa penetrante mirada.

—¿Te encuentras mejor? ¿Estás más tranquila —añade, mirándola de arriba a abajo.

Aura vuelve a asentir con la cabeza. Da un largo sorbo a la infusión que el inspector le sirvió, y que ya empieza a enfriarse. Alvar apura su café y se levanta dispuesto a prepararse otro.

—¿Cuánto café has tomado hoy? —pregunta ella, arqueando las cejas

Alvar se encoge de hombros.

—No lo sé, doctora. ¿Diez?

Aura abre los ojos como platos.

—¡¿Diez?!

—Bien, era eso o fumar como un descosido —responde, mientras afloja su corbata —. He optado por lo menos malo, creo.

—Supongo que necesitas estar despierto el mayor tiempo posible, dadas las circunstancias —dice ella sonriendo—. También yo he tenido épocas de pasarme bastante con el café. Últimamente estoy tratando de tomar menos porque me cuesta mucho conciliar el sueño. Pero bueno, tampoco estamos aquí para hablar de eso...

—Y, ¿para qué estamos aquí, entonces, doctora? —dice, rozándole disimuladamente la mano mientras la mira con una sonrisa maliciosa.

Ella trata de cambiar de tema. De repente, empieza a darle miedo que la cosa se ponga más seria.

—¿Cómo va la investigación? —dice apartando la mirada, avergonzada—. Si te está permitido hablar de ello, claro...

La expresión del rostro del inspector se transforma. Pasa al otro lado de la barra, se quita la chaqueta, la corbata, se desabrocha el cuello de la camisa y se remanga. Después vuelve a tomar asiento al lado de Aura.

—No lo sé —dice, inclinándose hacia ella—. Tenemos algunas lineas de investigación, pero si te soy sincero... estamos muy verdes

aún. Estamos trabajando con la hipótesis de que quien lo hizo debe tener conocimientos médicos. Te aviso de que, a lo largo de los próximos días, interrogaremos a todo el personal hospitalario que tuvo contacto con esas mujeres mientras estuvieron ingresadas —baja la mirada un instante—. Eso también te incluye a ti.

—Por supuesto. Ayudaré en todo lo que pueda. Y si necesitas que volvamos a hablar... bueno, quiero decir... que no dudes en llamarme.

Pasan el resto de la noche hablando. Cuando miran el reloj, son casi las seis de la mañana. Fuera del local, en la calle, ya se escuchan los sonidos propios del despertar de la ciudad. Ninguno quiere irse a casa. Ambos tienen la extraña sensación de que solo llevan unos pocos minutos hablando.

El inspector lleva a Aura de vuelta a casa en un trayecto que los dos hacen en silencio, tristes por tener que despedirse. El inspector se apea del coche, le abre la puerta y la ayuda a bajar. Cuando están en el portal, se inclina y le dice al oído:

—Si no me hubieses llamado tu, lo habría hecho yo. Gracias por esta noche.

Después la besa en la frente y se despide, caballeroso.

—Buenos días, doctora.

Aura se queda inmóvil en el portal, viendo cómo el coche se aleja, y sintiendo, por primera vez en su vida y sin saber cómo, una sensación de felicidad completa.

20

Alicante, martes 24 de octubre de 2023

Aurora contempla el mar a su derecha mientras camina apresuradamente de vuelta a casa por el paseo que da acceso al parque de El Palmeral. Hoy, sin querer, se le ha hecho tarde. Como cada mañana, desde que su médico le diagnóstico sobrepeso leve, acostumbra a salir sobre las siete, cuando sus hijos aún están durmiendo y su marido —que ya se ha levantado y se ha dado una ducha rápida—, prepara el desayuno que luego tomaran los dos juntos. Ese suele ser el único momento del día en que pueden disfrutar de unos minutos de tranquilidad antes de que el resto de la familia se levante y comience la vorágine que supone la preparación para ir al colegio.

Sabe que debe llegar antes de las ocho y cuarto como máximo, porque esa es la hora a la que su marido sale habitualmente hacia la oficina del banco donde trabaja desde hace ya quince años. Consulta su reloj: las ocho menos cinco. No llegará a tiempo a menos que apriete aún más el paso.

El paseo que Aurora prácticamente recorre corriendo se ha convertido desde hace varios años en un lugar habitualmente frecuentado por paseantes y aficionados al *running*. Se trata de un sitio normalmente tranquilo que, al ser casi totalmente llano y estar cerca del mar, ofrece las condiciones idóneas para dar una relajante caminata o practicar algún deporte.

Está a punto de llegar al final de la vía, preparada para girar a la izquierda y enfilar la cuesta que la llevará a la urbanización en la que vive, cuando, cerca de la última entrada al parque, bajo el pequeño puente de madera que debe cruzar y que da acceso al mismo, observa a una mujer tirada en el suelo a la que no recuerda haber visto antes, cuando pasó en dirección contraria. Es cierto que

entonces estaba más oscuro y pudo no reparar en su presencia, pero le sorprende no haberse dado cuenta. Al principio, lo primero en lo que piensa es en que debe tratarse de alguien que ha tenido que pasar la noche allí, a la intemperie. *Pobre gente*, piensa con tristeza. En Alicante, en estas fechas, aún no hace demasiado frío pero sabe que el invierno no tardará en llegar.

Sin embargo, a medida que se va aproximando se da cuenta de que hay algo raro en la postura del cuerpo, y detiene el paso para acercarse, curiosa a la vez que preocupada por la mujer.

Entonces la ve.

Y se da cuenta de que hoy, por más que quiera, no podrá llevar a sus hijos al colegio.

Javier Alvar no se ha acostado, pero tampoco está cansado ni tiene sueño. Más bien se siente eufórico. Ha llegado a casa y, tras darse una ducha rápida —y desoyendo las recomendaciones de Aura—, se ha tomado otro café. Es la primera vez en su vida que pasa toda la noche hablando con una mujer sin intentar llevársela a la cama. Ni se lo insinuó. La noche pasó volando; cuando ambos quisieron darse cuenta ya era la hora a la que solían levantarse para ir al trabajo. Siente una leve punzada de culpabilidad al haberse permitido olvidar, aunque solo por unas horas, la investigación.

Llega a comisaría pasadas las ocho y media. Pasa por el despacho de Urriaga, que ya está al teléfono, y tras saludarlo escuetamente con la mano, se dirige a la sala de reuniones, donde ya lo están esperando Arques y Salgado, enfrascados en una animada discusión sobre el partido de la noche anterior.

—¿Qué? ?¿Alguna novedad? —pregunta Alvar a modo de saludo.

Sus compañeros se vuelven hacia él, terminan de coger los cafés que acaban de preparar en la máquina y se dirigen a la mesa para tomar asiento.

—Ayer por la tarde estuve en el registro del domicilio de Laura Navarro —comienza el subinspector Arques—. No tengo mucho que contar, la verdad. No encontramos nada fuera de lo común, excepto una gran cantidad de pastillas para dormir en su dormitorio —se detiene para consultar su libreta—, *Trankimazin. V*arias cajas. Eso

viene a confirmar el testimonio de su novio, quien ya dijo en su declaración que Laura llevaba tiempo enganchada a esa medicación.

Alvar asiente y le hace un gesto con la mano para que continúe.

—Por lo demás, nada que la relacionase con otra persona. Si, como afirma su amiga, Laura estaba viendo a otra persona, en su casa no hemos encontrado ninguna prueba de ello. Por supuesto estamos a la espera del registro de llamadas; en principio estará hoy.

—Gracias —dice el inspector.

—¡Ah! —añade el subinspector— Aquí tienes lo que me pediste —dice tendiéndole una hoja de papel—; la lista completa de todo el personal que tuvo relación con las víctimas cuando estuvieron ingresadas por el nacimiento de sus hijos. Como puedes ver, es bastante larga. Ya lo he puesto en marcha: tenemos a varios agentes en el hospital tomando declaraciones.

Fernández y Maiquez entran en la sala pidiendo con la mirada disculpas por el retraso. Alvar los anima a que tomen asiento.

—Perfecto. ¿Habéis podido averiguar algo más sobre Paula Tosar? —pregunta, mirando a todos.

Es Salgado el primero en hablar.

—Anoche me di una vuelta por un par de pubs que no quedan lejos de su casa y un par de tíos me dijeron que la conocían, que habían estado en su casa y tal, pero me dieron a entender que no tenían una relación demasiado seria con ella. Los dos con los que hablé coinciden en que no querían ataduras porque ella tenía varios hijos, y que solo quedaban de forma bastante esporádica para salir de fiesta y divertirse. En fin, unas joyas. En cuanto a su perfil en las redes sociales, pues más o menos del estilo del de Laura Navarro: muchas fotos de fiesta con amigas y poco más.

—¿Y el encargado del supermercado? —pregunta Alvar— ¿Ha dicho algo?

—Cuando finamente pude hablar con el —responde Fernández—, tampoco me contó gran cosa. Me dijo que Paula no era precisamente la empleada del año. Dice que solía darle problemas porque era una persona muy impuntual: llegaba tarde con relativa frecuencia y, en más de una ocasión, hasta se olvidó de que tenía

turno y tuvo que ser su jefe el que abrió el negocio. También me contó que últimamente estaba bastante harto de ella ,pero que, por la situación familiar que tenía —con los cuatro hijos y tal—, le daba bastante pena y por eso no la había despedido. Lo único que recuerda de ella, eso sí, es que no solía nombrar a los niños casi nunca. Dice que todas las empleadas con hijos que ha tenido siempre le han acabado planteando problemas con los turnos por el tema de la conciliación y eso. Paula no era así. Al parecer nunca tuvo inconveniente en hacer los turnos de noche ni tampoco le pidió nunca horas libres ni permisos para llevar a los niños al pediatra ni otras cosas por el estilo. Eso le sorprendió. Según él, daba la impresión de que Paula no se ocupaba mucho de las criaturas. Se comportaba como si no tuviera hijos.

Alvar se recuesta en su silla, pensativo.

—De acuerdo. Me parece que estamos dando vueltas sobre lo mismo todo el tiempo, pero la verdad es que aún no tenemos nada —se masajea las sienes con las manos—. ¿Y respecto al registro de llamadas del dueño de la furgoneta? ¿Tenemos algo?

Fernández hace un gesto de negación con la cabeza.

—Nada —dice—. Hay un número que el propietario no puede identificar y que, por la fecha en la que se realizó la llamada, podría corresponder con la mujer que llamó para alquilar la furgoneta. Pero, como ya suponíamos, fue realizada desde un tarjeta prepago. Podríamos seguir por ahí, pero creo que malgastaríamos un tiempo que no tenemos.

—Entonces deberíamos seguir la pista de la tela —dice Alvar.

Cristina Maiquez se encoge de hombros.

—Pues mal vamos, porque yo tampoco tengo nada —responde apesadumbrada—. Como ya imaginaba cuando vi los datos que el empleado de la tienda tenía apuntado en su libreta de encargos, el nombre de la persona que realizó el encargo es demasiado común como para rastrearlo. Hay cientos de coincidencias para ese nombre y ese apellido. Sabéis tan bien como yo que tardaríamos una eternidad en comprobarlos todos.

Alvar se levanta y se dirige a la pizarra del fondo de la sala. Poco a poco va tachando las posibles vías de investigación que ahora

considera que no les van a conducir a ninguna parte. Cuando acaba, solo queda una opción. Vuelve a la mesa y toma asiento.

—De momento, creo que debemos centrar todas nuestras fuerzas en interrogar a todo el personal de esa lista —dice señalando el folio que antes le dio Arques y donde figuran los nombres de todos los trabajadores del hospital que tuvieron contacto con Paula Tosar y Laura Navarro—. Para empezar, y con el objetivo de agilizar, deberíamos dividirla en dos grupos: personal del área de quirófano y personal de ginecología. Después ya veremos si es necesario hacer más grupos. Va a ser un trabajo largo, pues la lista es extensa...

El inspector es interrumpido de repente por el sonido de su móvil.

—Es Urriaga —dice.

Habla solo durante unos segundos y, cuando cuelga, se vuelve hacia su equipo y dice:

—Acaban de encontrar a otra mujer.

Los inspectores Javier Alvar y Pablo Arques llegan al parque de El Palmeral en menos de quince minutos. Aparcan en batería, a solo unos metros de donde se encuentra el primer cordón policial, y se apean del vehículo.

Un joven agente, con cara de emoción, los espera a un par de metros. *Esto debe ser lo más interesante que ha visto el pobre hasta la fecha*, piensa Alvar.

—Buenos días, inspectores —les saluda mientras ellos pasan por debajo del cordón policial—. La forense ya está en camino. No hemos tocado nada; estamos esperando a que llegue Científica.

Los inspectores caminan los pocos pasos que los separan del pequeño puente de madera. Sobre él se detienen para contemplar a la tercera víctima. Como en los dos casos anteriores, la escena es espeluznante.

La mujer, a simple vista también muy joven, está apoyada contra un pequeño muro de piedra, bajo el puente. Tiene las piernas extendidas y parcialmente abiertas, y sus brazos, estirados a ambos lados del torso, descansan con las palmas hacia arriba. La postura, extrañamente serena, contrasta con la brutalidad de la herida que presenta en el tórax. Tiene el pecho abierto en canal. Una víscera —Alvar supone que debe ser el corazón—, puede observarse parcialmente, a través de la herida. Igual que en el caso de Laura, la chica está completamente desnuda y cubierta de sangre. Solo lleva una cinta blanca en el pelo, a modo de adorno, muy similar a la que llevaba Paula cuando la encontraron. No obstante, hay algo distinto que llama la atención de los inspectores: en esta ocasión, al lado de la mujer está su bolso. Javier se pone unos guantes y lo recoge. Rebusca en su interior y encuentra la cartera con el DNI de la chica. Elena Santos Pereiro, nacida el diecinueve de julio de 1998. Se lo muestra a Arques, quien le hace una foto con su teléfono móvil. A continuación, introduce la documentación en una bolsa, y se la entrega junto a la cartera y el bolso, al agente que aún no se ha despegado de su lado.

—Esto es para Criminalística —le indica—. Asegúrate de que no se pierda.

El agente, también provisto de guantes, guarda a su vez el bolso y la cartera en bolsas y, cogiendo todo como si se tratara del bien mas precisado que jamás podría tener entre sus manos, se aleja en dirección al grupo de agentes de la Científica.

Alvar se aleja unos metros de la víctima. Hay algo que siempre lo ha ayudado a entender mejor la escena de un crimen: observarla unos minutos desde lejos.

Arques se acerca y señala hacia la zona del aparcamiento.

—Acaba de llegar Sara —dice.

Observan a la doctora Colmenar bajar de su coche y dirigirse a ellos.

—Buenos días —saluda ella—. Voy a echar un vistazo rápido y ahora os digo.

Unos instantes después regresa junto a los inspectores con el gesto serio.

—Bueno —dice cruzándose de brazos—, voy a ponerme ya con ella en cuanto la trasladen. De momento lo que os puedo decir es que murió hace menos de veinticuatro horas y que la causa de la muerte, con alta probabilidad y como en los casos anteriores, se debió a la intensa hemorragia que le provocó la toracotomía. Me refiero a la herida que tiene en el tórax —aclara— En este caso creo que todos tenemos bastante claro que la víscera que está prácticamente fuera del pecho es el corazón. Podré daros detalles más concretos en cuanto acabe. Venid a verme a mediodía; espero haber terminado para entonces.

—Te lo agradezco —responde Alvar.

Tres horas más tarde, Alvar y Arques están sentados en el despacho de la doctora Sara Colmenar.

—Veamos —comienza la forense—. Como en los dos casos anteriores, la causa final de la muerte fue el shock hipovolémico provocado por la intensa hemorragia debida, en este caso, a la toracotomía.

—Ya, la herida en el pecho — puntualiza Arques.

—Correcto.

—¿También estaba con vida cuando se la practicaron? —pregunta Alvar, frotándose la barbilla.

—Sí. Sabemos que una lesión ha sido provocada antes de la muerte porque, en tal caso, en el interior de la herida puede observarse hemorragia. También porque hay signos de coagulación y edema alrededor. Todos estos signos estaban presentes en las heridas que presentaban las tres víctimas. Puedo confirmaros que en todos los casos las mujeres estaban vivas cuando se realizaron los cortes.

Sara se detiene unos segundos para comprobar que los inspectores entienden lo que les está explicando.

—Sin embargo —continúa—, sí que he encontrado algo diferente esta vez. Aunque ya os he dicho que estaba viva, no creo que estuviera consciente.

Alvar apoya los antebrazos sobre la mesa y se inclina hacia Sara.

—La sedó —afirma Alvar.

Sara asiente.

—Y bastante, además. Es lo que dictamina el informe del análisis toxicológico. Eso me cuadra porque no creo que nadie pudiera soportar el dolor que provoca una lesión así sin desmayarse. Pero, de lo que sí fue completamente consciente es de los reiterados intentos por tragar el trozo de seda, como en las anteriores víctimas. Las lesiones en el esófago demuestran que también debió costarle tragarlo, y eso, claro está, no pudo hacerlo estando inconsciente.

—Así que primero la torturó y luego la sedó —concluye Arques, más para si mismo que para el resto.

—Sí —responde Sara—. Es la hipótesis más plausible.

—¿Con qué la sedaron? —pregunta Alvar.

—Con Ketamina.

—¿No es una droga de abuso? ¿Puede que la consumiera ella voluntariamente?

Sara niega con la cabeza.

—Eso es poco probable. Es cierto que la ketamina, por sus propiedades como agente alucinógeno, se vende en el mercado negro. Pero las dosis que se emplearon fueron altas, por tanto, no creo que haya sido administrada por alguien que no tuviera cierto conocimiento acerca de ella.

—No te sigo —dice Arques.

Sara le sonríe tratando de pedirle disculpas por volver a ser demasiado técnica.

—La ketamina es un fármaco con propiedades muy buenas e interesantes... pero en las manos adecuadas.

—Explícate, por favor —le pide Alvar.

—Para empezar, permite mantener la ventilación espontánea: es decir, puedes tener muy sedado a alguien pero respirando por sí mismo, sin necesidad de tener que conectarlo a un respirador. Además es muy estable desde el punto de vista cardiovascular. Como os digo, en las manos adecuadas, es un fármaco muy bueno con amplio uso en la actualidad.

Alvar tamborilea con los dedos sobre la mesa, intranquilo.

—Dime, Sara... si tuvieras que apostar por alguien, ¿quién crees que puede ser ahora mismo la persona que mejor conoce el manejo de esta sustancia?

Sara se pone derecha y con mucha decisión le responde:

—En eso no tengo ninguna duda, inspector. La persona que mejor puede conocer el uso de la ketamina es un anestesista.

Alvar se remueve incómodo en su asiento. Automáticamente piensa en Aura. Necesita hablar con ella cuanto antes.

—Gracias, Sara. ¿Algo más que creas que pueda sernos de ayuda?

—Sí, una última cosa —dice ella, con gesto firme—. Las características de la herida en el tórax sugieren que fue hecha con

una sierra mecánica quirúrgica. La apertura del tórax fue realizada con cuidado y no de forma deliberada. Estoy convencida de que usaron una sierra quirúrgica, como las que emplean en cirugía torácica o cardiaca para operar. Inspectores, con esto quiero decirles que deberían considerar seriamente a alguien con conocimientos médicos avanzados o que tenga acceso a material quirúrgico. Su asesino o sabe bien lo que hace... o está aprendiendo con cada víctima.

—¿Qué opinas? —pregunta Alvar, cuando salen a la calle.

—Que tenías toda la razón —responde Arques—. Hemos estado muy perdidos. Deberíamos hacer otra visita al hospital inmediatamente.

Madrid, junio de 2000

Esa noche tuvo que salir corriendo. Metió lo que pudo en una mochila y se marchó a casa de un amigo. Volvió a casa al día siguiente. Sus padres ya estaban allí y, por sus caras cuando lo vieron entrar, adivinó que Sofía ya les había contado todo. Esa perra se había chivado sin importarle la verdad: que al final no pasó nada, que solo intentó tocarla y ella se puso hecha una furia.

Por lo visto, los llamó cinco minutos después de que él se marchara. Intentó defenderse, por supuesto que trató de que lo creyeran. Alegó que no pasó nada, que solo intentó tocarla, besarla. Les dijo que sus intenciones eran buenas, que estaba enamorado de ella y que, si lo aceptaban, la cuidaría y protegería para siempre. Que sería su niña.

Lo echaron de casa. Al menos tuvieron la deferencia de darle dinero suficiente para un mes, para que pudiera largarse y empezar en otro lugar. A cambio le pidieron que no volviera a poner los pies en esa casa, ni por supuesto acercarse a ninguna de sus hijas. Obviamente también le prohibieron contactar con la familia. Le dijeron que, si lo hacía, si volvía a cruzarse en sus caminos, emplearían todos sus medios para que acabara en la cárcel, o al menos para que tuviera antecedentes penales.

Cambió de ciudad y buscó un trabajo como camarero en un bar. Fue muy duro tener que enfrentarse a la soledad de nuevo.

Un año después, había ahorrado suficiente como para poder empezar a estudiar. Tenía aptitudes para ello y no quería pasarse la vida sirviendo menús baratos en un bar de mala muerte. No, el quería hacer algo grande.

Contra todo pronóstico, la universidad no le resultó tan estimulante como siempre había imaginado. Los años pasaron rápido, eso sí: no le

costó nada aprobar todas las asignaturas. Pero la universidad lo decepcionó inmensamente.

Sostiene una copa mientras mira fijamente a la chica que atiende tras la barra. Hoy, por fin, se ha graduado. Tras la cena a la que ha asistido con todos sus compañeros de promoción, ha terminado en ese bareto cutre cerca de su casa. La chica le devuelve la mirada. Cree que tiene posibilidades con ella así que se acerca y la invita a tomar algo en su casa. Ella acepta. Cuando llegan a casa, él se abalanza sobre ella. Al principio, a ella parece gustarle todo los que él le hace, así que continua con más violencia. Pronto, ella empieza a empujarle y a gritarle que pare.

Pero es tarde: la rabia , que cada vez está mas presente en su vida y en su carácter, ya se ha apoderado de él por completo.

21

Aura está sentada frente al monitor de la máquina de anestesia. Esta mañana no podrá ausentarse del quirófano ni un minuto, ni siquiera para ir al baño o para sacarse un café de la máquina. Y vaya si lo necesita.

Cuando el inspector Alvar la dejó en su casa, hace solo un rato, no tuvo tiempo ni para darse una ducha. Preparó un café con leche —que tomó mientras se cambiaba de ropa y preparaba su bolso del trabajo—, y salió de casa con el tiempo justo para llegar al hospital tan solo diez minutos más tarde de lo habitual en ella.

Y no, no podrá salir ni a tomar una Coca-Cola que la termine de despejar. Su paciente, un chico de veintiún años que sufrió un politraumatismo a causa de una caída en moto, está bastante inestable y no le da tregua. La fractura de fémur que los traumatólogos han empezado a intervenir hace apenas una hora está sangrando mucho, y Aura ya ha tenido que transfundirle cuatro bolsas de sangre y una de plasma. Tiene al chico intubado y conectado a ventilación mecánica, pero el pobre lo está tolerando regular. Aura acaba de cogerle una vía central, por si tiene que administrar le algún fármaco más.

Elena, quien hoy la ayuda en quirófano, parece adivinar sus pensamientos, porque se acerca:

—¿Cómo está el chico? —pregunta, visiblemente preocupada por el paciente.

—Nada, no remonta. Sigue bastante hipotenso y con la frecuencia cardíaca disparada.

—¿Quieres que prepare algo más?

—Sí, por favor —responde Aura, agradecida—. Vamos a tener que ponerle Noradrenalina para subirle ta tensión arterial. Cárgate dos viales en cien mililitros de suero glucosado. Yo voy a llamar a la

UCI para comprobar que tengan camas libres, porque a este chico no lo voy a poder extubar. Me sabe mal, pero tendrá que subir dormido.

Aura se prepara para sacar unos gases arteriales al chico y comprobar así como está su hemoglobina después de la transfusión, cuando Federico, el celador de urgencias, entra en el quirófano.

—Aura, ¿puedes salir un momento? —pregunta—. Te buscan unos hombres. Están fuera, en la sala de espera de los pacientes.

Ante la urgencia con la que su compañero le ha pedido que salga y sospechando quiénes pueden ser esos hombres, Aura llama a otra anestesista para que la sustituya en el quirófano. Tras darle el relevo, sale. Encuentra a Javier Alvar y a su compañero tratando de sacar un café de la máquina.

—Ese café es malísimo —dice a modo de saludo mientras camina hacia ellos—. Pasad dentro si queréis y os traigo uno de los míos. Tengo cápsulas en la taquilla.

Aura los guía a través de la sala donde esperan los familiares de los pacientes que están en quirófano. La doctora teclea un código y la puerta que da acceso al bloque quirúrgico se abre. Los inspectores la siguen unos pocos metros más hasta que ella se detiene delante de otra puerta más pequeña, con una raya roja pintada en el suelo. A su izquierda hay una sala muy pequeña, con una mesa y un par de sillas, que es utilizada habitualmente por los cirujanos para informar a los acompañantes acerca del transcurso de las cirugías.

—Lo siento, pero a partir de ahí —dice Aura, señalando la línea roja del suelo— ya no se puede pasar vestido de calle. Tendríais que cambiaros. Podéis pasar a esta otra sala —apunta hacia la estancia anexa— y sentaros si queréis. Esperad un momento, vuelvo enseguida.

Los inspectores aguardan mientras contemplan el ir y venir de decenas de personas vestidas con un idéntico pijama de color verde. Unos minutos después, Aura regresa con dos tazas de café humeante, que ellos agradecen con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Tras tomar asiento frente a ellos, pregunta:

—¿En qué puedo ayudarles?

—Doctora Martín, gracias por atendernos — dice Alvar—. Este —dice señalando a su compañero— es el subinspector Pablo Arques. Queríamos hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

Alvar no la tutea. Todo lo contrario: la trata como si no la conociera. Está trabajando y no debe distraerse con nada, piensa Aura. Además, lo más seguro es que su compañero no esté al tanto de lo que pasó entre el inspector y ella la noche anterior. Por supuesto, Aura no puede estar más de acuerdo: ambos están en sus puestos de trabajo y deben comportarse con la mayor profesionalidad.

—Claro, lo que necesiten —responde, irguiéndose en la silla.

—Antes de nada —comienza Arques—, quiero que sepa que esto que vamos a contarle es absolutamente confidencial. Mi compañero ya estuvo hablando con usted el otro día con respecto a las dos mujeres asesinadas a las que usted anestesió.

Aura intercambia una rápida mirada con Alvar y asiente.

—Ha aparecido otra víctima —dice Alvar, bajando la voz.

La doctora cierra los ojos en señal de consternación.

—Dios mío... —acierta a decir.

Alvar le deja unos instantes y continúa:

—Sí. En este caso le han abierto el tórax. La autopsia ha confirmado que también a esta mujer se le practicó una cesárea hace menos de seis meses. Aunque estamos casi seguros de que fue aquí, nos gustaría que comprobase si se realizó en este centro y en qué fecha.

Ella coge uno de los folios que hay sobre la mesa y se dispone a anotar.

—Dígame su nombre y apellidos, o numero de tarjeta sanitaria, y se lo digo ahora mismo.

Tras tomar nota, la doctora desaparece durante unos minutos. Cuando regresa, entrega al inspector Alvar una nota donde ha apuntado los datos que ha considerado más relevantes.

—En efecto —dice—, se realizó una cesárea, aunque programada. Quiero decir que no se practicó de urgencia. Tuvo lugar el uno de agosto, hace poco más de dos meses. He revisado la hoja de anestesia y, en este caso, no fui yo quien la anestesió, fue una

compañera. Ahora les doy su numero por si quieren hablar con ella. De todos modos, les puedo adelantar que el motivo por el que se realizó la cesárea fue por alto riesgo de la paciente, quien era consumidora habitual de drogas y alcohol.

Los inspectores permanecen en silencio y Aura, pensando que tal vez ha sido demasiado técnica en su explicación, se apresura a aclarar lo que acaba de decirles.

—Es habitual que se practique una cesárea en estos casos. Forma parte de las guías y protocolos que seguimos los facultativos. Una manera de unificar criterios. Cuando hay riesgo, por el motivo que sea, de que el parto no acabe bien, se procede a realizar una cesárea. Como les digo, es bastante frecuente.

Alvar apoya los brazos en la mesa, acercándose a Aura.

—De acuerdo —dice—. Puesto que usted estuvo en las cesáreas de las dos primeras víctimas y ya está al corriente de la investigación, necesito que hable con todos los adjuntos del servicio de Ginecología, incluida la jefa de servicio, para que colaboren con nosotros elaborando una lista de todas las mujeres embarazadas adictas a las drogas que hayan dado a luz en los últimos tres meses o estén por hacerlo.

Alvar se detiene por un instante y clava su mirada en la de Aura, que asiente.

—Otra cosa que queríamos preguntarle —dice el subinspector Arques, tomando la palabra— es por el uso de la ketamina. Sabemos que, como anestesióloga, debe conocer su manejo de sobra.

Arques cruza rápidamente la mirada con la de su compañero. Ella se percata de ello y, de repente, no sabe bien por qué, pero se siente muy incómoda.

—Claro. La ketamina es un fármaco que empleamos con mucha frecuencia.¿Qué necesitan saber exactamente?

—Todo lo que pueda contarnos —la anima Arques.

—Pues... tiene algunas ventajas con respecto a otros fármacos. Por ejemplo, es muy buena para sedaciones relativamente profundas en las que no quieres que el paciente deje de ventilar. Es decir, con esta sustancia, el paciente puede estar respirando por sí mimo.

Además, es muy estable desde el punto de vista cardiovascular, por lo tanto es muy buena para pacientes con patología cardíaca. Se usa mucho en este tipo de cirugías. Y también en niños.

—O en el hipotético caso de que quisieras abrirle el tórax a alguien sin necesidad de tener que conectarlo a ventilación mecánica... —puntualiza Alvar.

—Pues... sí —responde Aura, sorprendida por los conocimientos del inspector—. Aunque, como se imaginará, siempre hay que individualizar cada caso. Pero en principio sí, sería un buen fármaco.

—¿Y cómo se consigue? —se interesa Arques—. ¿Es difícil?

—¿Se refiere a cómo se consigue aquí, en el hospital?

Arques asiente.

—Pues la verdad es que no es un fármaco que este bajo llave. En realidad, no hay mucho control sobre la ketamina. Me sorprende bastante, porque es una sustancia que tiene mucha salida en el mercado ilegal, pero ya les digo que no es difícil conseguirlo aquí. En cada quirófano hay una especie de mueble con toda la medicación que los anestesistas solemos emplear, clasificada en pequeños cajones. Hay uno para la ketamina.

Alvar observa a la doctora hablar: sus gestos, la expresión de su cara. Por la experiencia que el inspector ha adquirido a través de los años y durante sus estudios de criminología, nada le hace sospechar que la mujer que tiene frente a él haya podido ser la responsable de los tres crímenes. Es cierto que, por su profesión, posee todos los conocimientos sobre farmacología, anatomía e instrumental quirúrgico que podrían señalarla, al menos, como sospechosa. Por no decir también que tuvo contacto con dos de las tres víctimas. Sin embargo, Alvar no cree que ella tuviera la fuerza suficiente para trasladar a las mujeres al lugar donde fueron encontradas... a menos, claro, que no estuviese actuando sola.

No. Aunque Alvar todavía no ha terminado de concretar el perfil del asesino, sabe que Aura no termina de encajar en él. Es cierto que, según el testimonio de Manuel —el dueño de la furgoneta vista cerca del lugar donde fue hallada Laura Navarro—, la persona que la alquiló era una mujer. Sin embargo, el inspector nunca ha descartado que el asesino fuese disfrazado, como apuntaría el hecho

de que fuera muy maquillada, con la cara cubierta, y de que prácticamente no dijera una palabra cuando fue a recoger el vehículo.

No, Alvar no está pensando en Aura. Pero tiene la intuición de que el asesino debe ser alguien de su entorno. Presiente que están más cerca de lo que piensan y que, por tanto, no deben perder ni un minuto. Los interrogatorios a todo el personal —que Arques le facilitó en una lista unas pocas horas antes— ya han comenzado, pero por el momento los agentes encargados no han encontrado nada sospechoso.

De repente suena el móvil del subinspector Arques. Este mira la pantalla, se la muestra a Alvar y él le hace un gesto con la mano para que conteste. Su compañero se dirige a la puerta mientras responde a la llamada y sale.

Cuando se quedan solos, Alvar relaja la expresión de su rostro y, en un tono mucho más natural, se inclina en la mesa para acercarse a Aura y dice:

—Lamento los formalismos, pero en mi trabajo no puedo permitirme ninguna distracción. Estoy aquí por motivos estrictamente profesionales.

—Por supuesto —responde ella, alejándose un poco de él.

El inspector debe haberse dado cuenta de la distancia que ha puesto entre ambos, porque, tomándola de la mano, se apresura a añadir:

—Aún así, quiero decirte que lo pasé muy bien anoche... y que espero, egoístamente, que vuelvas a tener otra de esas noches en las que no quieres estar sola para que vuelvas a llamarme.

Arques irrumpe en la sala y le pide a su compañero que lo acompañe fuera.

—Acaban de terminar con el registro en el domicilio de Elena Santos —dice el subinspector—. Salgado dice que aquello parecía una pocilga. Han encontrado agujas, jeringas y varias cajas de medicamentos. Cree que son somníferos, aunque está pendiente de confirmación. Además, Fernández ha podido hablar con el marido, Ricardo Colomo, que estaba en el domicilio cuando han acudido los primeros agentes. No sabía nada de la desaparición. Al parecer

había tenido una discusión con Elena la mañana del día anterior y no la veía desde entonces. No había denunciado la desaparición porque, según él, esa era la dinámica de su matrimonio: cuando discutían, ella solía salir a pillar droga y aparecía a los pocos días sin darle muchas explicaciones. Tienen un bebé de cuatro meses, que estaba con Ricardo en el momento en que le tomaban declaración. Dice que Elena no se ocupaba del niño y que la mayor parte del tiempo estaba con sus padres. Tiene una coartada bastante sólida, pero de todos modos Salgado ha decidido retenerlo unas horas por si queríamos hablar con él.

—Bueno —dice Alvar sin poder ocultar su decepción—, pues un poco más de lo mismo, ¿no? Otra mujer que, al parecer no se ocupaba de su hijo y que presenta una adicción a las drogas.

—Maiquez ha ido a hablar con los padres de Elena —añade Arques—. Dice que no se hablaban con ella desde hace dos años. Incluso le ha parecido que respiraban tranquilos cuando les ha informado del fallecimiento de su hija. A saber lo que les habrá hecho padecer. Maiquez dice que en los últimos meses lo único que sabían de Elena era a través de Ricardo, su marido, cuando les dejaba al niño para que se lo cuidaran.

Los inspectores regresan a la sala donde les espera Aura.

—Volviendo a la Ketamina —dice Alvar, retomando la conversación—. ¿Es posible averiguar si ha desaparecido alguna unidad en los últimos meses? ¿Si ha habido un consumo de este fármaco mayor de lo habitual?

—Por supuesto —responde Aura—. Hablaré con la supervisora de enfermería para ver cómo llevan ellas el registro de fármacos —Aura toma aire y continúa—. ¿Sospechan que el asesino puede haber robado ese fármaco en un hospital?

Alvar y Arques intercambian una mirada. Es el subinspector quien responde:

—De momento no descartamos nada—dice secamente—. La llamaremos si necesitamos saber algo más. Gracias por su tiempo.

—¡Ah! —añade—. Una cosa más. Por favor, trate de averiguar si ha desaparecido parte de instrumental médico.

—¿De qué clase? —pregunta Aura, extrañada.

—De la clase que uno emplearía en una intervención quirúrgica. Es muy importante.

Aura los acompaña fuera del bloque quirúrgico y los ve desaparecer en dirección al ascensor.

Una hora más tarde, cuando Aura ya tiene estabilizado al chico que están operando, recibe la llamada de Alvar.

—Hola, doctora —dice él, con un tono mucho más parecido al de la noche anterior—. Quería saber si puedo invitarte a un café esta tarde.

Aura tenía previsto ir al gimnasio.

Sabe que no va a ir.

Han quedado en una cafetería en el centro, cerca de la comisaría. Alvar ha insistido en pasar por su casa a recogerla, pero ella le ha dicho que prefería ir caminando.

Cuando Aura llega, él ya la está esperando en la barra, tomando un café. Al verla entrar, una preciosa sonrisa —que deja ver un par de hoyuelos— ilumina su rostro. A ella le parece increíble que, sin haber dormido, esté tan atractivo. No se ha afeitado, es verdad, pero esa barba incipiente le sienta de maravilla. Va, como siempre, impecablemente vestido; no es que sea una experta en moda, ni mucho menos, pero le da la impresión de que el traje que lleva debe costar una fortuna.

Alvar la acompaña a una mesa y la ayuda a acomodarse. Aura no sabe dónde habrá aprendido el inspector esos modales tan caballerosos, y aunque se declara una feminista irrefutable, lo cierto es que le gusta cómo la hace sentir.

Pasan un rato hablando sobre lo bien que lo pasaron la noche anterior y sobre cómo han afrontado la mañana sin haber dormido. Luego, la conversación deriva casi sin querer hacia los avances en la investigación.

—Creo que se nos está escapando algo importante —acaba por confesar Alvar.

Aura lo mira pensativa.

—¿Qué hay del trozo de tela con ese símbolo grabado? Parece algo muy significativo, ¿no te parece? Está claro que el asesino está intentado deciros algo.

A Alvar le gustaría decirle que sí, que está totalmente de acuerdo con ella, pero lo cierto es que esa vía de investigación está muerta ahora mismo, no han podido averiguar nada en ese sentido.

—Teníamos una buena pista —le dice, apesadumbrado—, y habíamos llegado a conseguir un nombre, pero es tan común que no es suficiente para tirar de ese hilo. Si pudiéramos localizar la furgoneta… si te digo la verdad, creo que estamos estancados. Y este maldito dolor de cabeza… —Alvar se lleva las manos a las sienes, masajeándolas.

—Llevas noches sin dormir —le dice, con tono dulce—. Si quieres, puedo recetarte algo. Hay medicación que, empleada solo en momentos de necesidad y siempre sin abusar, puede ayudar a relajarte. Muchas veces, el insomnio es un síntoma de ansiedad.

Alvar niega con la cabeza.

—No, gracias. No quiero estar drogado; necesito estar al cien por cien.

—No hablo de drogarte —aclara ella—, sino de tomar algo de forma puntual que te ayude a descansar. Tampoco creo que estés al cien por cien sin dormir. No sé si sabes que la falta de sueño puede llevar a muchas patologías... por no hablar de que puedes acabar matándote con el coche.

—¿Estás preocupada por eso? —le dice con picardía.

Aura siente cómo se está poniendo roja por momentos y se queda callada. Finalmente, el inspector, que no ha dejado de mirarla fijamente y parece divertirse con la repentina timidez de Aura, decide echarle un cable.

—No te preocupes —dice, conciliador, mientras consulta su reloj —Tengo que volver a comisaría.

Cuando Aura sale de la cafetería, se da cuenta de que, a pesar de lo que creía esta mañana, no está nada cansada. Decide pasarse por casa de Susana para verla un rato. De camino, no puede parar de pensar en la conversación que tuvo con los inspectores esa misma mañana en el hospital. Tan pronto como se hubieron marchado, subió a la planta de Ginecología para hablar con la jefa de servicio. Pensó que esta le pondría problemas por ser ella quien se lo pedía y no la policía, pero se encontró con una grata sorpresa: Nieves Caballero le aseguró que se pondría a elaborar la lista con los nombres cuanto antes y que, además, hablaría con los jefes de otros departamentos para intentar que fuera lo más extensa posible.

Camina por las calles otoñales de Alicante, cruzándose con unos y con otros, mientras sigue cavilando sobre la Ketamina y sobre esas pobres chicas, a las que han quitado la vida de esa manera tan brutal. No puede evitar sentir cómo se le pone la carne de gallina. Le han pedido que consulte también si han echado en falta instrumental médico, quirúrgico concretamente. *¿Acaso están pensando que ese monstruo ha estado merodeando por el hospital?* Está claro que lo piensan. Alvar ya le dijo que el asesino o asesina podía tener conocimientos médicos, por eso sus compañeras le han dicho que durante la mañana han visto a un montón de agentes merodeando por allí. Tal y como el inspector le adelantó, procederán a interrogar a todo el personal que mantuvo algún tipo de contacto con las mujeres asesinadas; deben estar hablando con todo el mundo. Ese pensamiento la lleva a otro mucho más oscuro y del que quiere huir: *¿puede ese loco haberse cruzado con ella? ¿Pueden, incluso, haber trabajado juntos?* Un escalofrío recorre su espalda.

Cuando llega a casa de Susana, la encuentra recién llegada del gimnasio y con una sonrisa de oreja a oreja. El optimismo de su amiga la ayuda a alejar todos los pensamientos negativos que ha ido acumulando durante el día. Estar con ella siempre ha sido el remedio perfecto para los días malos. Aura le cuenta lo sucedido con el inspector, toman una cerveza y hasta tienen tiempo para ver una película juntas. Después, a pesar de las insistencias de su amiga para que se quede a cenar en su casa, ella decide que es hora de irse y recuperar el sueño perdido la noche anterior.

A las ocho, cuando ya camina en dirección a casa, recibe una llamada de la supervisora de enfermería del bloque quirúrgico. Sus temores acaban de confirmarse. Cuelga y llama inmediatamente al inspector Alvar, quien , como le prometió, contesta casi al instante.

—Javier —dice, con voz temblorosa—, acaban de confirmarme que hace una semana echaron en falta una sierra y parte del instrumental que constituye la caja de laparotomía... es el tipo de material empleado para abrir el abdomen.

Panticosa, Huesca. Marzo de 2003

Ahora vive en otro lugar. Es un sitio hermoso y, sobre todo, tranquilo. Un lugar perfecto para empezar de cero. También ha cambiado de nombre y de aspecto. Tuvo que hacerlo. Por esa zorra. Quería burlarse de él. Por eso acabó con ella.

Otra mujer dispuesta a traicionarlo. Piensa que todavía no se ha cruzado con ninguna buena. Para él, son todas iguales: unas guarras manipuladoras. Si no quería nada con él, ¿por qué accedió a acompañarlo a casa? ¿Acaso no sabía qué iba a pasar? ¿Tan ingenua era?

No quería matarla, esa es la verdad. Sólo iban a ser un par de golpes, para que aprendiera que no se debe jugar con los hombres, para que le entrara en la cabeza que hay que respetarlos. Pero la muy imbécil se fue a la cocina, cogió un cuchillo e intentó atacarlo. ¿Acaso pensaba que iba a matarla? ¡Pobre estúpida!

No quería matarla. Intentó que soltara el cuchillo, intentó explicarle cómo debería mostrar respeto a un hombre.

No hubo manera. Por eso él tuvo que defenderse y ahora ella está muerta.

Deshacerse del cadáver no fue tan difícil como pensó en un principio. Le sorprendió cómo todo fue saliendo casi sin pensarlo, con una naturalidad pasmosa. Como si fuera una cosa innata en él, como si llevara preparándose para eso toda la vida.

Ni siquiera se puso nervioso. Tampoco lo ahuyentó la sangre. Con toda la calma, la llevó lejos y, en la montaña, cavó un hoyo profundo y la enterró. No tenía familia ni pareja, así que tardaron demasiado tiempo en echarla de menos.

22

Alicante, miércoles 25 de octubre de 2023

Son las ocho de la mañana y el inspector Alvar dirige la primera reunión del día con su equipo. Lo hace con todo el aplomo del que es capaz; presiente que por fin está llevando la investigación por donde corresponde. Ahora es el momento de ser agresivos. Tiene que motivar a sus compañeros para que le respondan: esa fue una de las mejores lecciones que aprendió cuando se estaba formando como detective. El trabajo en equipo es crucial.

—Estamos buscando a un hombre de entre treinta y cuarenta y cinco años de edad —Alvar habla mirando a todos y cada uno de los presentes— con un nivel intelectual alto y conocimientos médicos o anatómicos. No parece que elija a sus víctimas al azar, y es muy posible que, debido a las tendencias ritualistas de sus crímenes, tenga una personalidad obsesiva-compulsiva, desarrollada por algún tipo de trauma relacionado con su madre o la mujer que lo crió y condicionó su infancia. La forma en que mata, muestra indicios de una personalidad profundamente traumatizada. El vientre abierto que presentaban las mujeres, junto con el símbolo celta de la maternidad que les hace tragar, podría estar revelando una relación abusiva con una mujer, seguramente la madre. Hago hincapié en esto porque es muy importante que comprendamos que es bastante probable que el asesino sufriera un abandono o una relación de maltrato, físico o no, por parte de una mujer que debería haberlo cuidado y no lo hizo. Esta hipótesis se apoya también en el hecho de que las tres mujeres eran adictas a alguna droga, lo que también las llevaba a descuidar a sus hijos. Ese es, seguramente, el motivo por el que el asesino las eligió.

—¿Quieres decir que está tratando de darnos algún tipo de lección? —pregunta Salgado y, por primera vez, a Alvar le parece que está realmente interesado en lo que él pueda responderle.

—Eso creo, sí. Trata de decirnos cómo debe ser una buena madre y nos muestra las consecuencias de no serlo.

De repente, la puerta de la sala de reuniones se abre y aparece Urriaga, que saluda con una inclinación de cabeza y se queda de pie al lado de la puerta. Hace a Alvar un gesto con la mano para que continúe.

—El hombre al que buscamos —prosigue— no se detendrá, pues suponemos que tiene una visión distorsionada de la moral que lo lleva a pensar que con estos crímenes está haciendo un bien al mundo. Sí, creo que está tratando de aleccionarnos. Pero la buena noticia es que precisamente esta arrogancia será la que, tarde o temprano, acabara por hacerle cometer un error. Y eso, compañeros, es lo que tenemos que aprovechar.

Urriaga mira con cara de aprobación al inspector. Alvar da un largo sorbo a su café y le hace una señal con la mano a Cristina Maiquez para que continúe.

—En cuanto a las víctimas... —comienza ella, visiblemente nerviosa por la presencia de Urriaga—, todas son mujeres jóvenes cuyo nexo es que, según los informantes, no cuidaban bien a sus hijos y se drogaban. Laura Navarro, de hecho, había manifestado abiertamente que no deseaba ser madre. Creemos que *El Carnicero,* como ha sido bautizado por la prensa, tras un contacto inicial con ellas, las ha estado siguiendo y estudiando. Otra hipótesis que barajamos es que ya las conociera de antes. En resumen, y como ya ha comentado Alvar, el hombre al que buscamos es metódico pero, sobre todo, es muy paciente. Y precisamente por eso no se detendrá jamás. Si queremos atraparle vamos a tener que ser extremadamente exhaustivos.

David Urriaga cruza la sala y toma asiento. Tiene una expresión triste en su rostro, como si estuviera profundamente abatido.

—Buenos días —dice—. Acaban de informarme de que ya se ha interrogado a casi todo el personal que, según la lista facilitada en el hospital, ha estado relacionado de algún modo con las víctimas

durante su paso por el hospital. Lamento decir que, por el momento, no tenemos ningún sospechoso. En el caso de Elena Santos, la tercera víctima, ya han interrogado a varios testigos y nadie parece saber nada. Tampoco se encontraron huellas en la escena del crimen; únicamente su documentación.

Alvar escucha con atención lo que ya de sobra llevaba sospechando desde hace un par de días: por ahora, lo único que pueden hacer es continuar con los interrogatorios. Algo se les está escapando. Tiene la firme convicción de que están pasando algo por alto. Cuando acabe la reunión, volverá a acercarse al hospital.

Suena el teléfono de Arques. Cuando cuelga, mira a Alvar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Han encontrado la furgoneta cerca de Murcia.

Alvar observa el viejo cobertizo al que han llegado, a duras penas, gracias a la ubicación compartida por uno de los agentes. No le extraña que no lo hayan encontrado antes. Al inspector le parece que están en el culo del mundo. La pedanía de La Murta, aunque solo se encuentra a veinte kilómetros del centro de la ciudad de Murcia, cuenta solamente con noventa y cinco habitantes, lo que le convierte en el lugar con menos población de la provincia.

El cobertizo se localiza a cinco kilómetros del centro urbano y a unos trescientos metros de la carretera más cercana. Saliendo de esta, y para poder llegar donde están ahora, han tenido que circular por un camino sin asfaltar por donde, desde luego, nadie conduciría un coche recién sacado del concesionario.

El lugar perfecto para hacer desaparecer algo... o a alguien, piensa con rabia el inspector.

La estructura —a la que Alvar calcula más de 50 años—, está prácticamente embebida por la maleza que la rodea. Está fabricada a base de ladrillos que debieron ser colocados con prisas o por alguien con pocos conocimientos de albañilería. Los huecos que dejaron al construirla, están tapados con planchas metálicas clavadas. El tejado, hecho de uralita es lo único que parece haber resistido bien al paso del tiempo.

El exterior del cobertizo está repleto de matorrales. Hay hierba, larga y salvaje, por todas partes. También hay zonas de terreno pedregoso sobre el que pueden verse marcas de neumáticos, lo que indicaría que no ha tenido que pasar demasiado tiempo desde la última vez que alguien lo visitó. La puerta, que parece que pudiera romperse en cualquier momento, está oxidada casi por completo. Está abierta para facilitar la entrada y salida del personal de la policía científica, que ha llegado antes que los inspectores.

Un agente se acerca para informarles:

—Un vecino ha sido quien ha avisado —les dice—. Se ve que el hombre suele pasar con cierta frecuencia por esta carretera secundaria. Siempre ha pensado que el cobertizo estaba abandonado porque ya no se acuerda de la última vez que vio a

alguien por aquí. Pero ya llevaba varios días viendo movimientos, así que esta mañana se ha acercado para echar un vistazo. Dice que no vio nada, pero ante la duda de si alguien estaba haciendo algo ilegal dentro, se ha decidido a llamar a la policía.

—¿Se sabe ya quién es el propietario? —pregunta Arques.

—Sí, Roberto Alcaraz Bernal —dice orgulloso el agente, por resultar de utilidad—. Unos compañeros ya han ido a su domicilio. Está en camino, pero aún tardará porque viene desde Valencia, es ahí donde vive.

—No —responde Alvar con actitud reprobatoria—. Que lo lleven a comisaría; de momento, es el principal sospechoso.

El agente se marcha cabizbajo, y los inspectores se disponen a entrar.

El improvisado garaje huele a rancio y a humedad. El suelo está prácticamente cubierto de aceite y hay tornillos y restos de herramientas por todas partes. En las paredes, que parecen a punto de caerse, hay colgadas viejas herramientas de modo desordenado. A la derecha, pegada a la pared, hay una mesa llena de papeles viejos y un par de bandejas con algunos instrumentos —que a Alvar le parece que pueden ser quirúrgicos—, y que, con casi total seguridad, han sido los empleados para torturar y asesinar a las chicas. A la izquierda, también junto a la pared, hay una mesa, más pequeña y baja que la que ha visto a la derecha, con restos de una hamburguesa y una botella de agua. Bajo la mesa hay un cubo y una manta hecha harapos. Frente a los inspectores, justo en el centro del garaje, está aparcada la furgoneta. Sí, Alvar no tiene ninguna duda de que esta es la guarida del asesino, el lugar donde se cometieron los crímenes.

Se acercan para observar el vehículo con detenimiento, a pesar de que los agentes de la policía científica aún está terminado de recoger muestras y tomar las fotografías pertinentes. Hay restos de sangre por todas partes; este ha tenido que ser el método de transporte empleado por el asesino para trasladar a las víctimas. Sin embargo, no pueden atribuirse el mérito en absoluto. Este golpe de

suerte no se ha debido a una excelente labor policial. Si están ahora en ese lugar es porque el asesino ha cometido, por fin, un fallo... o eso, o no se trata de un hallazgo fortuito y todo forma parte de un plan elaborado por el asesino. Alvar sabe que, si no se ha equivocado trazando el perfil, *El Carnicero* no puede haber sido tan estúpido como para permitir que encontraran el vehículo con el que ha trasladado los cuerpos de las víctimas.

—¿Qué te parece? —pregunta a su compañero mientras caminan de regreso al coche.

—Me parece —responde Arques— que aquí ese hijo de puta tuvo todo el tiempo del mundo para asesinar a esas chicas. Ahí —añade, señalando el cobertizo—, en el culo del mundo, nadie podía oírlas gritar.

Antes de entrar en el coche, Alvar se gira para echar un último vistazo al garaje. Permanece inmóvil, observándolo, dudando sobre cuál debería ser el siguiente paso; consciente de que por fin tienen algo.

—Ve al hospital —dice finalmente— y vuelve a repasar todo el personal de esa lista. Se nos está escapando algo y tenemos que averiguar qué es.

—¿Han interrogado también a la doctora Aura Martín? —añade, mirando fijamente a su compañero.

—Claro —responde Arques, un tanto extrañado—, fue una de las primeras a las que tomamos declaración. Yo mismo hablé con ella. Entiendo que, por sus conocimientos médicos, puedas planteártelo, pero déjame decirte algo: si estás considerándola como sospechosa, te equivocas. No creo que tenga la complexión adecuada para perpetrar esos asesinatos. Además, tiene coartada sólida para los tres crímenes.

Alvar se monta en su coche y una sonrisa sincera se dibuja en sus labios.

—Roberto Alcaraz Bernal, ¿verdad? ¿es usted el propietario de este inmueble? —pregunta Alvar por toda presentación mientras le muestra una fotografía del garaje.

—Sí, así es.

El hombre que está sentado frente al inspector, está completamente cagado de miedo. Un agente ya le ha puesto al corriente de la situación mientras iban en el coche, de camino a la comisaría. *No tiene de qué preocuparse*, piensa Alvar. Roberto Alcaraz ha estado toda la semana de viaje con su familia en República Dominicana; ya han comprobado la salida y entrada al país y concuerda. Tiene coartada. No ha podido cometer los crímenes.

—He traído la documentación... —dice con voz temblorosa, mientras extiende sobre la mesa varios papeles —. Alquilé el garaje a un hombre a finales de julio. Ahí está también lo que el inquilino me entregó para formalizar el contrato. Lo hice todo legal...

Alvar asiente, restándole importancia. El hombre prosigue:

—Pagó tres meses por adelantado así que no le hice demasiadas preguntas. Ya habrán visto que el sitio es una mierda —mira al inspector buscando su aprobación—. Nunca lo usábamos. Lo heredé de mi abuelo, ¿sabe? El hombre le tenía mucho cariño. Pasaba muchas horas allí haciendo chapucillas... ese es el motivo por el que no me quise deshacer de él. Mi familia es murciana, pero hace años que mi mujer y yo nos mudamos a Valencia por trabajo. Después, cuando tuvimos a los niños, los escolarizamos allí y decidimos hacer nuestra vida fuera de Murcia. Vamos de vez en cuando a ver a la familia...

Alvar observa con detenimiento la fotocopia del documento de identidad del arrendatario: Manuel Vidal Lopez. Ya, a simple vista, tiene la sospecha de que se trata de un documento falso. Al tratarse de una fotocopia no puede guiarse por los relieves ni los hologramas ni puede, evidentemente, comprobar el chip electrónico, pero lo que sí detecta son ciertos trazos borrosos e indicios de recortes. Además, le da la impresión de que la foto ha sido editada. Alvar está prácticamente seguro de que la identidad con la que alquilaron ese cobertizo es falsa. Aún así, se ausenta un momento de la sala para llamar a Arques y pedirle que haga las comprobaciones oportunas. Cuando regresa, el hombre tiene lágrimas en los ojos.

—Sé lo que les han hecho a esas chicas... —dice sollozando—. Lo he visto en las noticias. Es horrible. Pero le juro que yo no he

tenido nada que ver...

Alvar permanece en silencio, esperando a que se serene.

—¿Puede describir al hombre que le alquiló el garaje?

Roberto Alcaraz intenta recomponerse.

—Bueno... yo... es que tampoco lo recuerdo muy bien...

—¿Se parece al de la foto? —le pregunta, en tono cansado, mostrando la foto del documento de identidad.

—Sí... supongo.

—¿Supone? —lo corta el inspector, con firmeza—. Señor Alcaraz, le recuerdo que esto no es ningún juego. Creo que ya sabe lo importante que puede resultar su declaración. Le ruego encarecidamente que haga memoria.

—Es que … ¡Estoy muy nervioso! ¡Compréndalo!—dice rompiendo a llorar de nuevo—. Yo... ¡no le vi bien la cara! Llevaba gafas de sol y la cabeza cubierta con una gorra. No sé... era un tío joven. Alto, grande. No gordo —aclara—. Un tipo fuerte.

Alvar decide dejarlo por el momento; no cree que, en el estado en que se encuentra el hombre ahora mismo, pueda sacarle mucha más información.

—De acuerdo, es todo por ahora. Pero no se vaya lejos por si tuviera que ponerme en contacto con usted de nuevo. Y llámeme si recuerda cualquier otra cosa.

Aura está teniendo una buena mañana. La noche anterior durmió como un bebé y el descanso la ha puesto hasta de buen humor. Hoy le ha tocado trabajar en el quirófano de urología, y tiene además una residente aprendiendo con ella. Aura no considera que sea una de las mejores que han pasado por el servicio de anestesia, pero apenas acaba de empezar el segundo año de residencia, así que no quiere ser demasiado dura con ella.

El primer paciente, un hombre al que iban a operar de un tumor en la vejiga, estaba francamente asustado, y Aura ha enseñado a Julia que, dentro de las labores de un buen anestesista, está la de tranquilizar a los pacientes antes de proceder a anestesiarlos.

Con la operación ya en marcha, y tras comprobar que todo está en orden y que el hombre está tranquilo gracias a los sedantes que le habían administrado previamente, Aura se sienta con Julia cerca del monitor para vigilar la intervención quirúrgica.

—¿Has visto la cantidad de policía que hay en el hospital desde ayer por la mañana? —pregunta Julia, bajando la voz—. Me ha dicho una residente de ginecología que están interrogando a mucha gente. Es por lo del *Carnicero* ese.

—Algo he oído —dice Aura, haciéndose la loca.

—Pues sí. Por lo visto están hablando con todo el personal que estuvo en las cesáreas de esas dos mujeres. Por eso están subiendo a quirófano... bueno, también han ido a la planta de ginecología, eso me ha dicho mi amiga. ¿Contigo no han hablado?

—¿Puedes decirme qué tensión arterial tiene el paciente ahora? Es para anotarla —dice Aura cambiando de tema.

No quiere responder a eso. Y por supuesto, no quiere pasar a formar parte de esos cotilleos; piensa que lo más sensato es no comentar nada con nadie.

Al terminar el quirófano, Aura va directa a casa, se prepara un sandwich para comer y después se recuesta en el sofá para descansar un rato.

No lleva ni cinco minutos cuando suena su móvil. Tras comprobar quién es, no puede evitar sentir un cosquilleo.

—Necesito verte —dice la voz al otro lado del teléfono.

Por el tono, Aura no es capaz de intuir si Javier Alvar la llama en calidad de inspector o no.

Se da cuenta de que no le importa lo más mínimo: quiere verlo de cualquier manera.

—Claro. ¿Ahora mismo?

Aura lo escucha respirar hondo.

—No —le dice—. Es que… después de lo de anoche… Para mi fue como un respiro dentro de todo esto, ¿sabes? La verdad es que lo pasé bien. Solo quiero estar un rato contigo, si te parece bien. ¿A las siete te va bien? Paso por tu casa.

—A las siete es perfecto —responde Aura, sin poder evitar que una sonrisa se forme en sus los labios.

A las siete en punto, Aura se sube en el coche del inspector. Por la forma en la que va vestido y en cómo huele, ella tiene claro que no la ha recogido para interrogarla. Conducen en silencio en dirección al centro de la ciudad. Cuando llegan a la avenida de la Estación, Alvar pone el intermitente y detiene su coche frente a un edificio.

Ella debe poner alguna cara extraña, porque Alvar se apresura a romper el silencio:

—Es mi casa, no te preocupes, solo quería dejar aquí el coche. Hay un sitio nuevo aquí cerca que quiero que conozcas. Preparan unas infusiones excelentes.

Aura no puede evitar soltar una carcajada. Entran en el garaje y, tras aparcar, salen por la puerta peatonal a la calle. Alvar la guía unas calles más abajo hasta un local con mucha gente fuera haciendo cola. El inspector se acerca al guardia —un tipo enorme que hay en la puerta—, y lo saluda con familiaridad.

—¡Hola, Javier! ¿Cómo va eso, tío? ¿Vienes a relajarte un rato? Hoy está super animado, estos compadres están tocando de puta madre. Anda, entra... y no te pases hoy con el alcohol, ¿eh? Que te pones follonero.

Alvar se gira hacia Aura, que lo mira con cara de circunstancias, y le hace un gesto con la mano, simulando que el guardia no sabe lo que dice.

El sitio es increíble: nada más entrar, el ritmo de la música la embriaga. Sobre un improvisado escenario hay cuatro músicos tocando salsa en un ambiente absolutamente caribeño. Si no fuera porque sabe que están en Alicante, habría pensado que están en la mismísima Habana. Hay varias mesas distribuidas por todo el local, pero la mayoría de la gente está de pie, bailando. Le cuesta creer que haya tanto ambiente un miércoles por la noche.

Alvar la guía hasta la barra, donde piden un par de cócteles. No se sientan, se quedan allí casi tres horas, en las que Aura baila y prueba un par de bebidas más. Son las diez cuando le dice a Alvar que al día siguiente madruga y que debería irse a casa.

El camino hasta la casa del inspector no es muy largo, pero aún así les da tiempo a seguir conversando animadamente. Caminan despacio, como si no quisieran llegar nunca: ríen, se hacen bromas y sus manos se rozan varias veces. Ella piensa que no se había sentido así de feliz nunca. Está tan eufórica que, cuando llegan al portal, se pone de puntillas para acercarse al inspector y, probablemente debido a la falsa sensación de seguridad que le está dando el alcohol, le susurra al oído que le enseñe su casa.

Cuando entran, Aura no puede reprimir un suspiro. La casa es inmensa. Desde donde está solo puede ver el salón e intuir la cocina, pero solo eso ya le parece el doble del tamaño de su apartamento. Por no hablar del gigantesco ventanal que da acceso a la terraza. Aún así el ambiente no le resulta nada frío ni impersonal: al contrario, es acogedor. Alrededor de los dos enormes sofás hay varias mesitas auxiliares con lámparas encendidas, que brindan un tono cálido a la estancia. Todo está decorado en tonos neutros. Los cuadros que adornan las paredes, así como los pocos objetos de decoración dispuestos sobre los muebles, parecen haber sido diseñados a conciencia para dar al salón un toque elegante y sofisticado. En un rincón, contra la pared, Aura ve una pequeña mesa adornada solo por un flexo y repleta de libros, que rompe completamente con el espíritu ordenado de la estancia. Supone que debe de tratarse de la mesa de trabajo del inspector.

—La mayor parte del mobiliario ya estaba aquí cuando compré el piso —dice Alvar, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—Vaya —le dice ella en tono burlón—, ¿aquí es donde vives? ¿En serio esto lo paga el sueldo de un inspector de policía? Porque, en ese caso, está claro que me equivoqué de profesión.

—No —responde Alvar, visiblemente avergonzado—. No todo viene de mi sueldo. Mi familia… bueno, siempre ha estado muy bien posicionada.

Aura tiene la sensación de que el inspector no quiere hablar del tema, así que intenta desviar la conversación. Sin embargo, cuando trata de hablar de otra cosa, se da cuenta de que no es capaz de pronunciar ni una palabra. No sabría precisar en qué momento ha empezado a ponerse tan nerviosa, pero lo cierto es que lo está. *Esto se está poniendo serio*, piensa. *Le has pedido a un desconocido que te enseñe su casa, ¿qué creías que iba a pasar?* se dice. De repente se da cuenta de que no está preparada para iniciar otra relación. La ruptura con Carlos aún está tierna y tiene miedo de empezar algo que pueda echar a perder por precipitarse. Alvar le atrae profundamente, pero ahora mismo necesita ir despacio.

El inspector la mira con un deseo que le cuesta disimular; sin embargo, viéndola ahí, en el centro del salón absolutamente inmóvil, no le cuesta hacerse una idea de lo que debe estar pasando por su cabeza. Por lo poco que la conoce, tiene la impresión de que es una mujer muy sensible y de que le llevará tiempo convencerla de que puede confiar en él. No la culpa: Alvar nunca ha parecido un buen chico, todo lo contrario. De hecho, casi todas las mujeres que han pasado por su vida siempre han acabado diciéndole lo mismo: que lo que más les atrajo de él al principio era su aspecto rudo y arrogante.

No quiere que Aura piense eso de él; le gusta demasiado. Así que, por mucho que le pese, por mucho que desearía poder meterla en su cama y pasar la noche con ella, decide que es el momento de llevarla de vuelta a casa. Se quita la chaqueta, la deja sobre el respaldo de uno de los sofás y se acerca lentamente a ella. Cuando está tan cerca que puede oír su acelerada respiración, aproxima su boca a su oído y le dice, con un tono dulce pero decidido:

—No te preocupes, puedo llevarte a casa ahora mismo si estás intranquila. La verdad es que yo no pretendía que subieras.

Aura se aparta y lo mira sorprendida.

—¿No querías que subiera?

—No he dicho eso —responde él, manteniendo el tono firme.

—¿Entonces?

—No quería que subieras hoy, precisamente porque no quería que pasara esto... que te sintieras incómoda. Lo que trato de decirte es que no he planeado traerte aquí, y te pido disculpas por si te ha dado esa impresión. Yo solo quería verte, estar contigo. Esa ha sido siempre mi única intención.

—Tu única intención...

—No te equivoques —la corta, clavándole la mirada—. No te puedes ni imaginar cuánto deseo que te quedes esta noche, pero quiero que lo hagas solo cuando estés convencida de que no pretendo hacerte daño.

Alvar actúa con calma, pero con un convencimiento y una seguridad en sí mismo, que hace a Aura estremecerse. No hay presión en su voz, solo sinceridad.

Sabe que, por las circunstancias en las que se han conocido, tal vez esto no es lo más adecuado. También sabe que no es propio de ella actuar así, pero nunca se imaginó sintiendo por alguien algo tan fuerte como lo que está sintiendo en ese preciso instante. La razón y su personalidad crítica le dicen que no puede estar enamorada, que apenas conoce a ese hombre que tiene frente a ella, pero no lo puede evitar. Es más: no lo quiere evitar. Y, por una vez en su vida, deja a un lado la razón y se deja llevar por el instinto.

Da un paso hacia él. Luego otro. Acerca su mano al pecho del inspector y siente su respiración acelerada. Después, aproxima con sus manos el rostro de él hacia el suyo y lo besa. Es un beso calmado, casto. Cuando se separan, Aura le dice al oído:

—Estoy convencida.

Y entonces él le devuelve un beso mucho más intenso y profundo.

Lo que pasa después, Aura sabe que lo recordará toda la vida. Se besan apasionadamente mientras Alvar la va desvistiendo y guiando hacia el dormitorio. No hay nada abrupto en su manera de tocarla; todo lo contrario: lo hace con suavidad, pero con firmeza.

Lentamente, pero sin detenerse, la acomoda con delicadeza sobre la cama y se coloca sobre ella.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare? —le susurra al oído.

Aura niega, llena de deseo. No hay nada que quiera menos en este momento que verlo detenerse. La manera en que la toca la llena de confianza. Ella, que siempre pensó que no podría tener un momento de intimidad con nadie que no conociera a fondo, se sorprende entre los brazos de Alvar como si llevara toda la vida a su lado. Como si él conociese cada rincón de su cuerpo. Se mueven en perfecta sintonía, como si cada uno supiera de antemano qué es lo que debe hacer para satisfacer al otro. No necesitan palabras, solo miradas.

Cuando al fin descansan, Aura piensa que el corazón se le saldrá del pecho. Apoya la cabeza en el torso aún agitado de Alvar. No tardan ni cinco minutos en quedarse dormidos.

Son casi las seis de la mañana cuando el sonido del móvil de Alvar la despierta. Lo escucha saltar de la cama para cogerlo, quizá con la esperanza de no despertarla. Aura abre lentamente los ojos y se incorpora en la cama mientras observa cómo el inspector está vistiéndose.

—Buenos días, siento haberte despertado —le dice mientras se acerca para darle un beso.

—¿Ya te vas?

Alvar asiente.

—Era mi jefe. Creo que, por fin, tenemos algo.

Panticosa, Huesca. Febrero de 2021

El niño lleva tiempo acudiendo al consultorio donde él trabaja. Continúa curándose esa fea herida en la pierna. Ya se está acostumbrando a verlo. Su madre dice que se lo ha hecho en el campo, paseando; afirma que se enganchó con un hierro oxidado que encontraron en el suelo.

No la cree.

Hace meses que acude con su hijo por un motivo u otro: un día, porque el crío se ha caído por las escaleras; otro porque se ha tropezado al salir de la bañera; y ahora lo de la herida en la pierna. Tiene mala pinta. Si continúa así y no termina de curarse, ya le ha dicho que tendrá que acudir al hospital.

Claro que no la cree.

Lo sabe porque, cuando la mira, puede observar el odio en sus ojos: el odio hacia su hijo. Ese desprecio en la forma de hablarle que él tan bien conoce. Entiende a ese crio porque él también fue ese niño una vez. Ese niño odiado por su madre, despreciado por todas las mujeres a las que ha conocido.

Esa malnacida no merece vivir ni tampoco llamarse madre. Alguien que trata así a un niño debería sufrir; alguien tendría que encargarse de enviarla al lugar que le corresponde: al mismísimo infierno.

Hoy la ve paseando por el camino de acceso al pueblo. Va sola. Seguramente viene de visitar a alguno de los tíos que le proporcionan las drogas —que él está seguro de que consume desde hace tiempo—, y con los que pasa las tardes sin preocuparse por quién se queda cuidando de su hijo. Apostaría a que esa cabrona incluso se ha atrevido a dejarlo solo. ¡Con solo cinco años!

No. Él no quiere que ese niño crezca con esa madre. Quiere que tenga otra oportunidad, que salga de ese pueblo. No quiere que acabe

convirtiéndose en alguien como él.

Está anocheciendo y ha comenzado a llover. La mujer observa el coche que acaba de detenerse frente a ella y levanta la mano para saludar.

—¡Hola, Manuel! —grita—. ¿Puedes acerarme a casa?

Y entonces Manuel ya sabe lo que tiene que hacer. Pisa a fondo el acelerador y dirige el coche con furia hacia ella.

23

Alicante, jueves 26 de octubre de 2023

—Como ya sospechábamos, se confirma que la documentación que entregaron al dueño del garaje para la formalización del alquiler del mismo es falsa.

Alvar ha llegado antes de las siete de la mañana a comisaría y ha tenido tiempo para hablar con Urriaga y repasar las últimas novedades en la investigación. En este momento las expone frente a sus compañeros.

—Sin embargo —continúa—, el nombre que figura podría corresponder a una identidad real que el asesino pudiera haber empleado en el pasado. Así que ayer, partiendo de esta premisa, Arques activó el protocolo y envío el documento junto al retrato hablado a todas las comisarías de España.

Arques asiente, complacido.

—Pues bien —prosigue Alvar—, esta mañana han encontrado una coincidencia. *Manuel Vidal López*, el nombre que figura en el documento de identidad, coincide con el de una persona que ha estado viviendo en Panticosa, un pueblo de Huesca, entre los años 2003 y 2021. Al parecer, se vio involucrado en un accidente con atropello en el que falleció una mujer. A partir de ese momento, lamentablemente, se pierde la pista. Pero ya tenemos algo.

Cristina Maiquez levanta la mano. Alvar le hace un gesto para que hable.

—Los de laboratorio ya han terminado —dice ella—. En el garaje se han identificado huellas que no corresponden a ninguna de las tres víctimas. Ahora mismo están comparándolas con todas las que tenemos en nuestra base de datos.

—Gracias, Cristina —dice Alvar—. ¿Qué más tenemos?

—También nos han facilitado ya la lista de mujeres que se ajustan al perfil de víctima —señala Fernández.

—Son solo cuatro —puntualiza Salgado —así que les hemos puesto vigilancia.

Alvar los mira con aprobación.

—Bien —zanja—. También quiero deciros que me han confirmado que ha desaparecido parte del instrumental quirúrgico. Podría tratarse de las armas empleadas en los asesinatos. Yo voy a acercarme al hospital de nuevo. Quiero que alguien me de una lista de los trabajadores que han pasado por quirófano en los últimos seis meses, no solo los que tuvieron contacto con las víctimas. Cuando la tenga, tendremos que volver allí para reiniciar los interrogatorios. Es muy probable que dentro de esa lista esté nuestro asesino. Tenemos que centrarnos en ella y ser lo más minuciosos posible.

Dos horas después, Javier Alvar está frente a la supervisora de quirófano. La mujer —de unos cincuenta años y provista del reglamentario pijama verde— le atiende en el pequeño despacho anexo al bloque quirúrgico. Tras las debidas presentaciones, ella acaba de proporcionarle un par de hojas repletas de nombres.

—Ahí están todos los trabajadores que han tenido acceso al instrumental quirúrgico que ha desaparecido, en las fechas que me ha indicado —dice, señalando la documentación que sostiene Alvar—. Está tanto el personal fijo como el que fue contratado durante las vacaciones de verano. Aunque no trabajan aquí en este momento, tiene los datos personales en las hojas que acabo de darle —explica la supervisora.

Javier Alvar repasa la lista y llama a Urriaga. Necesita acotarla. Tiene que averiguar cuántas de esas personas han sido interrogadas ya y el motivo por el que fueron descartadas como sospechosas. Tiene la intuición de que está muy cerca de atrapar al asesino. Algo le dice que la persona responsable de esas atrocidades está en esa lista.

Han pasado algo por alto... y va a averiguar qué es.

Aura observa con indecisión las diferentes opciones culinarias que hay dispuestas sobre las bandejas metálicas y humeantes del buffet libre de la cafetería del hospital; a cual peor. No sabe en qué momento la comida empezó a estar tan mala. Le sorprende cómo, en un sitio que debería vanagloriarse de servir comida saludable, el menú puede contener tanta cantidad de grasa y aceites.

Finalmente se decide por el pescado. A ella le parece que es merluza, aunque prefiere no investigar a fondo. Elige como acompañamiento unas verduras, que por cierto tampoco tienen pinta de haber llegado muy frescas a la cocina.

Moncho, a su lado, parece no tener queja de la comida; pide con gusto la hamburguesa con guarnición de patatas y unas natillas de postre.

Se sientan en una de las mesas del fondo mientras esperan a que lleguen sus compañeras Toñi y Elena, que les han dicho que fueran adelantándose mientras ellas recogían el quirófano.

—¿Qué tal todo? —pregunta Moncho mientras mira con deseo su hamburguesa— ¿Alguna novedad?

—Nada —responde Aura, distraída—, ya lo sabes: curro y más curro.

Moncho la mira con incredulidad.

—Anda, no seas exagerada, el otro día te vi muy contenta con tu amiga. Por cierto, me pareció muy simpática. Y también muy guapa.

—Pues no te hagas ilusiones, porque no eres su tipo —responde Aura, pinchándole.

En eso consiste básicamente su relación: en picarse mutuamente. A Aura siempre le ha gustado el humor de Moncho: irónico e inteligente. Con frecuencia se pregunta por qué este no estudió Medicina, pues a menudo se muestra muy interesado en su trabajo. Su compañero casi siempre anda preguntándole cosas relacionadas con la anestesia e intentando que le deje hacer algunas técnicas como intubar. Ella le enseña encantada porque es un tipo

increíblemente competente, además de alegre y solícito y, lo más importante, un excelente compañero y amigo.

Sin embargo, y para ser sincera, últimamente lo nota un poco distante; de hecho, hace ya algún tiempo que no quedan en su casa. Antes solían reunirse una vez por semana para tomar algo. Es verdad que Moncho estuvo con una chica hace no mucho tiempo y, por lo visto, cuando ella cortó con él lo paso bastante mal. Aura no sabe casi nada de esa chica; no estuvieron mucho tiempo y Aura no llegó a conocerla, pero sabe que a raíz de la ruptura su amigo estuvo un tiempo muy apático. De todos modos, no quiso insistirle demasiado, porque sabe que Moncho es una de esas personas a las que nos les gusta airear sus problemas.

Toñi y Elena entran en la cafetería y se acercan a la mesa de sus compañeros. Las dos miran, con espanto, las bandejas de Aura y Moncho..

—¡Uff! Yo creo que hoy no voy a comer —dice Elena.

—Esto se está poniendo cada vez peor. Yo casi que prefiero sacarme un sandwich de la máquina, vaya tela con la comida —añade Toñi.

Aura se fija en que una señora, sentada en una mesa más alejada, lleva un rato observándolos. Han cruzado sus miradas un par de veces en las que la mujer ha vuelto la cara, avergonzada por haber sido descubierta. Finalmente, cuando terminan de comer y se encaminan hacia la puerta, Aura observa cómo la mujer se levanta y coge del brazo a Moncho, que se ha quedado rezagado dejando su bandeja. Como tiene el oído muy fino, se detiene a una distancia prudencial y observa disimuladamente la escena desde lejos. Mientras, Toñi y Elena cuchichean sobre un compañero al que al parecer van a trasladar a otro hospital cuando se resuelva la oposición.

—¿Manuel? —escucha decir a la señora— No sabía si eras tu. Llevo un rato mirándote, y digo: "no sé si será él". Pero ya lo creo... eres tú. Te encuentro cambiado... eso sí. ¿Te acuerdas de mi? Soy Rosa. Estuvimos trabajando juntos en el consultorio de Panticosa. ¡Qué coincidencia! ¿Verdad?

Moncho la mira con cara de no comprender.

—Lo siento —dice—. No te conozco. Creo que me estás confundiendo con otra persona.

La mujer se queda extrañada, pero al ver la respuesta tan tajante del hombre al que creía conocer, se despide avergonzada y se marcha. Aura la ve sentarse junto a los pediatras, así que, puesto que los conoce a todos y no ha oído hablar de nuevas incorporaciones al hospital, supone que debe de ser enfermera.

Más tarde, en quirófano, tras anestesiar a un paciente para que puedan realizarle una colecistectomía, Aura se acerca a Moncho —quien la ha ayudado a administrar la medicación—, y le pregunta a bocajarro:

—¿Quien era esa mujer?

—¿Qué? ¿Quién? —responde sorprendido, como si no tuviera ni idea de a quién se está refiriendo.

—La de antes, en la cafetería. Ya sabes, esa que se ha quedado hablando contigo cuando nos íbamos. Os he visto hablando.

—¡Ah! — dice él, quitándole importancia— ¡Qué cotilla eres! Pues me parece que es una enfermera de aquí. No es nada, me había confundido con otra persona. Es que… ¡Aura! —dice cambiando a un tono jocoso— Ya sabes que yo siempre he tenido mucho éxito con las mujeres. De hecho, ya puedes ir diciéndole a tu amiga Susana que tenga cuidado conmigo, porque la próxima vez que coincidamos no se me va a escapar.

Después, como si hubiese adivinado lo que Aura ha estado pensando hace un rato —acerca de que ya no se ven fuera del trabajo tanto como antes—, Moncho añade, dirigiéndose también a Toñi y Elena, que acaban de acercarse a la pareja para cotillear, aprovechando que la intervención transcurre sin incidencias:

—Por cierto, señoras, ¿qué os parece si quedamos esta noche en mi casa para tomar algo? Hace tiempo que no nos reunimos allí. Si queréis, encargamos unas pizzas y así os enseño la nueva tele que me he agenciado. La instalé ayer y es la hostia, os lo juro.

—Toñi y yo no podemos —responde Elena—. Vamos a la cena de despedida de Carmen, la de Pediatría, que se pira al hospital de San Juan. ¿Por qué no te acercas un rato? —pregunta Toñi mirando a Aura— Mañana no tienes guardia, ¿no?

—No, ya, pero mañana se trabaja —responde Aura con tono maternal—. No sé... —dice mirando a Moncho—, creo que yo sí que me apunto a la cena con este, y que pague él, que hace tiempo que no nos invita a nada.

Elena le da su aprobación con una sonrisa.

—Tú siempre tan responsable, doctora. De acuerdo, pero pásate un rato. Si no quieres quedarte a la cena, ven y te tomas algo, solo será un rato. Cuando acabemos el quirófano te vienes con nosotras, ves a la gente, saludas y te vas.

—Pues entonces os digo lo mismo —añade Aura—. Me paso si luego nos reunimos en casa de este —dice, señalando a Moncho, que las mira divertido.

—Está bien, qué mandona eres, jefa—responde Toñi—. Pero… entre pitos y flautas... hasta las once no cuentes con nosotras.

Cuando acaban el quirófano, las tres compañeras se dirigen a los vestuarios para cambiarse y arreglarse un poco antes de ir al restaurante donde han quedado. Aura no pretendía ir, pero Elena y Toñi se han pasado el resto de la tarde convenciéndola, y al final no ha podido negarse. Tal y como les ha prometido, se pasará un rato y luego acudirá a casa de Moncho para cenar con él.

El día se ha dado bien, ha transcurrido sin incidencias, por la mañana Aura ha estado en el quirófano programado de ginecología: dos histeroscopias y una histerectomía por laparoscopia. Una buena mañana. Por la tarde no ha podido estar en mejor compañía. Se siente muy feliz, y en ese sentimiento tiene mucho que ver la increíble noche que ha pasado con el inspector Alvar en su casa. La verdad es que está deseando volver a verlo, o al menos saber de él. Sin embargo, sabe que está en medio de una investigación muy complicada y no quiere llamarlo.

Sus amigas deben de haberse dado cuenta, porque Toñi le pregunta:

—¿Por qué estás tan contenta, doctora? ¿Es que tienes algo por ahí y no nos lo quieres contar?

—Eso, Aura —la anima Elena— Cuéntanos.

La entrada de la supervisora de enfermería al vestuario disuelve la pequeña reunión de amigas.

—Elena, hay un inspector de policía fuera que quiere hablar contigo. Sal, por favor —le pide.

Javier Alvar consulta la información de su móvil. Permanece sentado en la pequeña habitación que, en los últimos días, sus compañeros están empleando como una improvisada sala de interrogatorios: el cuarto donde los cirujanos se comunican con las familias de los pacientes.

—Buenas tardes. Tome asiento, por favor —dice al ver entrar a Elena, señalando la silla que hay frente a él, al otro lado de la mesa—. Es usted Elena Cuartero Espinosa, ¿correcto?

—Sí.

Elena se sienta con las manos en la mesa, preocupada, preparada para atender las preguntas del policía.

—Soy el inspector Javier Alvar, del departamento de Homicidios. No nos conocemos. Me consta que ayer estuvo hablando con el agente Fernández acerca de su participación en la cesárea de Paula Tosar, el pasado quince de julio, en la que usted intervino en calidad de enfermera instrumentista.

Elena asiente, nerviosa.

—Tranquilícese —dice el inspector, en tono conciliador—, no tenemos dudas con respecto a su declaración. La he hecho venir porque necesito que me aclare otra cosa. Su supervisora me ha dicho que usted está al tanto de la pérdida de material quirúrgico que se produjo ese día, como encargada del instrumental…

—Bueno... —se apresura a aclarar Elena—, yo no fui la única responsable. La enfermera que instrumenta, por supuesto, realiza un recuento del material antes y después de cada cirugía... eso es cierto, lo llamamos contaje. Pero luego ese material también se

envía fuera de quirófano para su esterilización, y ahí también puede perderse.

—¿Qué tipo de material han echado en falta?

—Parte de los instrumentos que hay en una caja de laparotomía, que es la que empleamos ese día para realizar la cesárea.

—¿Puede ser más específica, por favor?

Elena mira hacia un lado, tratando de hacer memoria.

—Si no recuerdo mal, faltaron un par de separadores, varias pinzas, unas tijeras... y un mango de bisturí. De todos modos, cuando falta algo, siempre queda registrado como incidencia, así que podemos buscarlo si lo necesita.

Alvar termina de anotar todo lo que la enfermera acaba de decirle y le hace una última pregunta mientras consulta una de las hojas que ha sacado de su carpeta.

—Aunque ya tenemos una lista con los nombres, me gustaría que me confirmara quién estuvo en quirófano con usted ese día.

—Por supuesto. Aunque ya se lo dije a su compañero ayer. Estaba la anestesista, la doctora Aura Martín, y mis compañeras del turno de verano. Cuando llegan las vacaciones, como no todos las cogemos a la vez; los grupos que tenemos asignados durante el año se rompen y trabajamos con otros compañeros. Ese día trabajé con Clara Izquierdo, la otra enfermera, y con Estela Linares, la técnico en cuidados auxiliares de enfermería. Con ellas estuve todo el mes de julio.

Alvar está a punto de decirle que ya se puede marchar, que ya tiene todo lo que necesita, cuando de repente la mujer parece haber recordado algo.

—Espere, me he confundido. ¡¿Cómo se me puede haber olvidado?! Discúlpeme, llevamos mucho lío últimamente... Ese día no estuve con Clara. Sí que empecé el turno con ella, pero alrededor de media tarde empezó a encontrase mal. Necesitábamos que alguien la sustituyera, pero como era verano, no encontramos a nadie disponible. Entonces avisé a Moncho, uno de mis compañeros habituales. Aunque estaba de vacaciones, se encontraba en Alicante y, como tengo mucha confianza con él, lo llamé. Fue él quien finalmente se encargó de acabar el turno.

—¿Cómo ha dicho que se llama su compañero? —pregunta Alvar.

—Moncho. Perdón —se disculpa Elena—, así es como lo conoce todo el mundo, pero en realidad se llama Ramón Simón Pinto.

Alvar consulta la lista de personal interrogado y no tarda en localizarlo. En efecto, Ramón Simón Pinto fue interrogado la tarde anterior por su compañero Salgado.

—¿Está ahora mismo trabajando en el hospital?

—Pues mire —responde Elena, satisfecha por haber sido de ayuda —precisamente hemos estado trabajando juntos esta tarde, pero acaba de marcharse.

Lo primero que hace Javier Alvar cuando sale del hospital es llamar a Salgado.

—He visto que al lado de su nombre, en la lista, aparece un asterisco. ¿Qué significa? —pregunta el inspector.

—Lo he puesto en los testigos que, aunque no me parecieron sospechosos, quería volver a interrogar una vez más —responde Salgado.

—Y en el caso de Ramón Simón, ¿sabes por qué?

—Joder, Alvar, pues ahora mismo no me acuerdo. ¡Llevo casi dos días tomando declaraciones! Lo único que te puedo decir es que, si le puse esa marca, fue porque su testimonio no terminó de convencerme.

Alvar no tiene ganas de lío, pues el tiempo apremia. Lo que hace es pedir a su compañero que cruce las huellas de Ramón Simón con las encontradas junto a la furgoneta. La respuesta de Salgado no se hace esperar.

—Es una identidad falsa —dice el agente.

—¡¿Cómo?! ¡¿No comprobaste su documento de identidad cuando le tomaste declaración ayer?! ¡¿Me estás diciendo eso?!

Silencio al otro lado. Finalmente, Salgado dice, titubeando:

—Es que… no se lo pedí en ese momento. Me limité a comprobar la documentación que me dieron en el hospital. Ya sabes... la que entregan cuando los trabajadores firman el contrato.

—¡¿La fotocopia?!

Alvar inspira hondo. Esta furioso. Se arrepiente de no haber estado al frente de los interrogatorios.

—Mira —dice Alvar, tratando de contenerse—, ahora no tenemos tiempo, pero ya hablaremos de esto mañana. Localízame su domicilio, por favor, el que figura en el hospital. ¡Y date prisa!

Cuando cuelga, Alvar hace una segunda llamada. Esta vez a la doctora Aura Martín.

Alicante, octubre de 2023

Ahora, por fin, cree haber encontrado su lugar. Los últimos dos años han sido muy tranquilos: ha hecho amistades y tiene un buen empleo.

Hasta que la vio y algo se removió de nuevo en su interior. Estaba en el hospital, de guardia y, antes de pasar a quirófano y sin que nadie lo viera, estuvo hablando con ella. La chica le confesó, sin tapujos, que consumía drogas y que no quería al niño que llevaba dentro. Luego, bajo los efectos de la sedación, le aseguró que tampoco quería a ninguno de sus otros tres hijos.

¡Menuda hija de puta!

Días después conoció a otra mujer. También iban a practicarle una cesárea y también tuvo unas palabras con ella antes de entrar a quirófano. No tuvo que insistirle mucho para que le confesara que tampoco había sido ese un hijo buscado y que no pensaba ocuparse de él. ¡Otra zorra que no debería tener hijos!

Como su madre: la mujer ausente, alcohólica y drogadicta; la desalmada que lo tuvo oculto en un sótano durante tres años; la que acabó asesinando a sus hijas para luego quitarse la vida. Una madre negligente, un monstruo sin corazón.

Comenzó a seguir a esas mujeres, a observar su comportamiento. Paula Tosar, la muy puta, ya tenía otros tres hijos a los que tampoco cuidaba. Solo se dedicaba a salir y a zorrear. A acostarse con unos y con otros mientras dejaba a sus hijos al cuidado de una vecina. Merecía morir, que alguien le arrancara las entrañas en las que había gestado una vida.

Laura Navarro: otra igual. Adicta a los somníferos, a la cocaína y al alcohol. No fue capaz ni de intentar dejarlos durante el embarazo. Tampoco se preocupó de su hijo cuando nació. Él tuvo que darle un escarmiento. Le arrancó los pechos, aquellos con los que debería haber amamantado a su

hijo, esa pobre víctima que trajo al mundo para hacerla sufrir, para abandonarla a su suerte.

Elena Santos: una desalmada que daba de mamar a su hijo bajo los efectos de la heroína, pasándole la droga a través de la leche materna. A esta le arrancó el corazón, para que todos vieran que no merecía tener uno.

Las dejó en los sitios donde a él le hubiera gustado que su madre lo llevara de niño; lugares que debían estar destinados a momentos felices entre una madre y un hijo: un parque, una playa, un castillo.

Durante tres meses las observó, con paciencia, mientras su rabia iba creciendo cada día. Las vio salir, drogarse, dejar a sus hijos al cuidado de otros. Observó su egoísmo, su falta de responsabilidad y sacrificio.

Y entonces, cuando su rabia alcanzó un nivel inimaginable incluso para él, fue ese preciso instante, y no otro, el que eligió para hacerlas pagar.

24

A Aura siempre le ha parecido que las cenas de jubilación de compañeros constituyen una de las actividades más divertidas que conlleva trabajar en un hospital. Generalmente, se coloca un cartel con la fecha de la celebración, el lugar y el dinero que cada uno debe aportar para el regalo, y se deja varias semanas para que la gente se vaya apuntando. Siempre hay alguien encargado de recoger el dinero para comprar el detalle, y luego todos se reúnen para cenar en algún restaurante, con precios que suelen estar al alcance de todos.

Hoy Aura lo está pasando realmente bien: observa a Toñi y a Elena pasearse de un lado a otro, saludando animadamente a la mayoría de la gente que ha llegado pronto al restaurante. Al fin y al cabo, en un hospital casi todo el mundo se conoce —aunque sea de vista—, y si no es así, siempre hay alguien que conoce a alguien que conoce a alguien. Así es fácil que uno acabe casi siempre haciendo nuevas amistades.

Aura se alegra de haber venido. Julia, su residente, acaba de presentarle a una compañera que, casualmente, estaba hablando con la mujer que ha visto esta mañana con Moncho en la cafetería. La verdad es que, desde que vio a su amigo hablar con ella, no ha dejado de darle vueltas. Es cierto que Moncho le dijo que lo había confundido con otra persona, pero la mujer parecía tan segura de conocerlo...

No quiere resultar chismosa, pero al final le puede la curiosidad y se arriesga a comentarlo.

—Espero que no te importe que te pregunte —dice Aura—, pero, ¿de qué conoces a Moncho, el chico con el que has hablado esta mañana en la cafetería del hospital?

—¿Moncho? —dice la mujer, extrañada— No sabía que se llamara así. De nada —añade, restándole importancia—. Lo he

confundido con alguien con quien trabajé cuando estuve en un pueblo de Huesca, Panticosa. No sé si has estado alguna vez, es un pueblo muy bonito. Vengo de allí, ¿sabes? No de ese pueblo, quiero decir, de Huesca. Estuve allí muchos años, pero hace unos meses me divorcié, y como mis hijos son mayores y yo tengo también familia aquí, pedí el traslado.

Aura no puede contener la intriga que se ha disparado en su interior, así que continúa:

—¿Y con quién lo habías confundido?

La mujer pone cara de extrañeza ante la pregunta pero responde educadamente.

—Pues creía que era un enfermero del centro de salud donde yo estuve. Yo trabajé allí solo unos meses, pero al parecer, él estuvo allí bastantes años.

Aura sabe que no debería insistir, pero aún así se arriesga a hacer una pregunta más.

—Y por curiosidad, ¿cuál era su nombre?

—Manuel... Manuel Vidal. Ya te digo que solo estuve haciendo una sustitución de verano, porque luego ya me fui a Huesca a trabajar en un hospital. Pero, como te digo, hace ya muchos años que estuve allí, así que probablemente me habrá fallado la memoria.

La mujer se gira y hace una señal con la mano a varias compañeras que parecen reclamarla desde otra mesa.

—Bueno Aura —dice tocándole el brazo de manera cariñosa—, encantada de conocerte. Si necesitas algo de pediatría, no dudes en pedirlo.

Aura se queda inmóvil por unos instantes procesando la información que la mujer acaba de darle. Antes, en la cafetería, la había visto muy convencida de la identidad de su compañero. Elena se acerca, con prisa.

—Vamos a pasar al comedor ya —le dice—. Te he llamado al móvil, pero me sale apagado.

Aura busca en su bolso y, cuando localiza su móvil, se da cuenta de que se ha quedado sin batería. No le importa: lo cargará en casa de su amigo, cuando llegue.

—Lo siento, estaba apagado —dice señalando el teléfono—. Creo que yo me marcho ya. Moncho parecía muy ilusionado con lo de la cena en su casa y no quiero que se enfade.

Veinte minutos después, Aura detiene su coche frente al chalé pareado de tres pisos donde vive su amigo. Aparca, se apea y llama al timbre. Hace una noche realmente mala; ha comenzado a llover con fuerza y empieza a arrepentirse de no haber cogido el paraguas que siempre guarda en la taquilla del hospital por si las moscas. Espera que Moncho no tarde en abrir la puerta; si no, acabará empapada. Está de suerte: su amigo le abre enseguida.

Entra en la casa y lo encuentra en la cocina, preparando la cena.

—¿No prefieres que pidamos algo? —le dice cuando él se acerca para saludarla.

Él se pone serio, como si Aura hubiese hecho un comentario terrible.

—Como sabía que ibas a llegar tarde y tenía algo de tiempo, se me ha ocurrido preparar algo —dice secamente—. Pero si no te convence, lo tiramos y pedimos unas pizzas.

Aura cree notar algo extraño en la forma en la que él le habla. Piensa que tal vez esté molesto porque Elena y Toñi han preferido quedarse en el restaurante en lugar de ir a su casa.

—¡Claro que no! —exclama Aura, levantando las manos en señal de rendición —¿Qué has preparado? La verdad es que huele muy bien —añade acercándose al horno.

La expresión de Moncho se relaja.

—Una lasaña, tampoco te vayas a pensar...

—Perfecto —aplaude Aura—. ¡Mi plato preferido!

Moncho se gira y coge un par de copas de vino que tiene preparadas sobre la encimera. Le ofrece una a su amiga, que la acepta encantada y, levantando su copa, le dice:

—Vamos a brindar por el tiempo que hacía que no nos reuníamos aquí.

Ella da un largo trago al vino; le sabe realmente bien. Sabe que él no habrá escatimado en nada si se trata de ella. Otra cosa no, pero Moncho es la mar de generoso con la gente que quiere.

Su amigo saca la bandeja del horno y la lleva al comedor, donde la mesa ya está puesta. Ella lo sigue y se apresura a sentarse, impaciente por probar la comida.

Entre los dos devoran la lasaña y, cuando quieren darse cuenta, también se han acabado el vino.

—Voy abajo a por otra —dice Moncho, señalando la botella y levantándose de un brinco—. Que para el tiramisú que hay de postre le va a venir de perlas.

Aura lo ve desaparecer escaleras abajo; su amigo es un gran amante del vino y en el sótano tiene una buena bodega. Ella continúa apurando lo que queda en su copa cuando cae en la cuenta de que no ha sabido nada de Alvar desde que se despidieron por la mañana. Le resulta extraño, así que va a buscar su móvil, pero entonces cae en la cuenta de que hace tiempo que se apagó. Sabe que Moncho guarda un cargador en el baño; nunca quiso hacer preguntas sobre el motivo, pero sabe que es así.

Se dirige al aseo de cortesía que hay al lado del salón. Entra, cierra la puerta y se dispone a rebuscar en el armario que su amigo tiene frente al lavabo, y donde suele guardar también toallas y rollos de papel higiénico. Busca en el primer cajón, pero no encuentra nada. Prueba en el segundo y en el tercero, con el mismo resultado. *Hace tiempo que no vengo... seguro que ya no lo guarda aquí*, piensa, convencida. Decide probar suerte en un pequeño cajón que hay debajo del lavabo. Bingo. Saca su móvil del bolso y lo conecta a un enchufe.

Se incorpora y se mira en el espejo. Con esa luz y esas ojeras que arrastra desde hace días, parece cansada. Se ajusta el pelo de la coleta y entonces se da cuenta de que le falta un pendiente. No sabe por qué lo hace, seguramente por instinto, pero vuelve sobre sus pasos y se agacha cerca del mueble donde hace un instante buscaba el cargador del móvil. Entonces ve algo extraño en el suelo: una de las baldosas parece diferente y, además, tiene un pequeño agujero en una de las esquinas. No parece fruto de un golpe, pues es perfectamente circular. La golpea con los nudillos y compara el sonido con el de la baldosa de al lado: suena claramente diferente.

Intenta moverla, pero no puede. Entonces se le ocurre quitarse el otro pendiente, lo engancha en el pequeño agujero y tira de él muy despacio, haciendo palanca. Así es como encuentra un pequeño compartimento bajo la baldosa. Abrirlo le resulta increíblemente fácil, mucho más que digerir lo que encuentra en su interior.

Aura introduce la mano con mucho cuidado y extrae una pequeña bolsa de plástico de color azul oscuro. La abre y saca su contenido. Lo que ve le hiela el corazón: sobre el suelo está el documento de identidad de Manuel Vidal López, el nombre que Ana, la enfermera de pediatría, le ha dado hace un rato. El nombre de la persona con la que había confundido a Moncho.

El pitido de su móvil la sobresalta: acaba de encenderse. Tiene cinco llamadas perdidas de Alvar. Fuera escucha los pasos de su amigo que ya debe de haber regresado con el vino.

—¿Aura? —le grita desde el salón.

—¡Estoy en el baño! ¡Salgo enseguida! —responde ella, tratando de disimular su nerviosismo.

Echa el pestillo a la puerta lentamente y llama al inspector.

—¿Aura? —dice Alvar, preocupado— ¿Estás bien? Te he llamado varias veces.

—Javier, estoy en casa de Moncho, un compañero de trabajo. Acabo de encontrar una bolsa que tenía escondida con documentación a nombre de otra persona, un tal Manuel Vidal. Estoy asustada...

—Escúchame, por favor —dice él, con tono firme—. No tengo tiempo para explicarte nada pero quiero que salgas de ahí. Trata de mantener la calma, que no se te note nerviosa, pero pon una excusa y vete. Llámame cuando estés en el coche. Ahora envíame tu ubicación, ya estoy saliendo a buscarte.

Si antes estaba asustada, ahora está histérica: por el tono de Alvar, sabe que corre un grave peligro. Necesita salir de esa casa cuanto antes y sabe que lo más inteligente es tratar de mantener la calma y disimular, como le ha indicado él. Vuelve a esconderlo todo y, armándose de valor, sale del baño fingiendo que no ha visto nada.

En el salón, Moncho la espera sentado a la mesa, degustando el vino que acaba de abrir. Hay algo extraño en su expresión... o quizá sea imaginación de Aura.

Ella se sienta a la mesa y, sirviéndose otra copa de vino, finge toda la tranquilidad que le permiten los nervios. Él la observa sin decir nada, absolutamente calmado. Sin embargo, eso la hace sentirse aún más incómoda, pues puede percibir una marcada tensión en el ambiente. V*amos, Aura... trata sacar un tema de conversación. Intenta ganar tiempo hasta que llegue Javier*, se dice.

—¿Crees que Toñi y Elena vendrán al final? —dice con una sonrisa, tratando de disimular.

Él la mira de una forma que la hace estremecerse y continúa en silencio. De repente empieza a sentirse francamente cansada; le cuesta pensar con claridad y siente un sopor solamente comparable con el que experimenta cuando ha bebido mucho o lleva toda la noche sin dormir. Apoya la cabeza en su mano, sobre la mesa, y comienza a rendirse. En pocos segundos, y sin poder oponer resistencia, un sueño profundo se adueña de ella.

Alvar conduce a toda velocidad por la avenida de Novelda, en dirección a la ubicación que Aura acaba de enviarle. Ha llamado a Arques, quien por supuesto le ha recordado la "retahíla" que siempre sueltan en la academia: "no ir solo nunca", "esperar a los refuerzos", "no hacerse el héroe" y todo lo demás. Pero él no ha hecho ni caso. La vida de Aura esta en juego, y perderla sería algo que jamás podría perdonarse. Cruza varios semáforos en rojo, sin preocuparse por la mala visibilidad que provoca la intensa lluvia, y se salta varios *stops* hasta que localiza la calle. Sabe que no debe acercarse en coche, que podría alertarlo, así que se aleja un par de manzanas, aparca, saca su arma, le quita el seguro y camina bajo la lluvia hacia la casa. La localiza rápidamente. Hay un coche aparcado frente a la puerta; imagina que debe ser el de Aura. Salta la verja y sube sigilosamente las escaleras que dan acceso al porche. Una vez allí, se asoma a la ventana que hay al lado de la puerta. Hay luz en el interior, pero no parece haber nadie Decide entonces inspeccionar la parte de atrás. Baja las escaleras del porche y avanza a paso rápido hasta la calle paralela, donde dan las traseras de los chalés. Todo

está muy oscuro, solo la tenue luz de algunas farolas ilumina la acera. Salta la verja y se agacha mientras se aproxima a una de las ventanas. No ve ni escucha nada. Se acerca a la puerta que supone que es la que comunica con la cocina e intenta abrirla con sumo cuidado. No le cuesta nada entrar.

Alvar cruza la cocina empuñando su arma y una linterna, guardándose las espaldas tal y como aprendió en la academia. Llega al salón, iluminado solo por la luz de la televisión, y observa la mesa que conserva los restos de la cena. Un silencio sospechoso inunda la vivienda. Sube a la planta superior, completamente a oscuras, y revisa habitación por habitación, pero tampoco encuentra nada. Entonces regresa al piso inferior para bajar las escaleras que conducen a la planta subterránea. El sótano está compuesto por una estancia diáfana que el propietario ha destinado a una bodega y una puerta que probablemente de acceso a otra habitación. Trata de entrar, pero la puerta está cerrada con llave. Alvar no tiene tiempo para forzarla: se aleja unos pasos y, tomando impulso, se lanza contra ella hasta derribarla. Cuando accede y ve lo que hay dentro, siente unas ganas terribles de vomitar.

La habitación, solo iluminada por una bombilla, es minúscula y no tiene ventanas. Las paredes, de hormigón, no han sido pintadas nunca. El suelo, el típico de un garaje, está prácticamente cubierto por papeles de periódico. Huele a humedad y a sudor. Frente a la puerta, contra la pared, hay una vieja mesa de escritorio y, sobre ella, un corcho con varias fotos de las chicas asesinadas. Lo que despierta las náuseas del inspector es que esas fotos no muestran a las mujeres cuando estaban con vida; son imágenes tomadas mientras estaban siendo torturadas o ya estaban muertas. Las fotografías —tomadas con una *Polaroid*—, están dispuestas en forma de semicírculo, como si el asesino estuviera tratando de crear con ellas algún tipo de *collage* macabro.

Sobre la mesa hay un ordenador portátil, varias hojas con anotaciones que a primera vista no parecen tener sentido, y un dispositivo de almacenamiento externo. Alvar sabe que no debe

tocar nada, pero no tiene tiempo que perder: Aura corre un grave peligro y el asesino tiene que tener algún otro lugar donde esconderse; él ha de actuar rápido si quiere averiguar dónde puede estar ese sitio. Conecta el dispositivo a uno de los puertos USB del ordenador y comienza a revisar carpeta por carpeta. Encuentra una con el título *Trabajo,* que contiene múltiples documentos sobre medicina y enfermería, así como varias titulaciones y certificados de cursos escaneados. Nada que haga referencia a una segunda residencia. Continúa buceando entre carpetas hasta que encuentra otra con el nombre *Mamá,* que de inmediato le resulta sospechosa. Al abrirla, descubre cientos de imágenes de Paula Tosar: hay fotografías de la chica en el portal de su casa, entrando al trabajo, en la puerta de un local con un par de hombres… todas tomadas desde lejos. Está claro que el asesino la siguió durante varios meses antes de asesinarla. *Y ahora tiene a Aura,* se dice. De repente, el miedo se adueña del inspector. No quiere ni pensar en cómo reaccionaría si le pasara algo, si la perdiera. Sigue revisando los archivos hasta que uno capta su atención: *Mi remanso de paz.* Lo abre y encuentra varios documentos que parecen ser fragmentos de un diario. Al final de todos ellos encuentra un archivo de imagen. Alvar hace doble clic sobre él y en la pantalla aparece la fotografía de una casa de campo con el mar al fondo. Se trata de una construcción bastante pequeña y, por su aspecto ruinoso, Alvar duda incluso de que pueda ser habitable. *Ese es el sitio al que la ha llevado*, se dice. Necesita averiguar dónde está esa casa. Amplía la imagen, buscando algún detalle que le ayude a ubicarla, y entonces lo ve: un faro.

Se fija bien en él. En ese instante agradece todas las veces que acompañó a su abuelo al mar cuando era niño. Fue el padre de su madre quien le inculcó la pasión por los faros y, desde entonces, cada vez que Alvar llega a un lugar nuevo, si hay uno, va a visitarlo.

Precisamente gracias a eso, en cuestión de segundos ya sabe que la casa está cerca del faro de Santa Pola.

25

Aura siente un intenso ardor en la cara: algo acaba de golpearla. Trata de abrir los ojos, pero le resulta casi imposible; solo quiere dormir.

—Vamos, despierta, doctora. ¡No seas perezosa!

Escucha una voz lejana que le resulta vagamente familiar. Un molesto escozor en las muñecas y en los tobillos la obliga a intentar espabilar, aunque sigue sintiendo un fuerte sopor. Entonces un líquido helado es arrojado con violencia sobre su rostro para hacerla reaccionar. Poco a poco empieza a recobrar la conciencia y se da cuenta de que no sabe dónde se encuentra. Cuando por fin logra abrir los ojos, no consigue ver nada, solo oscuridad.

Trata de moverse, pero no puede. No tarda en darse cuenta de que el dolor que siente en los tobillos y las muñecas se debe a que está atada. Alguien la ha sentado en una silla y la ha inmovilizado. Poco a poco va tomando conciencia de lo que ocurre y todo su cuerpo se estremece.

Moncho. La documentación falsa. El vino.

Es evidente que la ha drogado. *El Carnicero* la tiene presa.

Una luz se enciende en un rincón. Es muy tenue, pero la deja distinguir parte del habitáculo en el que se encuentra. No tiene ventanas, el techo es muy bajo y el aire huele a rancio y a humedad. Su primera impresión es que está en un trastero o quizá en un almacén.

De repente, una punzada aguda en el muslo izquierdo la hace soltar un grito. Casi al instante empieza a sentirse muy despejada y consigue enfocar la figura que tiene frente a ella.

—Tranquila, doctora. Sólo es un poco de *Anexate*. Ya sabes, para que despiertes…

*Anexate, e*l nombre comercial del Flumacenilo, el antídoto del *Trankimazín.* Eso es lo que debió echarle al vino, de ahí su rápido efecto.

—Qué estás haciendo... —pregunta Aura con un hilo de voz.

—¿A ti qué te parece? —responde él, con una sonrisa macabra —Asegurarme de que ni tu ni el amiguito policía ese que te has echado arruinéis mis planes.

Aura trata de recomponerse; está convencida de que Alvar estará en camino. Solo tiene que mantener la calma, tratar de ganar tiempo. Pero Moncho parece leerle el pensamiento, porque se apresura a añadir:

—¡Ah! Y no cuentes con que vaya a venir a rescatarte. Sé que lo has llamado —dice con una calma escalofriante—. Pero tranquila, no estamos en mi casa. Además, he tenido la precaución de deshacerme de tu móvil. Puede que acabe encontrándonos, no te digo que no; parece bastante… perspicaz. La verdad es que me sorprendió que diera tan rápido con el garaje donde guardaba la furgoneta. Aunque también te digo: si ese viejo no hubiera metido las narices en el cobertizo, no lo habría encontrado nunca. Así que, sinceramente, tengo dudas de que encuentre este lugar.

—¿Dónde estamos? —pregunta Aura.

A Moncho parece divertirle la pregunta.

—No debería decírtelo, pero como estamos entre amigos... voy a hacer algunas concesiones —dice acercándose a ella.

Aura lucha por reprimir las náuseas que le provoca esta cercanía. El hombre que alguna vez consideró su amigo, su confidente, es en realidad un asesino despiadado. ¿Cómo pudo no darse cuenta?

—Si escucharas alguna vez —continúa él—, si dejaras de preocuparte únicamente por tus problemas, sabrías dónde estamos. ¿No te dije nunca que me encanta la soledad? De verdad... ¿nunca hablamos de lo que valoro vivir en un sitio tranquilo, cerca del mar?

Aura pone cara de desconcierto.

—¡No, claro! —dice Moncho con sarcasmo— La señorita siempre está preocupada por sus cosas. ¡Los sentimientos de los demás no importan!

—Sabes que eso no es verdad —protesta Aura—. De todos modos, no creo que tú tengas sentimientos.

Moncho suelta una sonora carcajada.

—¡Qué sabrás tu de mis sentimientos! ¡Tú no tienes ni puta idea de los que yo he sufrido en esta vida!

—Entonces, ¿por qué no me lo cuentas? ¿Por qué no empiezas por decirme cómo te llamas? —dice Aura, intentando ganar tiempo.

—¿Eso qué importa? —responde con indiferencia— Lo que importa no es nuestro nombre. Podemos cambiarlo, tener cientos de ellos a lo largo de nuestra vida, si queremos. Lo único que importa es el eco que dejamos en el mundo. Dime... ¿qué crees que dirán de mi?

—No lo sé... que eres un psicópata, quizás —responde Aura con sorna.

—Ja, ja, ja... doctora, ¿en serio? No te hacía tan simplista. ¿Crees que lo que estoy haciendo no será recordado? ¡Qué ingenua eres!

—Eres un puto monstruo —escupe Aura, sin poder ocultar su desprecio— ¿Cómo has podido hacerle eso a esas mujeres?

—¡¿Mujeres?! —dice él, con desprecio— ¿En serio crees que esas zorras pueden se dignas de llamarse así? ¡O madres! —grita, lleno de ira— ¡No! Merecían acabar como lo hicieron. Sus muertes serán un ejemplo para el resto, para que comprendan lo que ocurre cuando se apartan del buen camino.

—¿Estás hablando de religión? —pregunta Aura, casi en un susurro.

—De nuevo te equivocas, doctora —dice Moncho riendo con desdén—. Esto no tiene nada que ver con la religión. Tiene que ver con lo que está bien y lo que no lo está. ¿Crees que abandonar a sus hijos es propio de una buena madre? ¿Hacerlos vivir en condiciones insalubres, sin alimentarlos en condiciones ni proporcionarles cuidados médicos? ¿Someterlos al efecto de las drogas? ¿Eso es actuar de manera correcta? No me digas que la hija de puta de Paula no se lo merecía.

Se acerca a Aura con una sonrisa sádica y continúa:

—Tú estuviste en su cesárea. ¿No te acuerdas de la cantidad de Propofol que tuviste que emplear para sedarla? Está claro que se drogaba. ¡Y durante el embarazo! Pude hablar con ella antes de pasarla a quirófano, ¿sabes? Esa zorra me dijo que no pensaba ocuparse del niño cuando naciera. ¿Acaso no es eso imperdonable?

—Sinceramente —dice Aura, empleando un tono calmado—, para hacer lo que le hiciste, desde luego que no.

Moncho no parece haber escuchado las palabras de su compañera, porque continúa hablando como si estuviera sumido en una especie de trance.

—La seguí, por supuesto. Observé cómo vivía, qué clase de vida les estaba dando a sus hijos. No me costó nada convencerla para que se viniera conmigo, ¡la muy puta lo estaba deseando! Disfruté viendo cómo se tragaba el trozo de tela... Sufrió muchísimo, no te lo puedes ni imaginar. No sabes las veces que me suplicó que la dejara —hace una pausa, como si estuviera reflexionando—. Por cierto, lo del símbolo celta de la maternidad fue original, ¿verdad? A la prensa le encantó. Pensé que le daría un toque más lírico a mi obra. ¿A ti no te lo parece?

Moncho se acerca a Aura para acariciarle la cara mientras espera su respuesta. Ella se zafa con brusquedad.

—¡No me toques, cabrón enfermo! Mátame ya si es eso lo que piensas hacer; no me interesa escuchar el sermón de un pirado.

—¿No? —Moncho sonríe con condescendencia— Te lo daré de todos modos. Por el tiempo que nos conocemos, al menos te debo eso. ¿Por dónde iba? Ah, sí... iba a contarte lo poco que me costó sacarle el útero. Mira, de algo tenían que servirme todas esas cesáreas. Lo más difícil fue que se estuviera quiera, claro. Reconozco que... que te abran el abdomen sin anestesia debe de doler. ¿Tú que opinas? —dice mirando a Aura, divertido—. Es tu especialidad, ¿no? Debes de estar espantada. Pues espera a que te cuente cómo le arranqué las mamas a Laura; es una de mis partes favoritas. Lo de Elena tuvo menos gracia porque, ya sabes, tuve que sedarla. Si no, no hubiese aguantado la sierra; se hubiera desmayado, y no era eso lo que yo quería.

Aura siente cómo las lágrimas han comenzado a rodar por sus mejillas.

—Por cierto —continúa Moncho, contento al comprobar el efecto que sus palabras están teniendo en su compañera—, gracias por todos los conocimientos que fuiste compartiendo conmigo. La verdad es que me han venido muy bien.

—Dime cómo te llamas —se atreve a ordenar ella.

—Como te decía —responde con un suspiro, cansado ante la insistencia de Aura—, el nombre es lo de menos. Pero si te vas a quedar más tranquila, te lo diré. El nombre con el que nací es Jorge Serna Marín —hace una pausa y la mira con una sonrisa llena de resentimiento—. ¿Sabes qué me regaló mi madre cuando cumplí nueve años? Me separó de mis hermanas encerrándome en el sótano de casa, a oscuras, durante tres años. Solo veía la luz una vez al día, cuando abría la puerta para dejarme una bandeja con comida y agua y recoger el cubo donde hacía mis necesidades. Muchas veces ni lo recogía, y yo tenía que orinar y defecar en un rincón porque el cubo estaba desbordado. ¿Sabes por qué no intenté huir? —dice acercándose de nuevo a Aura y acariciándole el pelo—. Muy fácil: porque me tenía encadenado. Sí, como lo oyes. Pero no te preocupes... no sabes cuánto puede llegar a aguantar el ser humano. Hasta llegué a acostumbrarme. Pensé que nunca lograría salir de allí, incluso perdí la noción del tiempo y del espacio. Me sentía como un animal.

Moncho se detiene y respira hondo. Luego se gira y, dándole la espalda, continúa:

—Un día, cuando esa zorra se hartó de todo y ya no pudo más, decidió quitarse la vida. Eso sí, antes de suicidarse, la muy hija de puta se encargó de matar a mis hermanas ahogándolas en la bañera. ¿Qué te parece?

Aura pone cara de espanto.

—No pongas esa cara, que aún no ha llegado lo peor. Cuando me sacaron de allí, me llevaron con una familia de acogida. Los primeros meses estuve bien, pero al poco empezaron las palizas. Me pegaron tanto y tan fuerte que en mas de una ocasión estuve ingresado y aún tengo cicatrices. Me rompieron costillas, me

laceraron el hígado y durante meses estuve orinando sangre. Me insultaban y pegaban a diario...

—Yo no tenía ni idea, Moncho... —dice sollozando—. ¿Por qué nunca me lo contaste? Yo te habría ayudado…

Él la mira con desdén.

—Eso es lo que llevo escuchando toda mi vida. Al final, mi conclusión es que no hay ninguna mujer buena en el mundo. Pero lejos de hundirme, descubrí que podía hacer algo para corregir eso. Comprendí que debía actuar, que tenía que ofrecerles a esos pobres niños alguna opción, un futuro distinto. Me di cuenta de que, con mis actos, podía dar ejemplo. El mundo necesita lecciones, ¿sabes? La sociedad está corrompida por el consumismo, individualismo y la política de la inmediatez. Yo voy a enseñar a la gente cuáles son las consecuencias de maltratar a un niño. Esa es mi misión. Y te aseguro, doctora, que nada ni nadie me detendrá.

Alvar detiene el vehículo en la gasolinera del puerto de Santa Pola, donde ha quedado con el subinspector Arques. Observa el Toyota estacionado en el área de descanso, se apea del coche y se dirige al de su compañero. La lluvia es tan intensa que en pocos metros ya se ha empapado hasta los huesos.

—He localizado una casa siguiendo las indicaciones que me has dado —dice Arques, poniendo el coche en marcha—. No pertenece a nadie; al parecer, lleva décadas abandonada. Está tan apartada que da miedo. Por eso no la ha ocupado nadie.

Conducen en silencio por la carretera nacional. La lluvia golpea con fuerza el parabrisas, disminuyendo notablemente la visibilidad. Continúan hasta que ven un pequeño desvío que lleva a un camino sin asfaltar.

—Creo que es por aquí —dice Arques, señalando con el mentón mientras gira el volante hacia la derecha.

Avanzan un par de kilómetros más, hasta que el camino se bifurca en dos, y siguiendo las indicaciones de Google Maps, toman la senda de la derecha, aún más difícil de transitar para un vehículo. Tras continuar otro kilómetro por un terreno repleto de baches,

detienen el coche en un claro. Desde ahí, tienen que continuar caminando.

—Deberíamos esperar a los refuerzos —sugiere Arques —. Solo tardarán unos minutos.

Alvar no responde. Coge la linterna y el arma reglamentaria, y sale apresuradamente del coche. Arques lo imita, maldiciendo por la imprudencias de su compañero. Recorren unos trescientos metros bajo la lluvia torrencial, hasta que divisan la casa. Hay un coche aparcado fuera, pero no hay luz en el interior. Se acercan sigilosamente y se separan para cubrir tanto la parte delantera como la trasera de la casa. Es muy pequeña, por lo que no tardan en rodearla. Arques suplica con la mirada a su compañero que no entren hasta que lleguen los demás, pero Alvar da una fuerte patada a la puerta y, tras derribarla, irrumpe en el interior, apuntando con su arma.

—¡Policía! —grita.

26

Aura escucha la voz de Alvar y grita con todas sus fuerzas. Moncho la golpea con fuerza en la cara.

—¡Cállate, zorra!

Por la intranquilidad que cree percibir en su mirada, se da cuenta de que él no esperaba ser descubierto tan pronto. Se sitúa detrás de ella, desata la cuerda atada a sus tobillos y la obliga a incorporarse. Luego, saca una pistola del bolsillo de su chubasquero y apuntándola con ella, la empuja hacia la puerta.

—No te preocupes, doctora —le susurra él al oído—. Ha habido un ligero giro de los acontecimientos, pero lo tengo todo controlado. Vas a ser mi seguro de vida. Estate quietecita y haz lo que te diga, o te juro que te meto un tiro en la nuca.

Aura contiene la respiración mientras escucha la voz de Alvar al otro lado de la puerta:

—¡Abre inmediatamente la puerta o la echamos abajo!

—Proceda entonces, inspector —responde Moncho con una repentina y pasmosa calma.

De un golpe, la puerta se abre. Aura ve a los dos inspectores empuñando sus armas con las dos manos. La mirada de Alvar lo dice todo: está realmente preocupado por ella. Ella intenta no ponérselo más difícil y asiente con la cabeza, en un intento de decirle que se encuentra bien y que no le ha hecho daño.

—¡Suéltala, cabrón, o te juro que disparo! —amenaza Alvar, lleno de ira.

Moncho lo mira con displicencia.

—Lo siento, pero esta señorita —dice señalándola con desprecio—, que por cierto parece que aprecias mucho, es mi billete a la libertad. Así que no, por supuesto que no la voy a soltar. Te diré lo que haremos en lugar de eso: tú y tu amiguito vais a soltar las armas, os vais a apartar sin darme la espalda y vais a salir de la

casa. Yo me llevaré a la doctorcita conmigo un buen trecho, o hasta que encuentre vuestro coche. Luego, si habéis sido buenos chicos y habéis hecho exactamente lo que os he pedido... la soltaré.

Alvar aprieta la mandíbula. Sabe, por su experiencia como criminalista, que lo más inteligente es hacer lo que pide, negociar con él. Pero también comprende que si acceden a lo que les está pidiendo, las probabilidades de que escape —y lastime a Aura— pueden ser demasiado altas. La mira fijamente, pero es incapaz de descifrar lo que dicen sus ojos: está demasiado implicado, demasiado preocupado por ella como para poder mantener la cabeza fría. Y eso es precisamente lo que más necesita en este momento, dejar al margen sus sentimientos.

Arques se da cuenta de la indecisión de su compañero y, por primera vez desde que trabajan juntos, toma la iniciativa. Baja su arma y la deja en el suelo, a unos metros. Alvar lo imita.

—Sabia elección, inspectores —dice Moncho con tono triunfal.

Los inspectores avanzan lentamente, caminando de espaldas hasta la puerta de la casa. Cuando salen al exterior, la noche está completamente cerrada; ni la luz de la luna se atreve a darles tregua. La tormenta, que no ha aflojado en absoluto, ha empeorado con el viento, que hace que la lluvia se clave en los ojos hasta el punto de que a Alvar le cuesta incluso mantenerlos abiertos.

Se giran y ven salir a Moncho, apuntando a Aura con el revólver.

—¡Dadme las llaves del coche y decidme dónde está! —reclama, con urgencia.

De repente, a lo lejos, la noche se ilumina de luces intermitentes azules y blancas. *Han llegado los refuerzos*, piensa con alivio Alvar.

Arques le lanza las llaves.

—Está a unos trescientos metros en esa dirección —le dice, señalando uno de los caminos—. Pero estará lleno de policía, no vas a poder escapar por ahí.

Aura empieza a notar cómo un sudor frío recorre su espalda. De pronto, empieza a ser verdaderamente consciente de que tiene pocas opciones; acaba de comprender que él no tiene ninguna intención de liberarla. La matará de todos modos.

Moncho se queda quieto, sopesando sus alternativas. Ella nota cómo ha empezado a temblarle la mano que sostiene la pistola con la que la está apuntando.

—Moncho, por favor —le pide en un último intento de que la suelte—, déjame ir... sabes que no merezco esto. Yo no soy ese tipo de mujer. Me conoces, nunca maltrataría a un niño. Por favor…

Él se separa de ella unos centímetros y la mira fijamente a los ojos. A unos cinco metros de distancia, bajo la intensa lluvia, los inspectores contemplan la escena, a pesar de que el ruido de la tormenta les impide escuchar nada. Entonces, con la mano que le queda libre, Moncho aparta un mechón de cabello del rostro de Aura y, acercándose a su oído, le susurra con una tranquilidad siniestra:

—Puede que tengas razón, doctora. Puede que tú no merezcas morir hoy aquí. Pero, ¿sabes qué decía la muy puta de mi madre?

Aura comienza a temblar mientras niega con la cabeza. Lanza una última mirada a Alvar, que la mira sin comprender. Moncho la aprieta contra él y le susurra al oído:

—Que siempre pagan justos por pecadores.

Y el sonido del disparo rompe el silencio de la noche.

27

El disparo hace que Aura caiga al suelo casi en el acto. Ese es justo el momento que el asesino aprovecha para salir corriendo en dirección contraria a la policía, que ya ha llegado frente a la casa. Alvar corre hacia Aura y se arrodilla junto ella solo el tiempo necesario para comprobar que su corazón sigue latiendo. Está viva.

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Ya! —pide a gritos.

Varios agentes ya han salido tras Moncho. Alvar se incorpora a la carrera y no tarda en alcanzar a Arques. Ven a Moncho a lo lejos; no les saca más de veinte metros de ventaja, pero con esa oscuridad y la lluvia, parece una distancia insalvable. Alvar hace un sprint, dejando atrás a varios agentes.

—¡Alto! —grita.

Ya lo tiene a pocos metros cuando lo ve detenerse, de forma abrupta. Entonces escucha el sonido de las olas rompiendo en las rocas y se da cuenta de que han llegado a un acantilado. Moncho permanece inmóvil, en el borde. Alvar avanza hacia él lentamente. Ambos hombres se apuntan con sus armas. A espaldas del inspector ya están llegando los agentes que poco a poco van deteniéndose. Todos empuñan sus armas reglamentarias.

—¡Suelta el arma, hijo de puta! —grita Alvar.

Aunque están bastante cerca el uno del otro, el ruido de la lluvia y el mar hacen que el sonido se pierda en el aire.

—¡Suelta el arma! —repite el inspector.

—¿Para qué? —la voz de Moncho resuena, lejana—. ¿Para que me lleves a una prisión donde quién sabe lo que me harán el resto de presos?

—¿No te parece que te lo has ganado a pulso? —escupe Alvar, sin poder ocultar la rabia que le provoca la imagen del cuerpo de Aura tendido en el suelo.

—¿Eso crees? —dice Moncho, tranquilamente—. ¿No te parece que con mis actos he ayudado a que nuestra sociedad sea un poquito mejor?

—¿Asesinando a personas inocentes? ¿Disparando a tu compañera y amiga? No, no lo creo. Creo que eres un monstruo y que debes pudrirte en el infierno. Si por mi fuera, te dejaría encerrado en una habitación con las familias de esas mujeres. Te miro y solo tengo ganas de matarte a golpes. Si no hubiese aquí tantos testigos...

Moncho permanece inmóvil. Aunque empieza a clarear, la lluvia aún impide a Alvar ver la expresión de su cara con nitidez. De repente, lo ve caminar lentamente hacia él. A esa distancia, puede escuchar lo que dice con mayor claridad.

—¡Suelta el arma o te juro que disparo! —amenaza el inspector.

—No has entendido nada —dice Moncho con calma—. Deberíais darme las gracias por lo que acabo de hacer ¿Querías empezar algo con Aura? Esa perra solo te hubiese dado problemas. ¿Crees que con el trabajo que tenía iba a poder cuidar de vuestros futuros hijos? Nunca estaría en casa.¿No te das cuenta, inspector? Gracias a mí encontrarás a otra mujer que sea digna de llamarse así. Una que no esté todo el día zorreando en el hospital, una que...

—¡He dicho que sueltes el arma, pedazo de hijo de puta! —le grita, cargado de ira.

Alvar está fuera de control. No puede soportar escucharlo hablar ni un segundo más. Si no suelta el arma, está dispuesto a abrir fuego, aunque le cueste un expediente.

Pero no le da tiempo. Moncho se le adelanta disparando primero. Sin embargo, el viento y la lluvia hacen que la trayectoria del proyectil se desplace y la bala solo le alcanza en la rodilla.

El asesino no tiene tanta suerte. Arques también ha abierto fuego, y su bala le ha alcanzado justo en la frente.

Epílogo

Alicante, viernes 27 de octubre de 2023

Aura Martín abre los ojos de golpe y mira a su alrededor, desorientada. La asepsia de la estancia y los años de experiencia, la hacen reconocer, sin ninguna dificultad, que está acostada sobre la cama de una habitación de hospital. Se incorpora lentamente y se lleva las manos a las sienes: tiene un terrible dolor de cabeza. Poco a poco, va tomando conciencia de lo que ha pasado y del motivo que la mantiene ingresada. Revisa su cuerpo en busca de algún apósito o vendaje y lo encuentra en su hombro derecho.

Está sola. Frente a ella, la televisión encendida proyecta una película que ahora le cuesta reconocer. Mira por la ventana a su izquierda; es de noche. Se aproxima al borde de la cama con la intención de levantarse cuando escucha unas voces en el pasillo, acercándose a la puerta de su habitación, que se abre sin que nadie llame.

—Anda —exclama Isabel, con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Qué alegría! ¡Ya te has despertado! Llevas todo el día durmiendo.

Su hermana deja sobre una de las sillas una bolsa —que Aura reconoce como la que utiliza cuando está de guardia—, y se acerca a ella.

—Cuidado —le advierte—. Me ha dicho tu compañera que la primera vez que te incorpores podrías marearte. Déjame que te ayude.

Aura se pone en pie con la ayuda de Isabel y se dirige al baño. Cuando sale, Clara, su compañera, la está esperando mientras habla animadamente con Isabel.

—Hola, dormilona —dice Clara al verla— ¿Cómo te encuentras?

—Me duele mucho la cabeza —responde Aura, llevándose la mano derecha a la sien.

—No te preocupes, ahora le digo a las enfermeras que te pongan un paracetamol y un Enantyum. ¿Te duele el hombro?

—No... el hombro no. ¿Qué ha pasado?

—Pues que has tenido una suerte que no veas —responde Isabel, entusiasmada.

—La verdad es que sí —puntualiza Clara, dándole la razón—. La bala te atravesó el hombro, pero milagrosamente salió de él sin tocar ninguna estructura importante. Te han intervenido esta mañana a las ocho. Yo he estado en la cirugía y te digo que está todo perfecto.

—¿Quien me ha operado? — pregunta Aura, sin poder reprimir la curiosidad inherente a su profesión.

—Carlos Pereiro. Mañana pasará a verte antes de irse, aunque podemos llamarlo ahora si quieres hablar con él. Está de guardia y me ha dicho que no le importa.

—No —rechaza Aura, haciendo un gesto con la mano—. Hablaré con él mañana.

Unos golpes en la puerta desvían la atención de las mujeres. Aura da su consentimiento para que pasen y entonces Alvar asoma por la puerta.

—Hola, señorita —saluda con un tono acompañado de una sonrisa que hace que Aura se ruborice—. ¿Cómo se encuentra?

Por la forma en que su hermana y su compañera le sonríen, adivina que Alvar ya se ha ganado la confianza de las dos mujeres. Aura se fija en que él lleva un vendaje en la rodilla.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta, preocupada, señalándole la pierna.

—¿Creías que ibas a ser la única a quien dispararan? Nada —bromea, mostrando el vendaje—, un rasguño. Gajes del oficio.

Se hace un silencio un tanto incómodo, que hace que las dos mujeres que han venido a visitarla decidan, con una pobre excusa, salir de la habitación y dejarlos a solas.

Tan pronto como la puerta se cierra, Alvar se acerca al sillón donde está sentada Aura y se inclina para darle un beso en los labios.

—Menudo susto me has dado —le susurra él tiernamente al oído.

Poco a poco, todo va volviendo a la mente de Aura: Moncho, su secuestro, el disparo... De repente, ya sabiendo que Alvar está bien, solo siente una necesidad imperiosa de saber qué ha pasado.

—¿Lo habéis atrapado? —pregunta con un hilo de voz.

—Está muerto —responde él, con cierto aire de amargura—. Arques tuvo que dispararle. Si no lo hubiera hecho, me habría matado. Me ha salvado la vida.

Aura toma su mano y lo anima a continuar.

—Esta mañana he estado muy entretenido —dice Alvar, cambiando el tono—Tomamos sus huellas y coinciden con las halladas en el garaje donde encontramos la furgoneta, el lugar donde torturó y asesinó a esas mujeres. Además, esta mañana a primera hora han encontrado otra coincidencia: por lo visto, esas huellas ya estaban en el sistema de la policía y corresponden a las de un hombre que fue detenido por armar follón en un bar hace casi veinte años. Eso nos ha permitido averiguar su verdadera identidad.

—Jorge Simón —añade Aura, con tristeza—. Me lo dijo.

—Sí. Nació en un pueblo de Pontevedra. Por lo visto, tiene un largo historial de abusos. Su madre lo tuvo retenido en un sótano, y sus padres adoptivos lo maltrataron durante mucho tiempo. En fin, este caso cumple bastante con el perfil de un psicópata que se ha ido formando a base de traumas infantiles.

Cuando, un rato después, Aura se queda sola, piensa en su amigo, en la soledad que debió de sentir a lo largo de su vida. Sabe que eso no lo exculpa de lo que ha hecho, por supuesto que no, pero no puede evitar sentir una pizca de lástima por él: por la vida que ha llevado, por lo que la sociedad hizo con él. Ningún niño

merece un maltrato así. Y por supuesto, quienes les hacen daño deberían pagar un precio muy alto por ello.

San Sebastián, jueves 18 de enero de 2024

Con las primeras luces del alba, Aura, ataviada con un albornoz, contempla la inmensidad y fuerza del mar Cantábrico desde la ventana de la habitación de hotel que comparte con Alvar. Llegaron la tarde anterior, aprovechando que ella había conseguido juntar unos cuantos días libres. Cuando Alvar se enteró de que podían hacer una pequeña escapada, se plantó en el despacho de Urriaga y le pidió los días; su jefe, ante la falta de costumbre de que su subordinado le solicitara días de vacaciones, no pudo negarse.

Aura se muere de hambre, pero quiere esperar a Alvar para desayunar. Según ha leído en la nota que él le ha dejado sobre la almohada, ha salido a correr temprano aprovechando que ella aún dormía.

Cuando regresa, la saluda rápidamente con un beso y Aura lo ve desaparecer en el baño para ducharse. Desde que salieron de Alicante el día anterior, lo encuentra extraño. Él, que acostumbra a ir contándole los casos que lleva en comisaria a la vez que se interesa por el trabajo de Aura en el hospital, fue todo el camino sospechosamente callado. Ella le preguntó en varias ocasiones si estaba bien, si le pasaba algo. Pero ante sus reiteradas negativas prefirió dejarlo estar y no insistir más.

Cuando Alvar sale de la ducha, va en busca de Aura, que continua de pie frente a la ventana, y la abraza con firmeza por detrás. Ella se gira para darle un beso y percibe un gesto extraño en su rostro: *la típica expresión de alguien que o va a dejarte o a pedirte matrimonio*, se dice.

No se equivoca con lo segundo. Alvar se arrodilla frente a ella, abre una pequeña caja que acaba de sacar de uno de sus bolsillos y, mostrándole un precioso diamante, le dice:

—¿Me concedería usted el honor de pasar el resto de su vida conmigo, señorita?